MANUEL RIVAS

Galicia, Galicia

AGUILAR

MANUEL RIVAS

Galicia, Galicia

AGUILAR

Galicia, Galicia

Manuel Rivas

Traducción y prólogo de Xosé Mato

AGUILAR

«La propaganda no pretende una respuesta sino un eco».

W. H. Auden

«Libertad: la posesión más preciosa de nuestra imaginación».

Ambrose Bierce, *El diccionario del diablo*.

Navegación libre

A lo largo de los diez primeros años de presidencia de Manuel Fraga Iribarne en la Xunta de Galicia gobernada por el Partido Popular, el periodista y escritor Manuel Rivas ha desarrollado una incesante labor crítica en la prensa, sin pedir autorización ni presentar disculpas. Empresa ardua y no tan natural como pudiera parecer, a contracorriente de una sociedad hipercomunicada en la que el problema es la incomunicación y en la que los medios no se suelen diferenciar por lo que dicen sino por lo que callan. Estos escritos van a hablarnos de la suma complejidad que encierra la experiencia de la navegación libre por los intersticios del paisaje *mass media*.

Esta obra, siendo periodismo, es literatura, por voluntad de estilo y porque pelea con lo efímero. Hay una intención no perecedera, de relato que sigue la historia pero bromea contra ella. Este periodismo que vivió alegre su día a día, vuelve ahora hilvanado para una nueva lectura que nos ayuda a desentrañar la metamorfosis y la evolución *darwinista* del señor Poder en un marco concreto, el de Galicia, pero con efectos transferibles a más anchas latitudes.

En un debate de moción de censura al gobierno Fraga, a principios de 2001, en medio del ambiente «milenarista» que desató el mal de las «vacas locas», un parlamentario gallego, Anxel Guerreiro, decía que el mundo político que estaba generando la Xunta de Galicia sólo podía ser retratado por Valle-Inclán o por Buñuel. Al manco de Arousa y al sordo de Calanda les tocó dar forma, genial, a dos épocas de abotargamiento político y de pérdida del tren de la historia. Aquel atraso amasado por gerifaltes, reinonas, caciques y señoritos ácaros ha arrastrado su ruido de cadenas y bullanga de medallas hasta el quicio del Milenio. Y aunque es justo reconocer que en algún momento hubo motivos para pensar en el futuro, Rivas va a medirse con su tiempo de la única manera que sabe hacerlo, con lucidez y humor, así como con acendrado lirismo. «Rivas es un novelista de palabras y un periodista de aventuras», afirmó Antón R. Reixa, megáfono en mano, en la presentación de la revista *Bravú*, en 1997.

En *Un hombre que se parecía a Orestes* (1968), el gran conservador que fue Cunqueiro escribía: «… Pero la razón de Estado llega a ser maquinal y obra como fin, creando una realidad propia ante la cual los humanos somos como siervos fantasmas de la gran idea». No

hemos encontrado una definición mejor de lo que no debe ser el periodismo. Escribir en Galicia, a veces, es callar. En el frenesí gastronómico del poder, el plato preferido para hincar el diente es la libertad crítica. Lo más profundo es la piel. Y los titulares convertidos en loas, en los medios más afines al poder, hablan por sí solos del secuestro a la verdad y a la razón. Por eso nos da la sensación en muchos momentos de la lectura de *Galicia, Galicia* de que se trata de un cuento que nos cuenta alguien en la oscuridad y que sólo admite el acompañamiento de una buena mezcla de brebajes para no caerse de culo. Y esos brebajes empiezan a mellar nuestro tenebroso hastío a la altura de la serie *En el Mejor País del Mundo*, ficción que muestra las sombras chinescas del poder. Ya no se trata aquí de gentes mezquinas en escenarios suntuosos, como en la corte valleinclanesca. Aquí lo que se ve son simples gobernantes de hoy reflejados en la formica de materiales de despacho. Rivas da a conocer unas viñetas de forma concisa, mordaz y con avispado olfato para la parodia. Como si un yanqui invisible se hubiera colado en la corte del rey Arturo (del canoso viejo del río) y se nos apareciese leyendo los Evangelios de la risa infinita, como la pena.

He ahí el poder como un laberinto hecho de espaldas de subalterno, con un ogro dentro que apenas duerme. Se abre el telón, comienza la bufonada. Y ahí llegamos a la teoría del avispado olfato, porque Manuel Rivas sabe que, como señaló Moctezuma, los bufones enseñan más que los sabios, pues se atreven a decir la verdad. Los personajes, claro está, no es que sean nuevos, sino que antes no los habíamos visto así. Rivas pone a su protagonista a altura humana, cosa que nunca gustó que se hiciese con los hombres de poder en Galicia. Se está inventando una irreverencia. La irreverencia. Es 1991. Manuel Fraga Iribarne, con el tratamiento a lo virrey de don Manuel, lleva un año largo en el poder. *En el Mejor País del Mundo*, un divertimiento crítico, una especie de esperpento cómico, desarrolla secuencias de ficción que rozan el disparate, vistos desde el sentido común del momento. Diez años después, esos episodios increíbles se leen como premoniciones. El viaje a Cuba. La escena de la sucesión de don Manuel por… ¡don Manuel!, justo en el cambio de milenio.

Pero Fraga no *okupa* todo este libro. Aprovechando el menor descuido, el autor de *La lengua de las mariposas* nos lleva por otros senderos o pasos subterráneos fuera de la fortaleza de la Pax Fraguiana. En la serie titulada *El gaiteiro solitario*, publicada originalmente en el semanario *A Nosa Terra*, Rivas nos habla de John Berger, de Malraux, de Hollywood, del «reGeneralísimo reFranco», de la *Negra sombra*, de ese futbolín en Maputo, en el que Mia Couto, su admirado escritor mozambiqueño, escenifica de forma escalofriante la opresión colonial, de Charles Dickens y otras hierbas olorosas de

riguroso pasto. Aquí vemos al escritor que gusta citar a Lec, en sus *pensamientos despeinados: «*Soy un escritor muy local, mi región es el planeta Tierra».

En la serie *Toca madera*, una docena de artículos, que publicó *La Voz de Galicia* en 1999, en la última página dominical con geniales ilustraciones de Miguelanxo Prado. Estamos instalados ya en el siervo albedrío del año nono de Fraga en el poder, y estos textos toman la forma de conjuros que se leen con melancólica ironía: «Lo peor que le puede pasar a un gallego de derechas es que no le quieran el cocido», «Deberían dejar todos la carrera espacial en manos de Pepe Cuiña» (hablando del «delfín» de Fraga y sus proyectos astronómicos), «Otra ventaja de los apagones es la de recuperar la comunicación perdida en el medio familiar»… Lo mejor que se puede decir de la lectura de esta serie es que acompaña a lo largo del tiempo, sus artículos se leen al azar. Tenía su precedente en *Un espía no reino de Galicia*, una serie anterior de Rivas, aparecida también en los domingos de *La Voz*, y muy celebrada por el lector gallego.

El capítulo que cierra el libro, *El pleonasmo de don Manuel*, hace pensar en cosas curiosas. Señor Fraga Iribarne, Manuel Fraga, don Manuel Fraga, señor Fraga, don Manuel. Casi un nombre por década con el pie en el estribo del poder. Borges comentando *El extraño caso del doctor Jekyll y mister Hyde* decía que la curiosidad del caso no provenía de que uno fuesen dos, sino de que dos estaban en uno. Paralelamente se van sucediendo retratos de las cicatrices de la maquinaria pesada que ese poder deja en el paisaje geográfico y humano.

Tanto *El conservador país donde casi no existen los conservadores*[1], para mí una de las más logradas páginas políticas de la década en Galicia, como la *Oración fúnebre por la orquesta del viento* —«si estamos aquí, es porque la terrible maquinaria del odio y del miedo no pudo con la orquesta de viento de los muertos», se dice allí— son trabajos exquisitos y que ya se citan en Galicia, con frecuencia, como textos paradigmáticos. Forman parte de otra tradición.

Digamos, por fin, que el apóstol Santiago anda medio mosca con las beatificaciones del poder. Se le busca sucesor para otros mil años.

Mientras tanto, esperemos que un día Manuel Rivas acabe escuchando el urogallo en sus bosques interiores.

Xosé Mato, A Coruña, año 2001

El partido del humor

Entre las mejores cosechas de Galicia figura la del humor. No es un producto muy promocionado, es cierto, pero como se trata de un fruto silvestre, florece hasta en los velatorios. Pese al índice de pluviosidad, Galicia no es un valle de lágrimas ni la reserva reumática de Occidente. Los trovadores medievales, tantos como los gaiteros de hoy, componían siempre a dos bandas. ¡Marchando una de amor *fou* y otra de *maldizer*! Hasta el rey Alfonso el Sabio se marcó alguna cantiga festiva y obscena que hoy sería un *rap* escandaloso. Los molinos de la cultura popular gallega los han movido casi siempre ríos cantarines, reidores, gozosos y carnavalescos. Los *menciñeiros*, curanderos, más apreciados eran los que hacían reír al paciente. La compañera natural de la saudade ha sido la ironía. Y ese humor del débil ha sido un arma de supervivencia en los tiempos de Vía Crucis. Castelao, considerado algo así como el «padre fundador» de la nación gallega, era también humorista. ¿No es para estar orgulloso? Dan ganas de sentirse patriota y reclutar humoristas.

Éste no es el libro de un humorista, qué más quisiera, pero sí que está escrito desde el partido del humor, en el que me gustaría inscribirme de por vida siguiendo la llamada volteriana: «Me metí en el partido de la risa y quiero morir riendo».

Lejos de evadirte, una cualidad del humor es que te devuelve el principio de realidad. En la política, como en cierto periodismo, existe el riesgo de confundir la agenda de actos del día con el mundo real. *Galicia, Galicia* está tejido con fragmentos que muestran otra realidad, contrapuesta a la propaganda. Casi siempre con ironía y, en alguna ocasión, como en el folletín *En el Mejor País del Mundo*, con el recurso de introducir personajes reales en una sala de espejos deformantes y en una ficción disparatada. La intención no es el engaño sino afilar o ensanchar perfiles. Y ocurre que, a veces, y de forma insospechada, la realidad devuelve la ficción como predicción.

Esta versión que tiene en sus manos presenta algunas modificaciones respecto de la gallega. He hecho una ligera readaptación del folletín, donde abundan los giros y referencias locales. En el resto, hemos incluido partes nuevas y suprimido otras, con un criterio de unidad formal de la obra y tratando de enfocar el haz de luz hacia lo que en *Galicia, Galicia* hay de metáfora para el

momento español. Que no es poco.

Manuel Rivas

CAPÍTULO I

¿Son conservadores los conservadores?

«Todo es sumar y restar, lo demás es cháchara».

Abraham Polansky

El conservador país donde casi no existen los conservadores

Es una creencia generalizada, incluso aparentemente confirmada por las urnas democráticas, que la población gallega es en su gran mayoría conservadora. De atenernos a la última experiencia electoral, los conservadores imperan con su conservadurismo en el Parlamento, conservadora es la Xunta y conservador es su presidente, quien acostumbra a decir que si algo es en política la sociedad gallega es precisamente conservadora, como conservadores son todos los finisterres atlánticos, las siete conservadoras naciones celtas. Y no sólo en las instituciones políticas. Si llamas a una puerta gallega, lo más normal es que salga una señora con una permanente muy parecida a la de Margaret Thatcher o un señor con el rey en la panza como Churchill. Esta impresión es también asumida como un axioma por todos los analistas políticos, propios de Galicia o ajenos. Confieso que yo mismo, en una primera aproximación, llegué a creer en una condición genéticamente conservadora de los gallegos. Pues bien, no hay nada de eso. Se trata de un espejismo, de un descomunal equívoco que trataré de enmendar en este informe.

En mi demorado recorrido por Galicia siguiendo al pie de la letra la guía de don Ramón Otero Pedrayo, encontré muchos conserveros, y aun miles y miles de latas de conserva, pero constaté que conservadores, lo que se dice conservadores, se pueden contar con los dedos de una mano. Además, es muy difícil, por razones evidentes, que un conservero sea conservador. Sardina que pueda meter en la lata y que otros meterán en el papo, allá va.

Hora es de proclamar la verdad. Toda la intención de esa mayoría

gallega a la que se tiene por conservadora, comenzando por los políticos que así se definen, es conservar lo menos posible y deshacerse de lo realmente conservable lo antes posible. Si a alguna conclusión llegué después de mi estancia en Galicia es que allí hay un proceso en marcha para no conservar nada. No hay tótem sagrado de Galicia que no esté en trance de extinción, y hasta las vacas tienen puestos los cuernos a remojo.

El arquetipo de conservador gallego de hoy está en los antípodas de lo que bien se entiende por conservador en la cultura política democrática. Encontrar un Burke, un Alexis de Tocqueville o un Raymond Aron entre aquellos que se tienen por conservadores en Galicia es casi tan difícil como dar con un pimiento de Padrón que no sea murciano.

Los supuestos conservadores gallegos no invocan a Tocqueville sino al apóstol Santiago, lo que siempre resulta más cómodo y lucido, por aquello del botafumeiro. El apóstol puede mucho contra los moros, pero tiene la ventaja para un político de que no escribió un tratado político y no interviene en el reparto presupuestario.

Puestos a tener héroes los sedicentes conservadores gallegos podrían tener su particular Guillermo Tell, el Roi Xordo de la Santa Irmandade, la revolución campesina del medievo. Pero, en realidad, el modelo de conservador gallego es el JR de *Dallas*. Lo que le encantaría al conservador gallego es llevar sombrero tejano y aparecer con coche en los lugares más insólitos para un coche. Si pudiesen entrar con el coche en un velatorio, tenga por seguro el muerto que así lo harían. Un conservador fetén aprecia la cultura y las creaciones del espíritu. El conservador gallego desprecia tanto la cultura como desprecia la agricultura un desertor del arado. El conservador gallego no consume libros por la principal razón de que no son comestibles. El día en que las editoriales gallegas ofrezcan en el mercado publicaciones comestibles, novela-lacón o poesía-percebera, se agotaron las existencias. Por razones parecidas de *utilidad*, el supuesto conservador gallego consume pocos periódicos. Tienen muy poco servicio desde que existen los envoltorios de plástico o el papel de aluminio.

Hay algo en lo que se supone que el conservador gallego es coherente hasta la médula, y es en la defensa de la propiedad. La propiedad es sagrada, pero en Galicia no hay nada menos sagrado que la propiedad que no se tiene en el bolsillo. En realidad, el supuesto conservador gallego no cree en la propiedad. Solo cree en su propiedad. El resto del territorio solamente puede tener interés en la medida en que pueda llegar algún día a ser de su propiedad. Por eso, en Galicia, aquello que no tiene vallado, que no está cercado por muros, aunque bien y propiedad sea, pues de todos es, sean cunetas o parajes públicos, es susceptible de convertirse en vertedero. No es que

al conservador no le gusten los jardines. Le gusta su jardín. Y así todo.

El conservador gallego se caracteriza por su anticonservacionismo radical. No le gusta lo viejo. Ni las viejas casas de piedra. Ni los viejos robledales. Ni la vieja lengua del país. Lo que les gustaría a muchos supuestos conservadores gallegos es ser del PSOE, y de hecho muchos lo son. No es de extrañar que el flamante programa electoral de los conservadores gallegos, el que pesaba cinco kilos, haya sido en realidad hecho por un *consulting* de técnicos socialistas. Todos admiran a Alfonso Guerra y por eso no lo soportan, pues sabido es que el odio es la mayor parte de las veces una expresión de amor y envidia.

Son innumerables los ejemplos de que al conservador gallego no le gusta preservar, y eso explica su manía contra los preservativos, uno de los ejes de la delirante campaña electoral del invierno del 89. Programas al margen, propagandísticamente se utilizaron como bates de béisbol tres propósitos: acabar con los incendios, arrancar del Gobierno central el compromiso de incluir las autovías en el plan de carreteras del 92 y poner fin a la «indecorosa» campaña de los preservativos de la Xunta. Los dos primeros objetivos eran quizá ilusorios, pero funcionaron electoralmente. El tercero era una absoluta irresponsabilidad, propia de una antología del humor si no fuese el sida una terrible realidad que mal se combate con chistes o con el catecismo del padre Astete. El balance no puede ser más exitoso, pues se cumplió el más ambicioso de los tres objetivos. Se retiraron las vallas de los condones.

En esta Galicia supuestamente conservadora lo que de verdad se lleva es cambiar. Hay una fascinación por el cambio, siempre que ese cambio sea mudar de coche, de casa, de reloj o de chaqueta. Conservar, lo que se dice conservar, se conservan preferentemente las taras típicas, y no estoy hablando de la gaita, la boina o el hórreo. Se conserva e incluso se acrecienta la burocracia, el compadreo, el conformismo, la desigualdad y el provincianismo. El galleguismo, ese componente sustancial de nuestra mejor tradición reformista, se ha convertido en un barniz exculpatorio, pues otorga carta de naturaleza a lo que son vicios reaccionarios. Así, la práctica de las *recomendaciones* se justifica como parte de la «cultura popular», como si la «cultura popular» fuese también escupir en el suelo, ensuciar las playas o conducir con dos copas de más.

Conservar nuestras raíces históricas. He ahí otra leyenda de la que se ha apropiado el imperante conservadurismo. Pero ¿de que raíces se trata?, ¿qué criterios botánicos se siguen para reivindicar las raíces? En la tradición gallega hay romanticismo liberal, republicanismo, solidaridad agraria, burguesía ilustrada, socialismo libertario o demócratas conservadores. En la tradición gallega hay también intolerancia, integrismo, autoritarismo y caciquismo mutante. ¿Qué

raíces prendieron, allá, en el fondo, en la sociedad gallega de hoy?

Definitivamente, en Galicia, pese al tópico de la Galicia conservadora, no encontré casi conservadores. Conocí, sí, unos cuantos, pero la gente los considera tipos raros y revolucionarios.

Galicia

Las peores cicatrices, escribe Juan Cueto, son las que deja la mala política en el paisaje. El mismo día que se aprobaba el proyecto de una monumental ciudad de la cultura, en Santiago, un artículo de prensa informaba que la Consellería de Medio Ambiente de la Xunta de Galicia daba el plácet para una explotación de granito en la finisterrana Costa de la Muerte. De seguir adelante, esa cantera será la primera pica en un paraje al que no es exagerado considerar una catedral de la naturaleza, un mágico bosque de piedra zoomórfica, una fascinante obra de arte esculpida por el tiempo durante milenios. Es sólo una muestra de lo que está aconteciendo en Galicia, donde habría que ir pensando en un estado de emergencia paisajística. Gran parte de la costa es ya un eucaliptal, una mancha en la que desaparecieron la diversidad y la gama de colores.

Los ríos, más que entubados, van camino de estar embalsamados. Así acontece con el Xallas, en el Ezaro, el único río europeo que desembocaba en catarata sobre el mar, y que ahora baja entubado como un enfermo de la UVI. La masiva oposición vecinal, la municipal, las críticas del Defensor del Pueblo, las sentencias del Tribunal Superior de Justicia, no consiguen frenar la presa del Umia, como si la obra fuese un fatal designio de la divinidad, y la tierra, por ser de pequeños propietarios, no mereciese ningún respeto a los que se llaman conservadores. La ría de Arousa se eligió como absurdo emplazamiento para una especie de gran base de tanques de combustible. Y así un rosario de paradojas que explotan ante los ojos. ¿Y qué hace Medio Ambiente? Criticar a los medioambientalistas.

El paisaje habla. Las cicatrices del paisaje, como ya dijo Freud, pueden explicar otros malestares, comenzando por el cultural. Galicia necesita de un consenso sobre el territorio. Decidir lo que es sagrado. Lo que no se toca. Salvar algo. El problema del Partido Popular en Galicia es que no dialogó con nadie, ni siquiera consigo mismo. Es otra paradoja de las que estallan.

Cuando Fukuyama formuló el fin de los grandes dilemas políticos, no podía ni imaginar que su teoría se derrumbaría de este modo: los de la boina contra los urbanitas. El PP cuenta aún con una gran mayoría, pero gobierna como un grupúsculo ágrafo. Todo se resume en un principio: *lo que diga don Manuel.* Y lo último que le oí a don

Manuel sobre la oposición es: «¡Que les den morcilla!». Palabra de académico. De la Real Academia de Ciencias Políticas.

CAPÍTULO II

El Ser y la Vaca

«El hombre es un parásito de la vaca; así definiría probablemente un no-hombre al hombre en su zoología».

Milan Kundera

En Galicia hay cerca de un millón de vacas. Es decir, 36 vacas por cada cien habitantes, el doble del conjunto de España. Es también una de las mayores proporciones en las regiones de Europa. La producción de leche podría ser mucho mayor, pero está limitada por la cuosta láctea. En 1999 se sacrificaron para carne más de 400.000 animales, la gran mayoría terneros.

El videoclip del mundo en los ojos de la vaca

Este texto fue escrito a modo de manifiesto para la Feria de las Mentiras, organizada por Manu Chao en Santiago en 1998.

Se atribuye a Lutero la teoría, fruto probable de un arrebato rencoroso, de que en la catedral de Santiago de Compostela quien en realidad está enterrado es un perro y no el Apóstol.

Grave error.

En la sagrada cripta hay, por lo menos, una vaca. La vaca que desde Iria Flavia, según cuenta la leyenda, llevó el sepulcro de piedra. Ése es el gran secreto que calló el arzobispo Juan Clemente: un esqueleto de vaca con concha de vieira en el lugar del corazón.

La vaca muge como el mar porque tiene un corazón de vieira.

Castelao, el profeta gallego, escribió en el nuevo evangelio: el Árbol, el Pez y la Vaca son la Santísima Trinidad de Galicia.

Al igual que el buey sagrado del senado romano, que avisaba de las catástrofes, en el parlamento gallego debería haber una vaca viva que

comiese en las manos de los diputados: *Cabe tibi Galicia!* ¡Cuídate, Galicia!

Miradla en los prados, en los lindes, en las balconadas atlánticas: la vaca gallega tiene el instinto céltico de mirar hacia el poniente. Sueña con el paraíso del oeste, con las islas floridas, con el continente donde el maíz crece enredado con las habas de colores y la caña de azúcar.

La vaca gallega es una vaca crepuscular, con el lusco en un ojo y el fusco en el otro. Cuando rumia hace cerveza y recita el *Ulises* de James Joyce: «¿Hacia dónde? A tierras del poniente. El poniente se encontrará a sí mismo. Sí, el poniente se encontrará a sí mismo en mí, sin mí. Todos los días llegan a su fin». Después de saborearla como cerveza, la vaca, generosa y matricial, elabora la leche. Por eso, la leche bebida del ordeño tiene un punto que coloca a la infancia campesina en una lúcida melancolía irrepetible.

Además, la vaca hace estiércol con la bosta. La bosta de la vaca tiene un olor a cultura, un perfume de verdad antigua, inolvidable. ¿Por qué? Porque la vaca se alimenta del manuscrito de la tierra, de la filosofía de la niebla, de la psicología de los vientos. La bosta huele al sustrato material de los sueños. Con la bosta vacuna, la tierra vuelve a soñar poemas que después escupe del pecho en primavera.

A Walt Disney no le gustaban las vacas. ¿Por qué? Porque las vacas piensan. Son sentipensantes.

Los ojos de la vaca son videoclips. Las vacas locas tienen en los cuernos antenas paranoicas. Sus ojos muestran la caosgonía.

Los cuernos de la vaca *Marela* son receptores de Onda Corta y sintonizan también con la radio Costera. Reciben las radiofonías secretas, las músicas del alma. Hay en sus ojos una cosmogonía.

El hombre, dijo Kundera, es un parásito de la vaca. El hombre contemporáneo sólo vive de verdad en vacaciones. Cuando se hace libre es un Vacunin (mal escrito, Bakunin), o sea: El Que viene de la Vaca.

Como en el cuento *Macario*, de Juan Rulfo, me gustaría tener una vaca que se llamase Serpentina.

Vale más una vaca de cinco patas que todas las esculturas de Botero.

Cuando seamos modernos, haremos arte vaquera, *cowboy art.* Pero ya no habrá vacas que piensen por nosotros.

Cuento de Navidad del año 2000

Tengo quince años, casi dieciséis, y estudio cuarto de ESO. Vivo en una pequeña aldea y mis padres tienen una granja de vacas. Casi todo el mundo por aquí tiene vacas. Incluso en las carreteras hay señales de tráfico triangulares para avisar de que hay vacas. Pero en clase, hasta

ahora, nunca habíamos hablado de las vacas. Los profesores vienen cada mañana de la ciudad, en sus autos, y quizá con la prisa no reparaban en las señales. Ahora, de repente, todo el mundo se ha fijado en las vacas. Se han convertido en bichos raros. En la televisión salen rodeadas de guardias, como delincuentes rumiando droga, y las cámaras las enfocan de cerca, deformando su cara, como quien desenmascara una peligrosa red de psicópatas cuadrúpedos que se oculta en los oscuros establos del Oeste.

Nos han puesto una redacción sobre el mal de las vacas locas y me he sentido fatal. Como otro bicho raro. Preferiría un castigo o un ejercicio con raíces cuadradas. No arrancaba al escribir. Los dedos asustados, como quien cose sin dedal. Lo he oído tanto estos días que un badajo de hueso me repica en la memoria: en-ce-fa-litis-es-pon-gi-for-me. Podría escribir la enfermedad por su nombre científico. Pero el abuelo decía que nunca había que referirse a Satanás por su nombre. Él, que había sido emigrante en Argentina, le llamaba Petiso o Boludo. Yo no sé cómo escribir para engañar a un mal tan enorme. Me gustaría hacerlo hacia atrás, como dicen que se escribe en algunos idiomas.

Si escribiese hacia atrás, podría hablarles de Dosinda, la vieja ciega que ordeñaba su única vaca. Nadie más que ella podía palpar las ubres de la arisca *Mora*. Y lo hacía cada noche, antes del amanecer. Cuando alguien diferente intentaba el ordeño, las ubres permanecían secas. Así que podríamos decir que aquella leche pertenecía por igual a las mamas de la vaca y a las manos de Dosinda. La primera luz del día era el cubo de leche que la ciega sacaba del establo.

El año pasado nos explicaron en matemáticas los números negativos. Me costó trabajo entenderlos. Los números negativos existen pero no existen. El profesor me dijo que pensase en una deuda. Eso es un número negativo. ¿Puede ponérsele a las personas el signo menos? Supongo que cuando están muertas, como lo están Dosinda y *Mora*. Para mí no han desaparecido exactamente, así que serán «menos dos». Pero no sólo los muertos son números negativos. En la granja de mis padres hay 14 vacas y siempre les dicen que ésa no es una explotación rentable, que lo mínimo para existir son veinte o más. Así que mis padres tienen «menos seis vacas». Hasta ahora todos teníamos vacas de menos. Para que no hubiese números negativos, sobraba gente y faltaban cabezas de ganado. Eso era lo que nos decían una y otra vez en las oficinas, en los bancos y en los periódicos. Las granjas deberían ser como fábricas, y las terneras, inmóviles máquinas comedoras de pienso para engordar más rápido. De no ser así, nos decían una y otra vez, todos nosotros acabaríamos siendo números negativos.

La aldea y los pueblos de alrededor se van poblando de seres con número negativo. Dicen que es así en toda Galicia. Quiero a mis

padres, pero a veces, cuando voy somnolienta en el autobús escolar, sueño que no se detiene, que crecemos en edad por el camino, hasta llevarnos a Suiza, Londres, Barcelona o Canarias. Tengo una prima en Barcelona que ya es peluquera. Me gustaría parecerme a ella. Yo, que soy tímida, envidio mucho su desparpajo. En el verano, en un baile, un chico le dijo: «Tienes unos ojos muy lindos». Y ella le contestó: «Tú lo que quieres es echarme un polvo, ¿verdad?». Lo dejó pasmado.

Fue ella la que bautizó como *Madonna* a la vaca rojiza. Y le quedó el nombre, aunque tiene el número ESLU-21491C. Mi profesor preferido es el de dibujo. Un día nos habló de los colores fríos y cálidos. El color más cálido que conozco es el de la vaca *Madonna*. Escribo hacia atrás y recuerdo su primer parto. Fue la Nochebuena del año pasado. Estábamos muy nerviosos por la coincidencia. Y además hacía frío y el viento aullaba en los aleros del establo. Pero mi padre dijo, antes del parto, que iba a ser un buen ternero. Había metido el brazo en los adentros de la vaca y rozado los ojos de la cría. Ya parpadeaba en el vientre de la madre. Ésa es la buena señal. En las granjas, cuando nace el becerro, no se deja que la madre lo vea. Tampoco lo puede lamer. Si permites eso, la vaca luego no suelta leche, la retiene para la cría. Incluso si se muere, una vaca sigue dando leche durante horas si es para su hijo.

Mi padre apartó la ternera de la vista de *Madonna*, la colgó de las patas y la palmeó como si fuera un bebé gigante. Pero ese día mi madre estaba rara. Y le ordenó: «¡Déjalo que vaya a mamar!». Y es que mi madre, cuando se pone así, parece que ve en la noche como la ciega Dosinda.

Oficina y denuncia

El hombre que me habla, ya viejo, tiene una pequeña cicatriz en el mentón. Le hace el efecto de un hoyuelo punzado por la vida. Esa cicatriz cuenta una historia. Estaba con la vaca, de crío. La vaca pastaba y él la sujetaba, muy cerca, con la cuerda. A decir verdad, también la vaca lo sujetaba a él, horas y horas. Entre la vaca y el niño campesino, nunca se supo quién era el guardián y quién retenía a quién. La cuerda de esparto era a la vez una cadena y un rudo cordón umbilical. Pasó un avión. Era la primera vez que el niño sentía pasar un avión, que traía un vuelo bajo y perturbador. Y el chaval levantó la cabeza. Y la vaca también. Ahí nació la cicatriz.

No le guardó rencor al animal. Fue una cornada involuntaria y, en cierta forma, estética. Pero mi viejo amigo siempre cuenta aquel incidente como si fuese un presentimiento. El aeroplano era de guerra.

Por aquel tiempo, un poco antes, Federico García Lorca escribía un

gran poema premonitorio. No me gusta la palabra «visionario», que está echada a perder en el basurero del lenguaje, pero sin duda *Oficina y denuncia*, incluida en *Poeta en Nueva York*, es uno de los fogonazos más luminosos de la literatura moderna. Puede hoy leerse como una cornada en todo el mentón del mundo. Un aviso estremecedor. Recordemos un fragmento, estirándolo en prosa: «Todos los días se matan en New York cuatro millones de patos, cinco millones de cerdos, dos mil palomas para el gusto de los agonizantes, un millón de vacas, un millón de corderos y dos millones de gallos, que dejan los cielos hechos añicos». Lorca se pregunta: ¿Qué voy a hacer, ordenar los paisajes? Y la respuesta es que no. «Yo denuncio». Una denuncia espeluznante de las oficinas siniestras que hoy, tantos años después, revienta de sentido: «Me ofrezco a ser comido por las vacas estrujadas cuando sus gritos llenan el valle donde el Hudson se emborracha con aceite».

Los cielos hechos añicos. Sin embargo, esta mañana, en el paisaje que nos rodea, el cielo es una dádiva. Si hay un gran director de fotografía en las alturas, hoy tiene un día inspirado. La luz lame las heridas del largo temporal, devuelve el humor a la tierra, arrincona a las sombras y delata la violencia de las aguas que destrozaron los cultivos. Esta luz de génesis ordena el paisaje, recompone la armonía, invita a una poesía de alegres cencerros. Pero es una imagen engañosa. Todos sabemos, aquí, que el cielo está hecho añicos. Y que la presencia silenciosa de las vacas se ha transformado en un grito que llena los valles.

Escribió Milan Kundera que el hombre, en términos zoológicos, debería ser definido como un «parásito de la vaca». La enfermedad de las «vacas locas» es, sobre todo, una enfermedad humana. La de la codicia del parásito. Pero, entre la psicosis y el temor fundado, llama la atención lo poco que en verdad se ha hablado de las vacas y de quienes las cuidan. ¿Qué está ocurriendo en los campos y en los establos? ¿Qué está pasando en los hogares donde la vaca era el centro de gravedad, el sustento vital durante generaciones? ¿Qué ha cambiado en un paisaje donde la vaca era un tótem benefactor, una productora de armonía, y ahora es la encarnación de la sospecha, un ser maldito?

Las vacas y sus cuidadores, esa inmensa mayoría de ganaderos modestos, son por ahora las primeras víctimas de un engranaje montado en las «oficinas» donde el lucro no tiene escrúpulos ni alma, y que han contado con la complicidad de políticos títeres que confunden el liberalismo con el trapicheo y el mercado con el bingo. Empezando por la tan cacareada Thatcher, la de la piraña en el bolso. La mayoría de los ganaderos, y veo lo que hay en mi tierra gallega, el país de un millón de vacas, aspiraban a ganarse la vida sin tener que

abandonar el campo. No fueron ellos quienes hicieron las leyes, ni los decretos, ni las normas. No fletaron barcos para exportar piensos criminales a sabiendas. No fueron ellos quienes jugaron a la ruleta rusa con la modificación genética.

El hombre con la cicatriz en el mentón me devuelve ahora la mirada existencialista de la vaca: «Siempre se joden los mismos».

CAPÍTULO III

En el Mejor País del Mundo
Esperpento cómico

«There's no such thing as a free lunch».

Milton Freedman, teórico del neoliberalismo

«No hay nada como una buena paparota de la Xunta».

Versión libre

Esta serie de ficción, a modo de folletín, se publicó en *La Voz de Galicia* a lo largo de 1990, primer año de Manuel Fraga como presidente de la Xunta de Galicia. Muchas de las situaciones inventadas por el autor, y de apariencia totalmente cómica, tuvieron un carácter premonitorio. Uno de los ejemplos más llamativos sería el, en aquel momento de la publicación, *inimaginable* viaje de la expedición fraguista a Cuba, así como el más increíble de Fidel a Galicia. Dos años más tarde la realidad superaba estas aventuras literarias de ficción política.

El folletín llevaba una dedicatoria: «A Manuel Prado Chao, quiosquero coruñés del barrio de A Gaiteira, que vende periódicos con el esmero de quien vende pan».

I
Don Manuel quiere saber

Don Manuel miró desde una balconada de Raxoi hacia el horizonte. Entre el horizonte y él se interponía el monte de O Pedroso, con la calva chamuscada, pero esto no lo desanimó aquella mañana. Las cosas iban bien, medianamente bien, correctamente bien, extraordinariamente bien, ¡cacho en la mar serena! Aunque estaba solo, Don Manuel dio un puñetazo en la mesa. Como aquel golpe provocó un ligero bamboleo en el mobiliario y la pinacoteca de Raxoi, acudió apresurado, temeroso y solícito, uno de los bedeles.

—¿Desea algo, Don Manuel?

—Quiero su opinión y sólo su opinión.

—Sí, Don Manuel.

—¿Cómo marchan las cosas?

—Bien, Don Manuel.

Don Manuel meditó la respuesta del subalterno y luego lo miró fijamente. Tenía la impresión de que aquello no le aclaraba el estado de cosas del país.

—¿Bien? ¿Tan sólo bien?

—Bien, muy bien, don Manuel —dijo el bedel con toda la seguridad que le era posible.

—¿Está seguro?

—En fin, vamos tirando, Don Manuel. Mi suegra se queja del reúma y mi hijo se ha hecho insumiso, pero vamos tirando, Don Manuel.

Aquella nueva respuesta lo dejó descolocado. En el programa electoral no había ningún apartado específico sobre reúma, aunque se contemplaban medidas para hacer resurgir los balnearios. Por si acaso, anotó en la agenda: «Mirar asunto reúma». Si en Suiza había un Partido de los Automovilistas, cualquier avispado podría montar un Partido de los Reumáticos, lo que seguramente restaría votos a las filas conservadoras. Desde lo de Ruiz Mateos tenía la mosca tras la oreja. En cuanto a lo del hijo insumiso del subalterno, prefirió simular que no había oído.

—No le pregunto sobre la salud de su familia, querido amigo. Le pregunto sobre el estado del país. ¿Piensa usted que lo estamos haciendo bien? Dígamelo sinceramente.

El bedel se quedó perplejo en el umbral de la puerta. Los consejos del padre, la propia experiencia y el instinto que acampaba allá en el fondo de la memoria le musitaban prudencia. Lo ideal sería saber cuál podría ser la respuesta que agradaría al que preguntaba, pero con la gente que manda nunca se está seguro. Realmente no le gustaban aquellos compromisos. Había sido bedel con Rosón, con Quiroga, con Albor y con Laxe, y con todos le había ido de maravilla, muy buenos días, lo que usted mande, y ya está. Ahora, la mirada del presidente lo intimidaba, despedía una luz de escáner de fotocopiadora. Hubiera preferido cien mil veces que le preguntase si iba a llover. Había que seguirle la corriente, pero, ¿en qué dirección? El tañido de las campanas de la catedral le recordó un refrán: «Sin dan, din, don, no hay *kirieleisón*». ¿Cuál era aquí el dan, din, don?

Había una serie de posibles respuestas, que descartó de entrada, del tipo «Lo hacen ustedes mal», «Igual que los otros» o «Hacen lo que pueden». Pensó en responder: «Lo hacen ustedes a las mil maravillas», que era una expresión que se usaba mucho en su comarca, pero intuyó que podía resultar poco verosímil. Tenía claro que debía encontrar una expresión positiva, pero no tópica ni típica. No servía el «Todo bien, señor» a secas. Había muchos grados dentro de bien. Se puede hacer muy bien, bastante bien, regularmente bien y malamente bien.

Todo esto le vino a la cabeza en una milésima de segundo; finalmente creyó tener la respuesta más adecuada.

—¡Éste es el mejor país del mundo, don Manuel!

II
En el Mejor País del Mundo

—Por supuesto, querido amigo, ¡éste es el mejor país del mundo! —reafirmó Don Manuel.

Lo dijo en tan alta voz que acudieron varias secretarias, unos asesores y el *conselleiro* Portomeñe, que esperaba audiencia. Portomeñe había sido citado a las 9 horas 36 minutos a. m., con apercibimiento de que si no llegaba puntual a la cita tendría que acercarse a la catedral y darse cien veces de cabeza contra el Santo dos Croques. En prevención de cualquier tipo de contingencia, el *conselleiro* se había presentado en Palacio a las 4.30 de la mañana, lo que provocó cierto desconcierto en el retén de guardia. Mientras esperaba a ser recibido, le dio tiempo varias veces a peinarse el tupé y leer el manuscrito de la próxima novela de Otilia, su mujer, titulada *Cristal, a las orillas del Sar*.

La espontánea comitiva asomó con cautela por la puerta del despacho presidencial y volvió a escuchar la briosa reafirmación del mandatario.

—¡Sí señor, éste es el mejor país del mundo!

—¡*Terra a nosa*! —gritó de inmediato Portomeñe.

—¡*Ei, carballeira*! —dijo un asesor más galleguista, que era, por cierto, de Madrid.

—¡Galicia, tierra meiga! —se animó a decir una secretaria.

—¡*Polo río abaixo vai unha troita de pé*![2]— dijo otro asesor, un poco despistado.

De inmediato se escucharon vivas al Celta de Vigo, al Deportivo de A Coruña, al globo de Betanzos, a los pimientos de Padrón y al capón de Vilalba, por lo que Don Manuel dijo que ya estaba bien, que había que trabajar. Eran las 9 horas y 36 minutos a. m. y mandó pasar a Portomeñe.

El diálogo con el bedel lo había sumido en un mar de dudas. Allí delante estaba su *conselleiro* más optimista, con una sonrisa impecable, animoso como un carillón, por lo que consideró ocioso preguntarle cómo pensaba que iban las cosas.

—Mi querido amigo, es necesario hacer una encuesta…

—Sí, don Manuel. Ahora mismo, don Manuel.

—¡Déjeme acabar!

—Sí, don Manuel.

—… Hay que hacer una encuesta para saber científicamente qué es lo que piensa la gente sobre nuestro Gobierno.

—Entendido, don Manuel —dijo Portomeñe, disimulando una inicial perplejidad—. Pero permítame que le diga, don Manuel, que tengo la íntima y absoluta convicción de que la gente está científicamente encantada.

—Al tiempo. Veamos si es vero lo que dice el pandero. Quiero una muestra amplia, de por lo menos cinco mil paisanos.

Don Manuel continuó dando instrucciones muy precisas sobre los aspectos de su interés que debería recoger la encuesta, como eran los problemas más importantes del país y una valoración de lo que la Xunta hacía para resolverlos. El *conselleiro* tomó cumplida nota de todas las indicaciones.

—Ahora, ¡a trabajar, querido amigo!

Cuando Portomeñe estaba a punto de salir por la puerta, Don Manuel lo reclamó de nuevo.

—Antes de que me olvide. Hay un último detalle —dijo Don Manuel — sobre el que tengo un particular interés. La última pregunta de la encuesta debe ser la siguiente: «¿Cree usted que Galicia es realmente el mejor país del mundo?».

III
Una encuesta estupenda

Al cabo de tres semanas, el *conselleiro* pidió audiencia por teléfono, anunciando que ya tenía los resultados de la muestra en su poder. Don Manuel le ordenó presentarse de inmediato en el palacio de Raxoi, pero antes quiso tener una impresión general.

—Estupenda, Don Manuel —dijo Portomeñe, al otro lado del hilo—, es una encuesta estupenda.

Don Manuel musitó algunos monosílabos de despedida y colgó el auricular. ¡Este Portomeñe, vaya forma de adjetivar! Eso de estupenda le quedaba bien a Sarita Montiel en los tiempos de *La Violetera*, pero no le parecía lo más adecuado para calificar una encuesta, por excelentes que fueran los resultados.

—Tenemos una mañana estupenda —dijo Portomeñe a uno de los guardias, señalando el cielo soleado, con un azul de bandera, sobre los mástiles de palacio.

—Sí señor, ¡estupenda! —dijo el guardia, disciplinadamente contagiado del optimismo del *conselleiro*.

Portomeñe se dirigió diligente por los corredores enmoquetados de Raxoi hacia el despacho presidencial. En la antesala tuvo algunas palabras de cortesía para la secretaria.

—Hoy está usted estupenda.

—Gracias, *conselleiro* —dijo la secretaria, que estrenaba un vestido estampado—. Don Manuel le espera.

El flamante portavoz gubernamental pidió permiso con la amplia sonrisa labrada como un florón. Don Manuel le indicó con gesto expectante que se sentase frente a él.

—Aquí tiene, Don Manuel —dijo Portomeñe alargándole un voluminoso documento—. ¡Estupenda!

—No sea tan estupendo y concrete.

Portomeñe, listo como un cuco, captó de inmediato la indirecta y se fue al índice, al apartado Vilalba. Allí, como siempre, los resultados eran espectaculares, pero no por esperados emocionaron menos a Don Manuel. Cuando nació Mark Twain, en su aldea vivían cien personas, por lo que el genial escritor siempre presumía de representar al uno por ciento de su pueblo, más que muchos grandes de la historia.

Don Manuel podía afirmar sin literatura que él representaba al 89 por ciento de su pueblo. Pensó hacerle esa confidencia a Portomeñe, pero temió que éste dijera que era una anécdota estupenda.

—Bien, mis paisanos saben portarse, pero vayamos ahora con los resultados globales.

En la encuesta, la mayoría de los gallegos calificaba con porcentajes muy semejantes la gestión de todos los gobiernos, actuales y pasados, autonómicos y estatales, desde los tiempos en que el general romano Decio Juno Bruto cruzó el río Limia. Consideraban que se estaba mal, rematadamente mal, en salud y dinero, aunque en cuestión de amores, que no eran materia transferible, cada uno se arreglaba como podía. Aquello dejó descorazonado a Don Manuel, convencido íntimamente de ser un paréntesis providencial. Pero allí estaba Portomeñe, optimista y sonriente, haciendo otra interpretación de los resultados.

—Fíjese, Don Manuel, ¡el cien por cien de los gallegos piensa que éste es el mejor país del mundo!

IV
La visita de la *meiga*

Aquella monumental encuesta que daba como resultado que los gallegos opinaban con igual escepticismo sobre los gobiernos habidos en el país de Breogán desde los tiempos remotos de Decio Juno Bruto, conocido en los tratados históricos por el sobrenombre de *El Gallego*, quedó para Don Manuel como una espina clavada en el corazón. Pero no era hombre de los que se desmoralizan al primer embate. Llegaría el momento en que cambiaría el curso de las estadísticas, por las buenas o por las malas.

Don Manuel decidió repasar la correspondencia en busca de noticias tranquilizadoras. Había 540.000 peticiones de recomendaciones para distintos puestos de la Administración entre las que figuraban numerosos candidatos/as para chóferes, telefonistas y conserjes, pero también para cosmonautas y echadoras de cartas. No era él una persona a quien dieran asco las recomendaciones, pues las consideraba como una expresión profunda de esas raíces históricas que se necesita preservar. Dejó una de las cartas sobre la mesa y mandó archivar el resto en el epígrafe «Cultura popular», apartado «Nuevas creaciones».

La recomendación que Don Manuel se había reservado para un estudio más detenido era precisamente la de la echadora de cartas. Venía firmada por una persona de su absoluta confianza, pero al principio consideró poco serio lo de contratar una *meiga* al servicio de la Administración autonómica. Todo eso, además, le había parecido siempre una patochada. No obstante, los resultados de la encuesta no eran tan radiantes como él esperaba, por lo que en su interior le quedaba un poso de inquietud y una honda curiosidad por el futuro. Tener a mano una *meiga* para consultas excepcionales no tenía por qué ser disparatado, más aún en estos tiempos en que las certezas se derrumban y las ideologías ceden ante el Principio de Incertidumbre de Heisenberg. Lo que pasaba era que de plantearse públicamente podría derivar en un cirio de mucho cuidado. Ya se imaginaba a la oposición pidiendo explicaciones y a él improvisando un discurso en la tribuna: «Señores diputados, yo tampoco creo en las *meigas*, pero haberlas haylas, y prueba de que esto es así es que somos capaces de contratar a una de funcionaria, licenciada en psicología y número uno de su promoción por más señas».

Estaba seguro de que la comparecencia resultaría brillante y de que podría causar muchas contradicciones, sobre todo entre los nacionalistas, pues si Beiras creía, Nogueira no, o viceversa, pero finalmente descartó esa vía y la misma posibilidad de tener una *meiga* con nómina de la Administración, aunque fuera disimulada en los presupuestos para la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América. Estas cosas siempre se acaban sabiendo y, ¿cómo reaccionaría, por ejemplo, monseñor Rouco?

Sin embargo, y por apagar la curiosidad, Don Manuel mandó gestionar, con toda la discreción del mundo, una visita de la adivina en cuestión.

La pitonisa no tardó en presentarse. Era una moza bien parecida y con una mirada que a Don Manuel se le antojó un poco irónica.

—Veo algunos problemas en el horizonte —dijo la pitonisa después de echar las cartas.

—¿Sí? —murmuró Don Manuel con preocupación.

—Veamos. Hay una persona que se dedicó a algo así como a la repesca…

—¡Ostras, Naseiro!

—En las cartas aparece también otra persona…

—¿Con barba? —apremió Don Manuel.

—Probablemente.

—¡Cáspita, Barreiro!

—De todas formas —resumió la pitonisa— tengo que decirle que por lo que cuentan las cartas es usted el mejor presidente del mejor país del mundo. Son 100.000 pesetas más IVA.

V
La gran *queimada*

Don Manuel había recibido una inyección moral en su resentido ánimo con la revelación de la *meiga* y quiromasajista Luz Divina. En estos momentos, y sin apelación posible, él era el mejor presidente del mejor país del mundo. La lectura de los periódicos confirmó su impresión de que las cosas iban imparablemente bien. En Carballo se hacía la mayor tortilla del mundo; en Carballiño, la mayor pulpada.

Todo el país era una inmensa cuchipanda, prueba indiscutible de que nunca se había vivido mejor.

Una comunicación llegada con el cuño de «urgente», calificada como de mucho interés por el equipo de imagen, le levantó aún más el espíritu. La Coordinadora de Agasajos y Cuchipandas de Galicia lo convidaba expresamente a presidir un acto que se presentaba como un golpe de efecto definitivo: la mayor *queimada* jamás imaginada. Una *queimada* que, a juzgar por las proporciones, iba a figurar con letras doradas en el Guinness y que sin duda causaría el pasmo del mundo entero, pues para este magno evento los organizadores habían previsto llenar de aguardiente el embalse de Portomarín.

Y así fue.

Una inmensa multitud llegada de los cuatro puntos cardinales de Galicia, a la que se habían sumado representantes de centros gallegos extendidos por el planeta, se dio cita aquella mañana de domingo en la villa luguesa. Además del orujo, en pequeña parte autóctono y en gran medida importado de Moldavia, Cachemira y Sri Lanka, se echaron al embalse 200 toneladas de mondas de limón y 4.000 toneladas de azúcar. El presidente se sentía pletórico al ver tanto paisanaje congregado y no dudó en calificar tal acontecimiento como «día de exultación que ha de perdurar en la memoria colectiva de Galicia». No sabía bien hasta qué punto se iba a confirmar su premonición.

Los hechos sucedieron vertiginosamente. Para prender el aguardiente, los organizadores disponían de un lanzallamas de *napalm*, de los utilizados por la infantería estadounidense en la guerra de Vietnam, comprado para la ocasión en Bruselas a un traficante de armas que resultó tener una tatarabuela gallega, que lo vendió a precio de saldo, en atención a sus raíces. Llegado el momento, Don Manuel cargó el depósito a la espalda, sujeto con correas a modo de mochila, y marchó decidido, soplete en mano, hacia la orilla del embalse. Entre enfervorizados aplausos y al son gaitero de una marcha escocesa, Don Manuel accionó la llave del artefacto y una enorme lengua de fuego salió en dirección al pantano que, en cuestión de segundos, adquirió el aspecto de un alto horno siderometalúrgico en gran escala. La hoguera alcanzó tal altura, sin perder, por suerte, la verticalidad, que fue detectada inmediatamente por un radar americano, en la base de comunicaciones del Barbanza. Desde el Pentágono se requirió más información, pero los radaristas no tenían ni idea de lo que estaba pasando a pocos kilómetros de allí. Tampoco estaba al tanto el *conselleiro* Romay Beccaría, que había decidido no leer la prensa por no seguir tragando sapos cada mañana por culpa de los incendios forestales. Alertado por el servicio contraincendios de que se estaba produciendo un terrible siniestro, el *conselleiro* decidió trasladarse a la zona en helicóptero, no sin antes mandar descargar sobre las llamas toneladas de espuma por medio de aviones cisterna, con tal mala suerte que la nube de producto disolvente fue a caer en Sarria, donde estaban celebrando el Día del Churrasco.

Mientras tanto, en Portomarín, el gentío corría despavorido en dirección a la comunidad autónoma de Castilla y León. Don Manuel, con las cejas chamuscadas y refugiado en un pozo artesano con su séquito, le echaba la culpa al aguardiente de importación. Rescatado por fin, regresó a Compostela en el helicóptero de Romay. Ambos callaban. Ha sido como viajar al infierno, soltó meditabundo Don Manuel. Romay hizo la señal de la cruz y miró hacia el oeste, por si la mano divina empujaba una borrasca de las Azores.

VI
La Brigada de Asuntos Especiales

Don Manuel, que en un principio rechazaba la creación de la Policía Autónoma por considerar tal proyecto un disparate nacionalista, fue encariñándose cada vez más con esta idea, como con muchas cosas en otro tiempo para él descabelladas. Ahora deseaba la llegada del día en que le rendiría honores una compañía de la policía gallega, con gaiteros propios y marcial bombo, e imaginaba a los mozos en

impecable formación en el Obradoiro, con sus penachos de urogallo sintéticos en la vestimenta de gala.

Pero había que ser, se decía Don Manuel, muy meticuloso y prudente en este asunto, en especial con la selección de los mandos que habrían de poner en marcha la gendarmería autóctona. En buena lógica, pensaba, deberían proceder de otros cuerpos policiales con experiencia. Pero también, muy en secreto, acariciaba otra idea complementaria. Una policía seria, y para Don Manuel hacer seriamente las cosas serias era una norma de conducta, debería tener un servicio de información, una Brigada de Asuntos Especiales, y para ese cometido le gustaría contar con una persona de la más absoluta confianza. Incluso tenía pensado el nombre para tal equipo confidencial, inspirado en la comarca nativa de la Terra Cha (Tierra Llana), donde se ubica Vilalba. Se llamaría, por tanto, TCH. Con ese mismo ánimo previsor, pensaba ya en la clave para identificar al jefe de la Brigada especial, un hombre fiel y discreto como una sombra y con los sentidos bien adiestrados. Se llamaría OP-OP. O sea, Oreja Profunda-Ojo al Parche.

Pero, ¿quién podría ser OP-OP?

Don Manuel decidió hacer un retrato robot: «Buen gallego. Gran trabajador. Con matrimonio formal. Carnet de conducir. Conocimientos de bricolage y de taekwondo. Máxima lealtad y dispuesto a todo por su jefe natural. Sin barba. Abstenerse ex seminaristas». Ordenó a sus asesores que le trajeran una relación de personas de confianza con esas características, pero ni siquiera a ellos les confesó para qué fin la necesitaba. Cuando le entregaron el fichero, el presidente repasó uno tras otro el perfil humano de cada candidato, por ver quién respondía mejor a la descripción.

Miraba y remiraba Don Manuel hasta que, de pronto, reparó en uno de los seleccionados.

—¡Atiza, Catoira!

La foto mostraba a un hombre de mirada alerta, mentón rotundo y unas orejas un tanto desproporcionadas. Era Catoira, el fiel Catoira. Desde que lo conoció en la inauguración de un parador, todos los años, puntualmente, Catoira le enviaba dos botellas de aguardiente de su excelente cosecha y una deliciosa empanada de sardinillas. Además, había trabajado siempre desinteresadamente por la causa. Nunca desfalleció, atravesó desiertos con la correosa paciencia de un tuareg sin pedir nada a cambio, ni el más pequeño favor. Ni siquiera quiso ir en las listas municipales en su ayuntamiento. Era, eso sí, tan simple en el razonar como temerario a la hora de la acción. Tendía a interpretar literalmente como una orden lo que el líder utilizaba como metáfora. Don Manuel recordaba que en una de las campañas electorales había dicho, en un mitin, refiriéndose a sus antagonistas políticos, que había

que «darle duro a esos haraganes que arruinan España y la llenan de pornografía». Nada más escuchar esas palabras, Catoira, enardecido, se echó a la calle y le saltó dos dientes a un primo del suegro de un concejal socialista de la localidad. Consiguieron detenerlo cuando se dirigía con unas tijeras de podar a la casa de un poeta local que había escrito en un muro: «Haced el amor los unos encima de los otros».

Atándole bien las cinchas, pensó Don Manuel, Catoira puede ser el hombre ideal. Lo mandó llamar y, después de una larga entrevista, Catoira salió radiante. A partir de ahora sería OP-OP, Oreja Profunda-Ojo al Parche.

VII
Oreja Profunda, en acción

La primera misión que se le encomendó a Catoira fue la de seguir como un sabueso los movimientos de Xosé Luis Barreiro, el Judas Iscariote que había traicionado a Don Manuel, y averiguar, a ser posible, el contenido de las memorias que estaba redactando. Preocupaba en la más alta instancia del país que contuviesen revelaciones desestabilizadoras. Transmutado en Oreja Profunda-Ojo al Parche, OP-OP, como jefe del servicio secreto Terra Cha, TCH, de la Policía Autónoma, Catoira elaboró en un reservado de la bodega Our Country un minucioso plan para controlar al tenebroso Príncipe de Forcarei.

Vestido de tuno y arrastrando un carrito de los del servicio de limpieza municipal, Catoira se apostó en la calle Montero Ríos, justo delante del domicilio del político. El intrépido agente dejó a un lado bandurria y escoba y se apoyó en el carrito para ir anotando todos los movimientos sospechosos en la zona. Aunque no abandonó la manzana, fue un día especialmente movido para Barreiro y muy complicado para Catoira, constantemente fotografiado por los turistas.

En el informe, entregado con sello de *top secret*, figuraban las siguientes anotaciones: «El interfecto baja de casa y entra en la cafetería del hotel Araguaney donde se reúne con Senén Bernárdez, de Coalición Galega. Sale de la cafetería y se encuentra en la acera con Xosé Manuel Beiras, del BNG. Entra en la cafetería y se reúne con Ceferino Díaz, del PSOE. Sale de la cafetería y se tropieza en la acera con Rodríguez Peña, del PNG-PG. Entra en la cafetería y se reúne con Camilo Nogueira, del PSG-EG. Sale de la cafetería y saluda a Cuiña, de los nuestros. Entra en la cafetería y se reúne con Victorino Núñez, de los nuestros, pero menos. Sale de la cafetería y saluda a Santiago Pemán, el hombre del tiempo de televisión. Ambos miran para el cielo. Entra en la cafetería y no se reúne con nadie sino que, ¡por fin!,

toma un café. Sale de la cafetería y se dirige a mí, indagando si trabajo para algún programa humorístico de la TVG. En la acera es reconocido por un miembro del colectivo anarquista ¿Vacunaste tu Carnero?, que trata, por lo que se ve infructuosamente, de incorporarlo a su grupo. Sube a su piso. Se escuchan notas musicales al piano. Suena la *Marcha del Antiguo Reino de Galicia.* Después, *La Marsellesa*. Luego, *Sitio distinto* de Reixa. Sin duda, algo importante se está cociendo».

Sí. Eso mismo se pensó en la más alta instancia. Una conspiración podía estar en marcha. Por el canal secreto, Oreja Profunda recibió la orden de escuchar «más allá». Catoira creyó interpretar debidamente la orden y se dispuso a practicar una intervención telefónica. En previsión de que serían necesarios ese tipo de servicios, OP-OP había fichado para TCH a un pariente suyo que había trabajado en la Telefónica y que ahora se dedicaba a la cría del visón. En los días siguientes colocaron todos los aparatos y se dispusieron a la escucha atentamente. Sonó la primera llamada.

—¿Miguel Cancio?

—Sí, hola.

—Somos de Radio Pirata y estamos en directo. ¿Tendrías inconveniente en explicarnos de qué va esa conferencia que vas a dar mañana?

—Pues mira, se trata de una incursión por la fauna de colonos, comisionistas, consignatarios, dependientes, intermediarios, mayoristas, mercaderes, minoristas, negociantes, traficantes, tratantes, vendedores y mercachifles en el campo de la ideología del pesebrismo, porque como ya demostró San Agustín y cantó Antonio Machín, el burro es de donde pace y no de donde nace…

Aquella alusión al burro sacó de su pasmo a Catoira.

—¡Cagondiola, Pepe, que nos equivocamos de línea!

Oreja Profunda y su ayudante interrumpieron la escucha y procedieron a recomponer la operación. Al escuchar la siguiente llamada confirmaron que ahora la intervención era correcta.

—¿Es usted Xosé Luis Barreiro?

—Sí, creo que sí. Depende. Dígame.

VIII
La Operación Verlasvenir

Catoira, que ya había bautizado el asunto como Operación Verlasvenir, se dispuso a escuchar atentamente.

—*Asper eram et bene discidium me ferre loquebar: at mihi nunc longe gloria fortis abest.*

—Namque agor ut per plana citus sola uerbere turbem quem celer adsueta uersat ab arte uer.

—Vre ferum et torque, libeat ne dicere quicquam magnificum post haec: horrida uerba doma.

—Parce tamen, per te furtiui foedera lecti, per Venerem quaeso copostiumque caput.

—Vale, Cotarelo, ya nos veremos.

—Estás en forma, Xosé Luis. A ver si tomamos unas copas.

Después de repasar la grabación, Catoira se mostró pletórico. En su cabeza retumbaban palabras como *foedera, venerem* y *caput*. Aquí hay tomate, machiño, le dijo a su pariente. Guardó con cuidado la cinta y procedió a buscar un políglota de solvencia, dispuesto a colaborar en la Operación Verlasvenir.

En la Consellería de Industria consiguió dar con un experto en latín, contratado como asesor de comunicación para zonas industriales en declive, que aceptó prestar su saber con la máxima discreción. Al día siguiente Catoira acudió ilusionado a recoger la traducción. El latinista le mostró el resultado, mientras echaba humo por una pipa.

Éste era el texto: «Era yo rudo, y decía que la ruptura sin dolor bien se llevaría: pero ahora me quedó bien lejos el ánimo. Doy vueltas lo mismo que en el suelo sin término gira el trompo al que un niño avieso hace girar con grácil maña. Quema al bravo y lo atormenta, que no ose decir cosa ninguna que sea presuntuosa después de esto: doma sus bravas palabras. Perdóname, con todo: por el apaño en la leche a escondidas y por Venus te lo pido y por acostar en mí tu cabeza».

—Pero, ¿esto qué *carallo* es? —acabó por decir Catoira después de leer y releer la traducción.

—Tibulo —dijo el experto en latín, echándole en los morros una nube tóxica—. Un fragmento de las *Elegías* del poeta Albio Tibulo, nacido en el 54 antes de Cristo, en las cercanías de Pedum.

Que aquello no era *cristiano* saltaba a la vista y lo de Pedum iba a mayores. Catoira estaba furioso y murmuraba por lo bajo. Tanto esfuerzo para que te saliesen con mariconadas. Si lo dejaran, a picar en una cantera ponía él a todos los poetas, rockeros, objetores de conciencia, feministas, ecologistas, gitanos y miembros del sindicato de la Guardia Civil.

Tan furioso iba que, cuando en un semáforo un chavalito gitano trató de limpiarle el parabrisas, vociferó que fuese a limpiarse el culo, que su coche no lo tocaba nadie. Pero como el gitanillo seguía limpiando, Catoira, de un castañazo, rompió en mil trozos su propio parabrisas.

—Ya te dije que no lo limpiases. ¡Mi coche no lo toca ni Dios bendito!

Fue entonces cuando sonó el mensáfono secreto que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Era Don Manuel, que quería verlo, y acudió a toda velocidad.

—¿Qué pasa con Barreiro, Catoira?

—Nada concreto, don Manuel, pero anda enredando como siempre.

—Ése nunca aprenderá. *At nobis aerata, Lares, depellite tela.*

—Amén —dijo Catoira, persignándose con resignación.

IX
Más gallego que tú

La experiencia de la conversación en latín había dejado a Catoira momentáneamente trastornado. Por otra parte, palpaba en el ambiente institucional una tendencia a revestirse de cultura. Por ejemplo, acudió a una sesión del Parlamento y Portomeñe utilizó cuatrocientas citas de autoridad en un debate que trataba sobre el reglamento de las máquinas tragaperras. Catoira pensó en un primer momento que todos aquellos nombres, desde el Padre Sarmiento hasta Jean Baudrillard, eran de socios del Casino da Toxa o adjudicatarios de bingos, pero luego cayó en la cuenta de que se trataba de esa gente ilustrada que no sabe ni jugar al tute.

Posteriormente, en un discurso de inauguración del monumento al Poeta Muerto de Hambre, en el que se invirtieron varios millones de pesetas y se consumieron dos toneladas de canapés y un camión cisterna de vino El Trovador Ciego, Victorino Núñez batió el récord, al nombrar, por riguroso orden alfabético, a todos los escritores incluidos en la *Gran enciclopedia gallega*. Los asistentes, Catoira entre ellos, ya se habían zampado los pinchos cuando el pregonero hizo un alto, con paréntesis especial, en la letra F. y recordó la copiosa obra de Don Manuel, setenta libros al menos. Vasta obra digna de ser saboreada, como el triunfo, en «pequeñas diócesis».

Aquella revelación dejó conmocionado a Catoira, que se rascó la cabeza con ahínco como quien ara en barbecho.

Provisionalmente suspendida la Operación Verlasvenir, y con la consigna de darle un poco de aire a Barreiro para que se ahogara él solo, Catoira, con mala conciencia y propósito de enmienda, decidió sumergirse en el mundo que le producía más aversión. El de la cultura. En una ocasión había escuchado decir a Don Manuel que quien ganase en el terreno de las ideas y de la cultura gallega ganaría también la partida en otros campos. Catoira estaba dispuesto a hincar el diente y empaparse de cultura, pero era consciente de que para eso debería conocer el territorio.

Como primera medida, y para tomar carrerilla, decidió leer la guía

telefónica de la provincia de A Coruña, años 89/90 y 90/91, observando con preocupación que de un año para otro aumentaban los Martínez, Rodríguez y Vázquez, mientras bajaban o se estancaban los Peteiro, Sineiro, Loureiro, Lodeiro, Morteiro o Bombeiro. Catoira se sentía muy gallego. En una ocasión uno del Bloque le había dicho que él no era gallego ni nada.

—Yo soy gallego como tú —replicó Catoira.

—Serás gallego como Fraga —dijo el del Bloque.

—Fraga es más gallego que tú —respondió Catoira.

—Fraga será gallego para ti —contestó el del Bloque.

—Pues tú eres menos gallego que yo —siguió Catoira.

—Yo soy bastante más gallego que tú —insistió el del Bloque.

—No hay un gallego como yo —dijo, por último, Catoira.

—De eso puedes estar seguro —le dijo el contrincante.

Catoira se quedó muy satisfecho de que le diesen finalmente la razón. Invitó a unas copas y todo el bar acabó entonando *A Rianxeira*, con su «ondiñas veñen e van», a la salud de Catoira, que era el que pagaba.

—¿Hay alguien más gallego que yo? —preguntó en voz alta Catoira.

—¡Nadie! —dijeron todos a coro. Y pidieron otra ronda.

Ahora, Catoira recordaba aquel incidente como un primer triunfo en el campo de las ideas. Y se dispuso a profundizar en la galleguidad. Pidió en la Consejería de Cultura que le enviasen todas las invitaciones para acontecimientos en los que se glosara la identidad gallega. Una de las tarjetas tenía un encabezamiento prometedor: «NUESTRAS RAÍCES. Gran Acto de Reafirmación de la Personalidad Gallega».

El programa de esta celebración era muy completo e incluía una conferencia sobre historia e identidad de Galicia, una exposición pictórica, bailes folclóricos y una cena de confraternidad. Dispuesto a no perderse nada, Catoira se presentó a la hora anunciada en el lugar de la conferencia, preparado para tomar nota de la historia e identidad de los asistentes, pero no se tuvo que molestar. Aparte de él, había media docena de personas, la mujer del conferenciante y un electricista que trataba en vano de hacer funcionar el micrófono.

X
«Nuestras raíces»

El conferenciante que abría los actos en la jornada cultural «Nuestras raíces» parecía una buena persona y hablaba bien. Catoira trató de prestar la máxima atención pero en su interior la curiosidad del espíritu mantenía un desigual combate con los tres platos de fabada

que se había zampado en la comida. Cuando el conferenciante llegó a la época del Cuaternario, Catoira ya daba unas tremendas cabezadas, y cuando el historiador se detuvo en los celtas, Catoira dormía a pierna suelta y roncaba en la noche de los tiempos. Se dio cuenta de que había concluido la conferencia porque el electricista municipal consiguió por fin hacer funcionar el micrófono, con la mala suerte de provocar una descarga eléctrica que sacudió al conferenciante en su broche final.

—¡Viva Galicia, qué *carallo*!

Catoira se restregó los ojos y se puso a aplaudir con entusiasmo, mientras el resto de los asistentes corría a auxiliar al electrocutado.

Ya en la sala de exposiciones, Catoira observó que se iba incorporando público, una docena de personas por lo menos. La gente miraba los lienzos en total silencio y con mucho interés, actitud que el agente especial decidió imitar. Uno de los cuadros se titulaba, como la popular copla, *A raíz do toxo verde e moi mala de arrincar e os amoriños primeiros son moi malos de olvidar*[3] y mostraba una superficie totalmente en negro. Precio: un millón de pesetas. Catoira se preguntó si estaría incluido el extintor de incendios adyacente, que le resultaba muy vistoso. Para no dar mala impresión, acabó siguiendo con la mirada, en pose de crítico de arte, las evoluciones de una araña que se descolgaba del techo.

Cuando llegó la hora de los coros y danzas, las personas presentes en el recinto eran ya cuatrocientas. Aquello era muy emotivo y Catoira echó al aire tres o cuatro *aturuxos*, el hurra gallego, que fueron muy celebrados por la concurrencia.

Perfectamente integrado, Catoira se sumó a la comitiva que se dirigía a la cena de confraternidad del Gran Acto de Afirmación «Nuestras raíces», unas cinco mil personas, que llenaron el pabellón de deportes, habilitado como gigantesco comedor.

En el marcador luminoso del recinto deportivo iba anunciándose el menú preparado para esa gran ocasión. Primeros entrantes: empanadas de pescadilla, bonito, bacalao, estorninos, gaviotas, canguro, búfalo y elefante hindú. Segundos entrantes: pulpo de la ría, pulpo de río, pulpo del Gran Sol, pulpo del banco de pesca canario-sahariano y pulpo de las Malvinas. Terceros entrantes: calamares, cigalas, gambas, berberechos, mejillones, santiaguiños, navajas, nécoras, centollas, langosta, langostinos, almejas y más cigalas. Cuartos entrantes: pimientos de Padrón y chilindradas mexicanas. Quintos entrantes: sopa de marisco, sopa de fideos, sopa de caballo cansado. Primer plato: merluza con guarnición de verduras. Segundo plato: guarnición de verduras con merluza. Tercer plato: carne asada. Quinto plato: lacón con grelos. Sexto plato: carnero asado. Séptimo plato: costilletas de cordero. Octavo plato: caldo gallego. Vinos:

blancos del país, rosados del país, tintos del país y Falcon Crest. Postres: tarta de Mondoñedo y tarta de Compostela. Plus: selección de quesos. Posdata: *filloas* rellenas. Café, copas, puro y *queimada*.

Terminada la cuchipanda, sobre las cinco de la mañana, y cuando un retén de bomberos había conseguido apagar la *queimada*, el presidente de la Asociación Nuestras Raíces se dirigió al público con estas sentidas palabras: «Señores, caballeros y señoras: después de este humilde y frugal condumio, creo que todos estamos en disposición de apreciar un poquito más nuestra tierra y poner lo que sea de nuestra parte para que medre en prosperidad y garantizar así el pan de nuestros hijos. ¡Viva Galicia!». Catoira se dio cuenta entonces, y como él miles de participantes, de que no le habían servido pan. Se escucharon murmullos de desaprobación y protesta.

—¡Cosas de la cultura! —dijo Catoira a un comensal, que también estaba indignado porque no le habían servido patatas.

XI
La ideología del trasero

Después de aquella memorable cena, Catoira, el agente especial de la Policía Autónoma, comenzó a tener una idea más o menos cabal de la razón de ser de cierto galleguismo. Sobre todo del galleguismo del que gustaban vanagloriarse los nada galleguistas.

Desde luego era difícil saber si los vientos del trasero de su vecino de mesa, que no había hecho nada por reprimirlos, eran galleguistas o de las Quimbambas. El olor, independientemente de su origen e ideología, era insoportable. Así que Catoira se levantó y, de camino a casa, meditó sobre el galleguismo, pues el perfume de la noche le ayudó a purificar los sentidos. Era indudable que si el galleguismo se manifestaba en proporción directa a las comilonas oficiales, se vivía un momento histórico en la *autoidentificación* de Galicia.

Quiso el destino que Catoira, que trataba de apaciguar los gases y la resaca con una mezcla casera de bicarbonato, miel de O Cebreiro, cerveza y colacao, recibiese muy temprano una llamada de palacio.

—¿Oreja Profunda? —preguntó una voz de tono funcionarial.

—Ojo al Parche —respondió Catoira mecánicamente, maldiciendo por la bajo, pues contaba con tener el día libre para quemar toxinas jugando al tute.

—Se trata de un asunto importante. Debe acudir usted esta noche a una cena en el castillo de Soutomaior para asistencia directa al presidente. Es una cena medieval, así que preséntese con atuendo *ad hoc*.

—¿*Ad* qué? —preguntó Catoira con malas pulgas.

—Es una exigencia de protocolo. Debe acudir vestido de caballero medieval.

No le gustó nada el retintín del funcionario y mucho menos el mensaje del que era portador, pero Catoira era un tipo eficiente, y por más que en los últimos tiempos —desde que estaba en nómina autonómica— le había cogido gusto a los trajes de bellas arrugas, a las seis de la tarde, después de múltiples gestiones en los museos arqueológicos, se hizo con una lucida armadura de caballero medieval. Montó en un Land Rover de la Consellería de Agricultura y se dirigió con garbo hacia los dominios de nuestro señor Cuiña.

XII
Una espada de mucho nabo

Había sido, en efecto, idea de Xosé Cuiña, caudillo del Deza, zar del Salnés, eficaz ordeñador de votos en las tierras todas de Pontevedra, el organizar una cena medieval en el castillo de Soutomaior. Pero en su imaginación artúrica no urdió una comilona más de las muchas que se prodigaban por todo lo ancho del país, sino una auténtica cena que recordaría los tiempos en que Galicia era un reino como es debido, con guerreros, trovadores y jabalís asados. Había dicho Cuiña a sus relaciones públicas: «Quiero una cena en honra de don Manuel que no sea una cena cualquiera sino que pase a los anales de la historia». Una vez más la historia iba a ser generosa con sus profetas. En la puesta en escena le cumplió un papel relevante a Xosé Manuel Barros, el farruco y entusiasta alcalde de Porriño, quien acudió solícito a la llamada personal de su señor Cuiña. Se trataba de contratar a doscientos mozos de la comarca, mitad para hacer de moros y mitad de cristianos, y así, con los debidos atavíos, darle prestancia y realismo al evento.

Y así se hizo. Barros pensó que era buena ocasión para darle una oportunidad a la juventud del municipio y presentarla en ejemplar escenificación delante de Don Manuel. En una primera selección entre los afiliados a Nuevas Generaciones, no reunió más de una docena de rapaces, por lo que, acostumbrado a ser resolutivo, ordenó a la Policía Municipal porriñesa que hiciese una leva por todos los *pubs* de la zona.

Por su parte, el presidente, conocedor de la ambientación y del sentido del acto, consideró que si tocaba ir de caballero, pues, vale: con traje medieval *primum inter pares* se haría ver en el histórico castillo de Soutomaior. Invocó al señorío de la Terra Cha, y allá fue, en el coche oficial, con yelmo, guardabrazos, guardapecho, guardaespaldas, hombreras, falda metálica y una espada de mucho nabo, dispensando, y a la que llamó Tizona, para abreviar.

XIII

Lambada en Soutomaior

Aquella gloriosa noche el ambiente en el castillo de Soutomaior era ciertamente de los que hacen época. Consejeros, diputados en Estrasburgo, diputados en Compostela, diputados en Madrid, diputados en Pontevedra, alcaldes, concejales y todo un radiante gentío de cortesanos gallegos había acudido a la convocatoria del hombre con más futuro a la diestra de Don Manuel, nuestro señor Cuiña, hijo de Lalín y caudillo del Deza.

Iban los hombres todos vestidos de caballeros medievales, como era ley de protocolo, y las mujeres lucían con mucho donaire generosos corpiños, largas faldas de seda y terciopelo, y prendidos llevaban los rubios o morenos cabellos por redecillas con pedrería.

Todo estaba muy bien organizado. En las murallas y corredores del castillo ardían las antorchas que alumbraban la noche con luz de *saudade*. En las paredes colgaban tapices que recreaban escenas de cacería o bucólicas estampas pastoriles. Con jarras y bandejas iban y venían docenas de galantes doncellas de servicio. Se respiraba señorío y abundancia.

Dio las palmas de rigor Xosé Luis Blanco, popular presentador de televisión, quien actuaba como animador de la fiesta. Gastaba para la ocasión una malla metálica con encajes de Camariñas. De aperitivo, interpretó un popurrí la Orquesta Compostela, un *mix* de merengues, corridos mexicanos, la cumbia *Moviendo la colita* y una lambada, que de entrada sorprendió pero que luego fue acogida con entusiasmo, bailándose un bis.

Metidos en materia, a Don Manuel le pusieron delante un jabalí al completo, con cabeza y todo. Hombre animoso en el condumio, pero también consciente de las humanas limitaciones, miró de reojo al cerdo bravo. Fue entonces cuando Cuiña, sentado por supuesto a la diestra, dijo aquella fatídica frase:

—¡Adelante, don Manuel! Imagínese que estamos en los buenos tiempos del Antiguo Reino de Galicia y que usted es el mariscal Pardo de Cela.

Don Manuel sabía muy bien cómo había acabado la historia del líder del medioevo gallego, a quien cortaron la cabeza en Mondoñedo, pero decidió reírle la gracia al segundón y echarle luego el diente al divino puerco.

XIV

Un congreso de *hooligans*

Todo transcurría felizmente en la opípara cena medieval en el castillo de Soutomaior. Don Manuel daba cuenta del jabalí bajo la atenta y satisfecha mirada de Cuiña mientras Xosé Luis Blanco informaba por el altavoz de que había un Land Rover mal situado que obstaculizaba el paso del ejército sarraceno. Porque ése era el gran número sorpresa de la noche: el simulacro de un combate en tierra gallega entre moros invasores y cristianos autóctonos.

El Land Rover aparcado resultó ser, claro, del agente especial Catoira, que, con la agilidad que le permitía la armadura, salió del comedor para despejar el camino. En su aparatosa salida, se llevó por delante cuatro o cinco candelabros y rodó por las escaleras con gran estruendo. Maldiciendo lo que ya parecía una coña medieval, consiguió llegar al exterior. Allí, el espectáculo que contemplaron sus ojos lo dejó asombrado e inmovilizado, lo que no le costó mucho esfuerzo, pues llevaba varias horas arrastrando penosamente cincuenta kilos de metal.

¿Qué es lo que había dejado atónito a Catoira?

En la larga espera del simulacro bélico, mientras en el interior se gozaba del condumio, los supuestos sarracenos habían combatido la helada con generosas dosis de licores de alto voltaje y fumaban trompetillas no precisamente hechas con hebras de los ya clásicos Peninsulares.

—¡Eh, tío! —dijo uno de los tipos con chilaba—. Ven aquí, que te vamos a llevar el careto a un chapista.

«A ver si vas a tener que llevar el tuyo a un sastre a que te lo cosa», dijo para sí Catoira, que se condujo con cautela, alarmado ante el cariz que iban tomando los acontecimientos.

Decidió no mover el Land Rover del estratégico lugar donde lo había situado, justo en el portalón del castillo, y se arrastró como pudo hacia territorio cristiano. Allí las cosas no estaban menos animadas. Más que un grupo de extras, aquello parecía un congreso de *hooligans*.

XV
Cirio en el castillo

Con toda solemnidad, Xosé Luis Blanco, el animador de la cena medieval de Soutomaior, anunció el número sorpresa de la noche. Todos los comensales iban a tener ocasión de ver y participar en un simulacro de combate entre tropas sarracenas que pretendían tomar la fortaleza y cristianos gallegos que la defenderían a capa y espada.

El verbo entusiasta del presentador llegaba también a los dos

ejércitos de extras, situados en las murallas —los leales cristianos— y en las laderas adyacentes —los malvados moros—, y tan verídico era el prólogo del animador que el discurso calentó aún más los ya de por sí sublevados ánimos de los que llevaban cuatro horas de espera, cargando las baterías con combustible destilado.

—Y ahora —dijo Xosé Luis Blanco— ¡que gane el mejor!

Los ¡Oh! iniciales de la concurrencia se mudaron enseguida en ayes. En cuestión de minutos, las invocaciones al profeta Mahoma o al apóstol Santiago, previstas en el programa, se mezclaban con gritos más espontáneos del tipo «¡Viva Lalín, con razón o sin ella!» o, por ejemplo, «¡A quien me dé un palo, le doy un duro!». Las espadas, en vez de un chinchín cordial, echaban chispas.

Cuiña, ante el cariz que iban tomando los acontecimientos, mudó de color. El alcalde de Porriño no sabía si felicitarse por el realismo del simulacro o avisar de inmediato a la Guardia Civil. Optó por repartir unos barrigazos y capones con el *walkie-talkie* que llevaba siempre en el bolsillo. El *conselleiro* de industria, Juan Fernández, se defendía en plan taekwondo del acoso sarraceno. Romay miró hacia el cielo aguardando una señal salvífica, pero lo único que divisó fue a Portomeñe balanceándose, estilo Errol Flynn, en una lámpara.

La cosa, en verdad, se estaba poniendo muy seria, y varios heridos reclamaban a la Cruz o la Media Luna Roja. Catoira, con rapidez de reflejos, cogió a Don Manuel del brazo y consiguió llevarlo hacia el Land Rover.

XVI
La conquista de Portugal

Ya en el Land Rover todoterreno, el agente especial de la Policía Autónoma pisó a fondo el acelerador y salió de estampida motorizada en dirección Santiago, pasando por Arcade.

Las peripecias vividas y los comentarios cabreados del insigne copiloto confundieron a Catoira, que se despistó en la Capital de la Ostra y giró en dirección equivocada, hacia la frontera portuguesa en lugar de hacerlo hacia el norte. La noche era oscura y una inoportuna niebla acabó por liar al conductor, que aún iba armado de caballero, al igual que Don Manuel.

La niebla se espesó en la llanura que va de Porriño a Tui, así que cuando el Land Rover cruzó a velocidad suicida por el puente internacional sobre el Miño, para pasmo y alarma de los guardias y *guardinhas* de la aduana, los ocupantes del vehículo creían estar cruzando el Ulla por Pontecesures.

—¡Carallo! —gritó un guardia de la banda de aquí. Y dio dos tiros al

aire.

—¡Caralho! —gritó un *guardinha* de la banda de allá. E hizo dos disparos al aire que parecieron dos y medio.

—Me pareció escuchar unos estallidos —comentó Don Manuel.

—¡Serán fuegos artificiales en Padrón! —dijo Catoira, quien iba con la cabeza pegada al parabrisas, y ni así veía un burro a tres pasos.

—Me pareció ver un indicador que ponía Valença do Minho —dijo Don Manuel un tanto intrigado.

—Usted duerma, Don Manuel, que ya le avisaré cuando lleguemos a Santiago —dijo Catoira, preguntándose cuándo diablos habían colocado tantos adoquines en Padrón.

Don Manuel, que tenía por costumbre no trasnochar, siguió el consejo y se recostó en el asiento del copiloto, apoyando el yelmo en la ventana, lo que producía un constante tamborileo metálico, ideal para el rearme ideológico. Cuando despertó, comprobó que ya habían pasado dos horas y que Catoira, con cara de lobishome, seguía conduciendo en la niebla.

—Me temo que nos hemos perdido, Don Manuel.

Fue entonces cuando ante ellos apareció un gran cartel: «Benvidos a Guimarães. AQUÍ NASCEU PORTUGAL».

XVII
Cercados por los *guardinhas*

Recuperándose poco a poco de la sorpresa, y dado que la ciudad dormía plácidamente y no era cosa de presentarse con las armaduras en un hotel, Catoira sugirió a Don Manuel la posibilidad de hacer noche al pie de la fortaleza de Don Afonso Henriques, el primer rey de Portugal, mítica figura de los lusitanos y gran héroe de la Iberia toda, si la historia —dicho sea de paso y aprovechando el cronista la oportunidad que se le brinda— no nos fuese contada de forma tan parcial.

En aquella hermosa colina que domina la ciudad antigua, Don Manuel y el fiel Catoira echaron un merecido sueño hasta que los despertó una algarabía matinal que no era precisamente de jilgueros, verderones ni petirrojos. Cuando Don Manuel se asomó por la ventana del todoterreno tuvo que refrotarse bien los ojos para dar crédito a lo que veía.

—¡Manda truco en La Habana! ¡Catoira, mire ahí afuera!

Lo que había allí afuera, alrededor del castillo de Don Afonso Henriques, era una compañía de *guardinhas* dotados con material antidisturbios y docenas de paracaidistas de intervención inmediata en posición de «prevengan». Tras ellos, un enorme gentío, con pancartas

en las que se podía leer «Espanha, nao te movas» o «Lembrade Aljubarrota».

—Don Manuel, haga el favor, salga usted primero, que a mí me da la risa —dijo un nervioso Catoira, que trataba inútilmente de controlar el castañeteo de dientes.

El presidente, lejos de amedrentarse, parecía tranquilo. Miró a Catoira y dijo con un tono que dejó asombrado al agente especial:

—Querido amigo, que la tristeza y el desaliento jamás ultrapasen el pórtico de mi residencia espiritual.

—¡Eso sí que es hablar, don Manuel!

XVIII
El rey del *bacalhau*

El presidente de la Xunta de Galicia decidió que mejor era salir y parlamentar que permanecer sitiados en el Land Rover escuchando en el radiocasete la única cinta que llevaba el agente especial: *Marinero de luces*, de Isabel Pantoja.

—¡Nao faga fafarronada! —gritó el uniformado que parecía estar al mando de la operación contra el invasor.

El hidalgo gallego, abrumado por el desacostumbrado peso de las armaduras, consiguió levantar los brazos en señal pacífica.

—¡Mi general, amigos todos de Guimarães, yo vengo de Galicia, tierra hermana, patria también de Camoes, la tierra madre de la que Portugal, como dijo Teophilo Braga, es un trozo más!

El general quedó muy agradecido con el tratamiento pero el gentío no pareció muy satisfecho con la última parte del saludo. Finalmente, se adelantó un voluntario en calidad de portavoz y dijo:

—Disculpe el excelentísimo señor, y también con la dispensa del excelentísimo señor Teófilo, nosotros no somos trozo de nadie.

—Queridos amigos —prosiguió Don Manuel, ya imparable—, traigo un mensaje, un sentido mensaje, un maravilloso mensaje… Un mensaje que se resume en dos palabras: ¡Viva Portugal!

La gente comenzó a aplaudir y fue retirando las pancartas con textos alusivos a un hipotético agresor. Mientras se sucedían los vivas, Catoira respiraba tranquilo por vez primera en cuarenta y ocho horas.

—Sería para nosotros un placer que el excelentísimo señor alargase tan bonito discurso —dijo el general de *guardinhas*.

—El sabio que no dice lo que sabe es como la nube que pasa y no trae lluvia —dijo Don Manuel.

—¡Bravo! —gritó el gentío, cada vez más entusiasta.

—Cuando yo era mozo observé que nueve de cada diez cosas que hacía fracasaban y como no deseaba fracasar, trabajé diez veces más

—continuó Don Manuel.

—¡Muito bem! —lo animó la gente.

—El hombre para sentirse feliz, necesita grandes cosas, inmensos placeres; con todo, para sentirse infeliz es mucho más modesto. ¡Un grano de arena en el zapato es cuanto le basta!

Aquella última frase encendió a toda la gente. De la multitud salió un clamor: «¡Viva Don Sebastião e viva o rei do bacalhau!».

XIX
El retorno a Compostela

En Guimarães, allí donde nació Portugal, la gente estaba en éxtasis con el verbo barroco de Don Manuel.

—Por cierto, ¿quién es usted? —preguntó el general de *guardinhas*.

—Dígale que es ese Don Sebastião —le susurró Catoira, dispuesto a todo para salvar el pellejo.

—Mi querido amigo, ¡yo soy Don Manuel de Galicia!

Fue en aquel preciso instante cuando aterrizó un helicóptero, del que bajaron en persona el mismísimo Francisco Fernández Ordóñez, a la sazón ministro español de Exteriores, avisado de que en Guimarães estaba a punto de producirse un grave conflicto internacional.

—Manolo, ¿estás bien?

—Querido Paco, siempre llegué un cuarto de hora adelantado, y eso hace de mí un hombre.

—Eso ya lo dijo Nelson —apostilló Ordóñez.

—¿Y a usted eso que más le da? —dijo Catoira, preocupado de que la llegada de la diplomacia enredase el asunto.

Entre la multitud proseguían los vivas a Don Sebastião, al rey del bacalao, a E.T. y a Don Manuel, quien finalmente fue paseado a hombros por la villa y agasajado como se merecía visitante tan insigne. Lo nombraron hijo adoptivo de Guimarães y ciudadano de honra de la Lusitania toda.

—¡Quede con nosotros, Don Manuel!

—No. Lo siento en el alma pero tengo que volver. Si no puedo realizar grandes cosas, puedo, por lo menos, hacer pequeñas cosas con grandeza.

—¡Eso ya lo dijo Clark! —apostilló Ordóñez.

—¡Y dale! —dijo Catoira, cada vez más cabreado con el diplomático.

—Además, queridos amigos —concluyó Don Manuel—, ¿qué sería sin mí en el mejor país del mundo?

XX

Follow Me

Después de su aventura portuguesa, Don Manuel retornó en loor de multitudes a Compostela. Hubo misa de gracias en la catedral y funcionó el botafumeiro. Para que quedase constancia del triunfal regreso, y para engrasar la maquinaria institucional, muy relajada en su ausencia, el mandatario decidió batir un nuevo récord de audiencias. Ese día recibió seiscientas visitas, a razón de una por minuto en una jornada continua de diez horas. «¡Que pasen los de Chantada!», ordenaba Don Manuel desde el despacho. «¡Marchando los de Vilardevós!», decía un minuto después el responsable de la agenda del gabinete presidencial.

Cansado pero feliz por el deber cumplido, Don Manuel mandó llamar a Catoira. Tenía una nueva misión para el eficaz Oreja Profunda.

—Querido amigo, me llegan noticias de que en A Coruña se está extendiendo un extraño movimiento probritánico. Bien está que por el sur reforcemos lazos con Portugal pero, a este paso, si nos colonizan por el norte, los únicos que van a querer ser gallegos son los del Bierzo. ¡Información, Catoira, información!

Catoira compró en la estación de autobuses de Santiago un manual para aprender inglés sin esfuerzo y la edición inglesa de *Play Boy*. Dedicó todo el tiempo del viaje en Castromil, el autobús de línea, a *leer* con mucho interés las fotos de la revista. Cuando llegó a la estación coruñesa, el primer gran rótulo de neón que se presentó ante sus ojos fue el de El Corte Inglés, lo que le hizo pensar que las sospechas de la britanización de A Coruña tenían serio fundamento. Allí mismo, en la cafetería de la estación, pidió café con *leite*.

—¿Con leche? —dijo el camarero, como si no entendiera.

—Con le-i-te —respondió muy despacito Catoira, preocupado por su primer tropiezo en materia de comunicación.

—¿Con leche? —repitió impasible el camarero.

Catoira echó mano del manual de inglés que llevaba en el bolsillo y miró con rapidez en el pequeño vocabulario que incluía. Allí estaba: *milk*. Se dice *milk*. Después leyó la frase completa.

—*Coffe and milk, please* —dijo Catoira, con el libro aún en la mano y preocupado por si lo escuchaba algún conocido de la infancia.

—*Yes, sir. ¿Do you like sugar?*

¡Pues sí que están bien las cosas en A Coruña!, pensó el agente especial. Aquella misión iba a ser complicada.

—*To Maria Pita Square, please* —dijo Catoira a un taxista en Cuatro Caminos.

—¡Home, Catoiriña! ¿Que é da túa vida? —respondió el taxista.

XXI

¡Viva Francis Drake!

—*Of course*, Catoiriña, *La Coruña takes-off*.

El taxista, que resultó ser un viejo conocido, informó a Catoira del periodo de espectacular crecimiento urbano y esplendor que vivía la ciudad. Tuvo tiempo de repetirlo en el trayecto, pues tardaron hora y media en recorrer dos kilómetros urbanos, lo que tarda un avión en llegar de Alvedro a Barajas.

—Despegará A Coruña, despegará, Fandiño, pero nosotros llevamos diez minutos sin movernos. Me va a costar la carrera un potosí.

—Vale, Catoiriña, vale. ¿Qué te trae por aquí?

—Vengo a aprender inglés —dijo Catoira enigmático.

—*All right*, Catoira. Ya llegamos. Te son tres libras.

—¿Al cambio?

—Quinientas leandras.

En Puerta Real, el agente secreto de la Policía Autónoma descubrió una pintada hecha con un *spray* que ilustraba el preocupante estado de cosas en la ciudad. «¡Viva Francis Drake, abajo María Pita!». Firmaba el movimiento probritánico Follow Me. ¿Qué estaría pasando en A Coruña? En las terrazas de la Marina todo el mundo tomaba té. Los escaparates de los comercios estaban engalanados con banderas británicas y algunos, los de ropa interior, mostraban prendas íntimas con el retrato del príncipe Carlos y Lady Di, en el mejor estilo de Carnaby Street. Catoira pidió un Ducados y le dieron Benson; pidió el *As* y le dieron *The Sun*; desanimado, pidió una de calamares y le dieron *fish&chips*.

XXII

¡Abajo María Pita!

En A Coruña ondeaban por doquier las banderas británicas, y en el muelle pesquero, donde antes ponía *A Virxe do Carme* ahora aparecía escrito *Lady Mary*. Los únicos productos autóctonos que mantenían la supremacía eran el periódico *La Voz de Galicia* y la cerveza Estrella de Galicia. Para tener más datos y redactar el dossier encargado por Don Manuel, Catoira compró la edición bilingüe de la historia de la ciudad, editada por el colectivo probritánico.

La tesis que se desarrollaba en ese trabajo, máximo exponente de la nueva historia revisada de A Coruña, dejó a Catoira más obnubilado de lo que ya estaba. En pocas palabras, María Pita, la heroína que se

había convertido en símbolo de la ciudad herculina al encabezar la resistencia en el siglo XVI contra la armada británica, era en realidad una inconsciente reaccionaria que retrasó de una fatídica pedrada, y durante siglos, el progreso de la ciudad.

Francis Drake, quien había dirigido aquella frustrada toma de la ciudad, ya no era tratado como un pirata sin escrúpulos, sino como un glorioso almirante que intentó con voluntad benefactora incorporar A Coruña a las corrientes hegemónicas de la historia moderna. Así se quejaban los intelectuales coruñeses: «¡Cuánto tiempo perdimos por culpa de una inoportuna pedrada!». La plaza de María Pita comenzaba a ser conocida como Drake Square y la intención municipal de levantar un monumento a la sedicente heroína estaba siendo seriamente cuestionada. El movimiento probritánico Follow Me presionaba para que en su lugar se erigiese un monumento en honra de sir Francis Drake.

En uno de sus furtivos contactos, Catoira pudo hablar con el marqués de Maneiro, gran canciller de la Orden de María Pita, quien prácticamente se movía en la clandestinidad y tenía su refugio en un sótano del Casino. «La situación es lamentable —contó Maneiro—, lo que los británicos no consiguieron lo están logrando ahora pacíficamente gracias a una recua de traidores».

A Maneiro le dolía especialmente que el Consistorio desestimara su petición de que a la entrada de la bahía coruñesa se colocara una estatua de la heroína del tamaño del Coloso de Rodas, de manera que los buques tuvieran que pasar justamente entre sus robustas piernas.

—Dígale a Don Manuel que estamos perdidos y que necesitamos refuerzos de caballería y un regimiento de gaiteros.

XXIII
La crisis de Francis Vázquez

El proceso de britanización de A Coruña era galopante y no parecía tener marcha atrás. El alcalde coruñés, Francisco Vázquez, que recibía el tratamiento de sir Paco, impulsor en buena parte del movimiento Follow Me, se sentía ahora perplejo y desbordado por los acontecimientos.

Empezaba a arrepentirse interiormente de su fama como furibundo antigalleguista. Primero dijo aquello de que era mejor aprender inglés que gallego, como si los fonemas fuesen incompatibles. El idioma gallego —hablado por muchos coruñeses contribuyentes— desapareció de la vida pública. Luego soltó aquella frase infeliz de «… ¡Y sarna para los demás!». Y más tarde, en un bando publicado en inglés y castellano, hizo suyas las, por otra parte irónicas, palabras de

Julio Camba: «El gallego, que es un idioma dulce, armonioso y abundante en vocales, no sirve para la vida ni para la literatura. En gallego se pueden hacer algunas poesías —Rosalía las hizo maravillosas—, comprar algunos pescados y hablarle a las gallinas, a los pájaros, y a las muchachas de la aldea. Pero, ¿cómo va a tener nadie la pretensión, no ya de escribir una obra filosófica, sino de hacer en gallego un artículo político o una crónica periodística?».

Sir Paco había tratado de superar su acento, pues era el político gallego con más acento gallego aunque no hablase en gallego. Se había desatado una absurda batalla lingüística a propósito del topónimo de la ciudad, y todo por culpa de una «l» del artículo. ¿La Coruña o A Coruña? El nombre oficial, de acuerdos con las leyes, era la forma gallega. Pero el alcalde no estaba dispuesto a ceder ni un ápice. La guerra de la «l» no tendría fin. Pasaría a la historia como la de Troya. En momentos de duda, que siempre existen, el alcalde se plantaba delante de un espejo, inspiraba el aire por la nariz y lo soltaba lentamente. Y entonces reforzaba su convicción con un ejercicio de logopedia recomendado como onomatopeya para un sonido dominante «l»: «Al lobo no tememos, al lobo no tememos, lalaralalalala, lalaralalala. A casa nos marchamos, a casa nos marchamos, lalaralalalala, lalaralalala». Pero el acento, queramos o no, y como diría César Vallejo en uno de sus poemas parisinos, se nos pega a los zapatos. Sir Paco, finalmente, se rendía ante la naturaleza y seguía diciendo «La Curuña».

XXIV
BBC y rugby

Sir Paco Vázquez, el *Dear Major* de A Coruña, abrumado por el imparable movimiento probritánico Follow Me, meditaba seriamente en su despacho la posibilidad de aliarse con los Profetas del No —oposición en la que incluía a todo aquel que no dijera amén a su providencial caudillaje— y hacer un frente común con la Gran Orden de María Pita.

En sus manos tenía el último comunicado de los Follow Me con una plataforma probritánica que recogía las siguientes exigencias:

Sustitución de la prevista plaza de toros de A Coruña, signo de barbarie anticoruñesa, por un gran hipódromo que devolviese la noble afición por los caballos.

Refundación de la Policía Municipal, adopción del modelo Scotland Yard, y creación de un cuerpo de *bobbies* que prestase servicio de policía y auxilio público, a razón de uno por cada barrio.

Solicitud de una programación cultural de la BBC, especial para A

Coruña, dada la mediocridad en ese ámbito de la TVE y de la TVG.

Promoción del rugby y participación de una selección coruñesa en el Torneo de las Cinco Naciones.

Creación de un parque digno de tal nombre, estilo Hyde Park. Como emplazamiento ideal se señala el Castro de Elviña, donde el poblado celta padece un abandono que incomoda el *fair play* de los auténticos coruñeses, formados en el espíritu de Lucas Labrada, Porlier, Concepción Arenal, Juan Fernández Latorre, Manuel Murguía, Xoan Vicente Viqueira, los hermanos Villar Ponte —nacidos en Viveiro, pero de magisterio coruñes—, Anxel Casas o el maltratado Santiago Casares Quiroga.

Refundación del ateneo popular Resplandor en el Abismo.

XXV
Fútbol y patatas

Catoira regresó a Compostela con un amplio dossier en el que analizaba también los apoyos de Francis Vázquez, *Dear Major* de la Hércules Town.

—¿Usted cree que nuestro querido amigo César Augusto tiene posibilidades en las próximas elecciones municipales? —preguntó Don Manuel.

—¿César Augusto? No tengo ningún querido amigo que se llame Augusto César —dijo Catoira, ya suficientemente preocupado con los anglófilos para que le metieran por medio al Imperio Romano.

—Lendoiro, hombre, Lendoiro —aclaró Don Manuel.

—¡Ah, Lendoiro! Pues todo depende de Arsenio.

—¿Y de qué partido político es ese tal Arsenio? —inquirió Don Manuel.

—No es de ningún partido político, es el entrenador del Deportivo. Si el Deportivo sube, Lendoiro tiene algunas posibilidades. Si no, lo veo difícil.

Don Manuel hizo una anotación en su agenda personal: «Para elecciones municipales en A Coruña olvidarse de la política y estar atentos a los resultados en la Segunda División A».

—Muy bien, querido amigo. Tengo otra misión para usted.

Catoira tenía la secreta ilusión de que lo enviaran a Lugo porque iba a ser el San Froilán y procuraba no perderse nunca el Domingo das Mozas, día grande de las fiestas. Pero no era Lugo —bajo estricto control de su mariscal Cacharro— lo que rondaba en la cabeza de Don Manuel. El presidente alargó un recorte de prensa a Catoira. «Victorino Núñez leerá el pregón de la Fiesta de la Patata en Coristanco». Catoira intentó desentrañar el enigma que se escondía

detrás de tan sencillo anuncio. Galicia, por suerte, estaba llena de fiestas gastronómicas y de pregoneros.

—Se preguntará usted, querido amigo, qué hay de raro en esta noticia. Permítame que formule la cuestión de esta manera: ¿Qué hace el presidente del Parlamento, que es de Ourense, dando vivas a la patata en Coristanco? Ése es el enésimo pregón gastronómico de Victorino y confieso, Catoira, que me tiene preocupado. Parece un corresponsal de la *Guía Michelin*. Para alabar la patata, los guisantes, los repollos, las nabizas, los nabos o los grelos ya está Romay que para eso es *conselleiro* de Agricultura. ¿Qué hay detrás de los movimientos culinarios de Victorino? Desgraciadamente, querido amigo, en política no hay que fiarse ni de la propia sombra.

Catoira guardó el recorte de prensa y marchó meditabundo reflexionando sobre las complejas sutilezas de la política gallega, en la que tan determinante era la estrategia del fútbol como la de la patata.

XXVI
Los picabueyes

Oreja Profunda fue, pues, enviado a Coristanco en misión secreta para seguir los pasos de Victorino Núñez, prohombre de la derecha gallega de *new look* que se escondía bajo el paraguas de Centristas de Galicia, y que oficiaría de pregonero en la Fiesta de la Patata.

Hacia fuera, Don Manuel hablaba siempre con comedimiento y respetuosamente de su socio orensano, quien se había dado a la política de la mano del legendario Franqueira, para hacerse luego gallo, echar espolones y montar un corral a su medida y a la segura sombra de la infantería del de Vilalba.

En privado, Don Manuel confesaba ciertos recelos por el estilo de hacer política de Victorino. «A veces pienso que Victorino es como un picabueyes», le dijo a Catoira, convertido en los últimos tiempos en fiel confidente.

—¿Picabueyes?

—Sí, querido amigo, esa casta de pájaro que picotea en la dentadura de los hipopótamos. Cuando todo va bien, se harta. Cuando hay peligro, es el primero en levantar el vuelo.

Catoira sufría mucho por los problemas del patrón. Si por él fuese, se presentaría en Coristanco con una escopeta de perdigones de sal para calentarles los glúteos a todos los desagradecidos picabueyes.

Pero Catoira había aprendido ya a ser discreto en sus operaciones. Así que acudió a la Fiesta de la Patata de Coristanco gastando boina capada, camisa de lino, chaleco de pana, reloj de cadena, paraguas colgado a la espalda al modo paisano, gafas de sol, *walkman* con

Marinero de luces de la Pantoja y un paquete de patatas fritas envasado en Taiwan.

—Vaya usted a Coristanco —le había dicho Don Manuel en la despedida—. Pero no olvide, querido amigo, que no hay patatas como las de Vilalba.

XXVII
Follón en el pregón

En Coristanco, «vergel de Bergantiños», todo estaba a tono con la popular fiesta en honra del tubérculo que tantos servicios prestó y presta a la nación de los gallegos. Los potentes tractores John Deere estaban engalanados con guirnaldas hechas de patatas y el humilde y generoso fruto de la tierra lucía con señorío por donde quiera que mirase. Miles de campesinos de la comarca contemplaban con curiosidad el nutrido palco de autoridades.

Catoira se había acercado con un micrófono camuflado en el interior de una patata de cuatro kilos.

El discurso de Victorino fue muy vistoso, y además de alabar la patata no faltaron referencias a la Autonomía, a la solidaridad entre los pueblos hispánicos, a la unidad europea y al lanzamiento del satélite de exploración solar *Ulysses*.

—Muy bien hilado —decía el gentío por lo bajo—. ¡Craneo privilegiado! ¡Divinas palabras!

El problema vino en el colofón. Probablemente debido a una confusión provocada por excesivo número de pregones culinarios, Victorino culminó su discurso con un estentóreo «¡Viva la castaña de Coristanco!».

Los miles de patateros permanecieron en tenso silencio. Se notaba que aquella autoridad había llegado de las tierras altas.

—¡Vivan los huevos de Coristanco! —corrigió Victorino.

La multitud permanecía expectante y callada, aunque muchos de los asistentes blandían ya patatas en el puño.

—¡Vivan los percebes de Coristanco! —gritó ahora Victorino, olvidando que estaba varias millas tierra adentro.

Pensando que la confusión no era del todo bien intencionada, los paisanos más cabreados lanzaron una lluvia de patatas contra el palco, provocando la fuga de las autoridades.

—¡Vivan las espinacas de Betanzos! ¡Vivan las manzanas de Nueva Zelanda! —seguía gritando Victorino, cada vez más confuso, mientras corría hacia el coche oficial.

XXVIII

Escuela de raposería

A pesar de ser alcanzado por dos o tres tubérculos de mediano calibre, Victorino Núñez consiguió salir ileso del accidentado final del pregón en la Fiesta de la Patata de Coristanco. El presidente del Parlamento y líder de los Centristas de Galicia había acudido de pregonero por especial interés del alcalde Manuel Remuiñán, miembro de otra agrupación de inspiración centrista, la llamada Coalición Progresista Galega, una especie de *sindicato* de alcaldes, del que era cabeza visible Arufe Rieiro, también conocido como El Raposo de Santa Comba, por su habilidad para moverse en el gallinero político.

Tanto Remuiñán como Arufe no eran unos alcaldes cualquiera sino magistrales exponentes de un modo muy extendido de hacer política en Galicia. Pertenecía a la que se dio en llamar Escuela de Raposería, una mezcla de tradición galaico-resabiada, de raíz consuetudinaria, desarrollada con esmero por los feriantes, y enriquecida por corrientes internacionales, como la representada por Giulio Andreotti, el primer ministro italiano que llevaba más de cuarenta años en el poder, navegando a diestra haciendo que iba a siniestra. O viceversa.

Durante una peregrinación a Compostela, Andreotti había elogiado con entusiasmo el carácter gallego, de acuerdo con el tópico: «Quando un galiziano é arrivato a metá della scala, giá non si ricorda piú se sta salendo o scendendo». De hecho, Arufe y Remuiñán hablaban a veces en italiano, sobre todo en la etapa en que conspiraron contra Romay para tumbarlo de la presidencia de la Diputación de A Coruña.

—*E molto necesari revoltari il galinieri* —había dicho Arufe.

—*Sonno molto de acordi en chimpari al cardinali* —asintió Remuiñán.

Romay, convencido de que hablaban en un dialecto bergantiñano, no entendía nada, aunque le sonó sospechoso lo de *cardinali.*

Ahora, Remuiñán tranquilizaba a Victorino Núñez en el banquete de autoridades de la Fiesta de la Patata. En realidad, el pregón era una disculpa para llegar a un entendimiento político. Victorino llevaba meses proyectando la extensión de su partido desde Ourense al resto de Galicia. Pregón a pregón, lo iba consiguiendo. Pregón que daba Victorino, alcalde en el bote. Mientras pelaban patatas cocidas, cerraba la operación con Remuiñán.

—Lo que tienen las patatas es que están buenas con cualquier cosa —decía el alcalde—. Hablando de patatas, si entramos en tu partido, ¿asfaltarán todas las pistas?

—A mí me gustan cocidas y con unas gotas de oliva virgen —comentó Victorino—. Por supuesto, si venís conmigo se asfaltarán pistas, caminos, atajos, senderos, veredas y carreros.

—¿Y qué me dices de las patatas estilo cachelo? —añadió Remuiñán

—. Por cierto, si entramos, ¿va a haber subvenciones?

—Ricas, ricas son las cocidas con agua de pulpo —dijo Victorino—. ¿Subvenciones?, algunas descorcharemos.

—Tenemos un equipo de artes marciales. Ahora a la mocedad le da por el taekwondo.

—¡No me extraña! Pues también habrá subvenciones para el taekwondo. Si no va por Agricultura va por Cultura.

—Pues, ¿trato hecho?

—Trato hecho. Por cierto y sin desmerecer las patatas, ¡qué buenos están los percebes!

XXIX
Sacrificados por Galicia

Con una cámara fotográfica camuflada en un tubérculo de 30 cm de diámetro, Catoira consiguió inmortalizar el momento en que Victorino Núñez y el alcalde de Coristanco cerraban su trato con un abrazo.

—Por cierto, y ya que vamos a ser socios, ¿cuál es nuestro ideario político? —dijo Remuiñán, mientras se disponía a zamparse una patata cocida rellena de gambas.

Con aquella pregunta, Victorino vio el cielo abierto para retomar la palabra ante el amplio y selecto público. Y proclamó, para que todos lo pudieran oír: «Como dijo John Fitzgerald Kennedy sobre los Estados Unidos, no debemos preguntarnos qué puede hacer Galicia por nosotros, sino que podemos hacer nosotros por Galicia».

—Muy bien —dijo la mayoría de los presentes, mientras le metían el diente al quinto plato, patatas rellenas con rabos de cigala.

«Señores, Galicia es nuestra Madre y si nuestra madre pide un sacrificio a sus hijos, éstos no deben dudar ni un solo momento en ponerse a su disposición», prosiguió Victorino.

—Eso está muy bien dicho —asintieron los comensales, ocupados ahora en unas patatas rellenas de cocochas de merluza.

«Nosotros estamos en política —subrayó Victorino—, no para servirnos de Galicia sino para servir a Galicia».

—¡Bravo, sí señor! —gritó entusiasmado Remuiñán, mientras se metía una patata rellena de codorniz.

«En definitiva, señores —culminó Victorino—, nosotros estamos en política para sacrificarnos».

Los asistentes, puestos en pie, ovacionaron al orador. Catoira no probó el postre. Le pareció algo diabólica la receta de «Patatas rellenas de cabello de ángel».

XXX

En la mitad de la escalera

El informe que le entregó Oreja Profunda —grabación y fotografías— confirmó a Don Manuel sus recelos de que alguien empezaba a medrar sigilosamente y sin pausa a sus espaldas.

—Buen trabajo, Catoira. ¿Cómo se arregló para conseguir este material?

—Tecnología punta, don Manuel. Utilicé la Superpatata.

—Vale, Catoira. Aunque confieso que los resultados de las investigaciones me dejan sumido en la tristeza. No me gustan estos movimientos culinarios de Victorino. Es como si abres un hipermercado Alcampo y uno de tus socios pone a cien metros un hipermercado Continente. Bien está el libre mercado, pero ¿cree usted que hay clientela para todos? Victorino es para nosotros como un bastón pero temo que nos vaya a acabar dando un bastonazo.

—Yo tampoco me fiaría, Don Manuel. En su alocución citó a Kennedy. Tengo entendido que ese tal Kennedy era algo comunista.

—No exagere, querido amigo.

Lo que más preocupaba a Don Manuel era el descubrimiento hecho por Catoira de que Victorino preparaba una convención en la que participaría toda clase de tránsfugas, bisagras e indecisos, con la condición de que tuviesen cierto poder en su ámbito local.

En realidad, el proyecto de Victorino estaba mucho más adelantado de lo que parecía. De hecho, estaba desbordado por el imprevisto eco de la convocatoria, hecha bajo el lema «Todos juntos en la mitad de la escalera».

A la Convención de Tránsfugas acudieron alcaldes y concejales de todos los rincones de Galicia. A cada uno se le entregó un cartapacio que incluía las ponencias a discurrir en esa reunión constituyente:

Teoría y Praxis del Trasacuerdo.

Estructura y Superestructura de la Retranca.

Aportación galaica a la Historia de las Ideas Políticas: El *sentidiño*[4].

Un cualificado portavoz, el por entonces alcalde de Ourense, Mondelo, hizo el saludo a todos los asistentes.

—Como persona independiente, ex miembro de siete partidos políticos, y participante en cuatro coaliciones de gobierno de distinto color, creo reunir los suficientes méritos para abrir este histórico encuentro —declaró Mondelo, que fue recibido con una emotiva ovación.

Orgullo de tránsfuga

La multitudinaria Convención de Tránsfugas pretendía configurar una nueva alternativa en el panorama político gallego, ni de izquierda ni de derecha, ni progresista ni conservadora, ni nacionalista ni estatalista, ni alta ni baja, ni fría ni caliente, ni gorda ni flaca. Todo estaba previsto para que no hubiese recelos entre los presentes, así que de vez en cuando mudaban de butaca, y los que estaban sentados en un lado se cambiaban al otro.

—Permítame —decía un asistente a otro para que le cediera el sitio —, es que llevo mucho tiempo sentado ahí en la izquierda y no quiero que haya equívocos. Ya sabe cómo es la gente.

—No se preocupe —respondía el interpelado—, yo todavía no me he sentado en el lado izquierdo. ¡Aquí, en la derecha, se está tan calentito!

Mientras los congresistas rotaban de un lado a otro, el alcalde proseguía con su discurso de salutación.

—Sí señores —leía Mondelo, con inspiración de Victorino—, aquí estamos los tránsfugas, y lo digo así, con todas las letras, porque ya va siendo hora de que reivindiquemos esa condición que se nos ha restregado como un insulto. Se nos ha criticado, vilipendiado, pero ya va siendo hora de que levantemos nuestra voz, de juntarnos todos, y somos muchos, y decir con orgullo: ¡qual piuma al vento! Yo os pregunto: ¿hay algo más higiénico que cambiar de chaqueta?

—¡No! —respondió la audiencia con unanimidad.

—¿No es ley humana andar al sol que más calienta?

—¡Sí! —gritó la audiencia agitando los paraguas.

—¿Puede un gallego centrado andar con albardas?

Aunque se escuchó algún «sí» aislado del típico diletante, la inmensa mayoría respondió con un rotundo «no».

—Claro que no, amigos. Nosotros no aceptamos yugos ideológicos. Queremos mirar a todos los horizontes, a todos los caminos. Y si mañana hay que ser de derechas, pues seamos de derechas. Y si pasado hay que ser menos de derechas, pues seamos un poquito menos de derechas. Y si otro día hay que ser de centro, pues vayamos derechitos al centro. No somos dogmáticos. Estamos donde hay que estar, en el momento y en el lugar apropiados. ¿Se puede pedir más por menos? Convenceos: somos el futuro. Estamos todos juntos en la mitad de la escalera y yo os pregunto para que lo escuchen aquí y en Madrid: ¿subimos o bajamos?

—¡Subimos! —respondieron todos a una.

La aparición de Couce

Después del emotivo saludo de Mondelo le tocaba el turno a Arufe Rieiro, conocido como el Zorro de Santa Comba, quien tenía por encargo desarrollar la ponencia «Teoría y Praxis del Trasacuerdo». Pero en el preciso momento en que Arufe se dirigía a la tribuna, entre aplausos de la concurrencia, un estruendoso jaleo en la entrada del auditorio desvió la atención de los congresistas, que se preguntaron con inquietud qué era lo que pasaba.

Pronto tuvieron oportunidad de descubrir el motivo de tan inoportuna algarabía. Desde el fondo de la sala, enérgico y furibundo tal Júpiter, vestido con túnica y coronado de laurel, y armado de un fuelle desinfectador al estilo de los forenses decimonónicos, irrumpió en el local el ex alcalde de Ferrol, Alfonso Couce Doce, desplazado de su cargo por el voto de uno de los tránsfugas asistentes a la convención.

Desde que Couce había perdido la alcaldía, desarrollaba una ingente labor contra el transfuguismo, siendo su iniciativa más destacada la promoción del Monumento al Tránsfuga, escultura que simulaba un ave de rapiña y de la que le habían sido solicitadas reproducciones desde muchos puntos de la geografía española. Dado el éxito de sus ocurrencias, Couce había abandonado sus ocupaciones profesionales y se dedicaba *full time* a la caza y captura de tránsfugas, a los que desposeía, para mayor escarmiento, de su chaqueta en público y luego fumigaba con DDT. Para esa labor, había conseguido el desinteresado concurso de un grupo de fornidas *Pepitas* ferrolanas.

Y así fue como se presentó Couce en la Convención de Tránsfugas, fumigando a derecha e izquierda, mientras las robustas *Pepitas* arrancaban las chaquetas a los congresistas. Algunos de los asistentes intentaban hacer frente al intrépido comando, pero cuando no era Couce el que les lanzaba un soplo de sulfamida era una de las *Pepitas* la que les tiraba de la manga. Couce estaba enardecido y recitaba una de sus brillantes composiciones.

Al repelente traidor
Fumigaré sin clemencia
Para que sienta dolor
Que le obligue a penitencia

Victorino llamó a la Presidencia y solicitó la mediación a Don Manuel, que envió al agente Catoira, de la Policía Autónoma, para que le trajese a Couce por las buenas o por las malas.

—¡Arriba España! —proclamó Couce, cuando escuchó la invocación a Don Manuel. Soltó a Arufe, a quien tenía pillado por el bigote, y se

encaminó al palacio de Raxoi, escoltado por Catoira.

—¡Ave, César! —dijo el ex alcalde ferrolano, cuando estuvo en presencia de Don Manuel.

—Déjese de fantochadas, amigo Couce. Vístase de hombre serio y regrese a la paz del hogar departamental.

—Don Manuel, ¡al traidor y al felón, dinamita y munición!

—No me sea chungo, Couce, que le estoy llamando al orden.

—Póngome firme, Don Manuel, pero recuerde que hay un límite en que la tolerancia deja de ser virtud.

—No me senequee, Couce, que aún los tengo bien puestos.

—Ojalá, don Manuel —dijo finalmente Couce—. Y marchó cabizbajo murmurando: «No hagas mal, que es pecado mortal; ni hagas bien, que es pecado también».

XXXIII
Búfalo Bill

Don Manuel era un naturalista convencido. Desde la más tierna infancia le gustaba calzar zapatones y salir bien temprano monte a través. Su concepción de amor a la naturaleza no era incompatible con la pasión por la caza. Participaba en safaris por remotas selvas y hasta fue detrás de los osos por los Cárpatos de la mano de Ceaucescu, el sátrapa rumano que en aquel tiempo gozaba de las simpatías de muchos políticos conservadores de Occidente.

—Sí, querido amigo —confesó un día a Catoira—, la gente está convencida de que mis héroes particulares son Napoleón, Franco, Churchill o Cánovas del Castillo, pero están equivocados. Yo, a quien siempre admiré de verdad, desde niño, fue a Búfalo Bill.

—Yo también, don Manuel —correspondió el agente especial de la Policía Autónoma—. Yo también admiraba a Búfalo Bill, al gordo de Bonanza y a Rintintin.

—¿Pero ese Rintintin no era un can?

—Pues sí. Pero, ¡cuánto *sentidiño* tenía!

Ahora Don Manuel estaba preocupado por los ecologistas.

—Si por ellos fuese, Catoira, no habría ni pinturas en la cueva de Altamira. Una cosa —decía Don Manuel— es amar la naturaleza y otra muy distinta es poner trabas al progreso. La tienen ahora tomada con el eucalipto. ¿A quién no le gusta saborear un pulpo a la feria a la sombra de un castaño o de un roble? Pero, querido amigo, no le pongamos condones al progreso. Si el progreso son los eucaliptos, pues adelante con los eucaliptos desde Ortegal al Miño. Si algún día el progreso son los cactus, pues habrá que plantar cactus a mansalva. ¿O acaso hay tanta diferencia entre un cactus y un tojo?

A Catoira no le hizo mucha gracia el recurso retórico del patrón, pues no se acababa de imaginar los montes de su tierra convertidos en un *sertáo bruto*, pero calló la boca.

—Sí, querido amigo, no hay mejor defensa que una buena ofensiva. Vamos a dejar constancia para la historia de nuestro amor por la naturaleza y a acallar de una vez tanta crítica. Se van a enterar de lo que vale un peine, esos pelanas. Tengo en mente un proyecto grandioso.

XXXIV
El zoo de Don Manuel

—¿De qué se trata, Don Manuel?

—Ande, querido amigo, vaya por el Land Rover. Estas cosas hay que verlas sobre el terreno.

El presidente del Mejor País del Mundo pidió al subalterno que condujera el vehículo hacia el Pico Sacro, en las frondosas tierras del Ulla. Catoira metió primera y llevó el carro hasta la mismísima cima del majestuoso alcor, balaustrada a un hechizante horizonte de fértiles valles de buen dar.

—Éste es el Pico Sacro, amigo Catoira. Imagínese que lo que está ante la vista es la gran película de Galicia. Pues bien, quiero que ruja el león aquí arriba. ¡Como en la Metro Goldwyn Mayer!

El agente especial de la Policía Autónoma, que no acababa de entender qué grandiosa revelación se ocultaba tras el enigmático mensaje, se admiró del fulgor que centelleaba en los ojos de Don Manuel.

—Usted es el primero en saberlo, querido amigo. Quiero que se construya el mayor zoo del mundo, un zoo que eclipse a los existentes y que pasme a la humanidad. ¡Qué mejor legado para la posteridad que el de que los elefantes vengan a abrevar a las aguas del Ulla!

—Es una gran idea, Don Manuel. Le va a tapar la boca bien tapada a esos protestantes.

Don Manuel recorrió con agilidad las laderas. Llevaba los ojos encendidos de química orgánica, como un profeta.

—Mire, Catoira, ya veo a los chimpancés comer castañas y a los búfalos cortejando a las «rubias gallegas», mientras rumian margaritas y matapulgas.

Hombre dado a la continencia utópica, Don Manuel vivía, no obstante, aquella ocurrencia con la intensidad de un sueño infantil. ¡Cuántas veces no había soñado en la infancia vilalbesa encontrarse con Búfalo Bill! El legendario héroe del *Far West* le daba un cariñoso pellizco en la rubicunda mejilla y le decía: «El mundo es todo tuyo,

rapaz, pero no dejes pasar dos veces el caballo porque a la tercera puede encontrar otro jinete».

—¡Qué razón tenía Búfalo Bill, amigo Catoira!

—¡Y qué puntería! —dijo el subalterno.

XXXV
La Operación Arca de Noé

Después de confiar a Catoira su proyecto de instalar en el Pico Sacro el mayor zoo del mundo, Don Manuel ordenó poner en marcha con sigilo toda la maquinaria institucional para que el sueño se hiciera realidad, a ser posible coincidiendo con el Año Santo Xacobeo. «Llegarán peregrinos de todo el mundo y así no sólo tendrán oportunidad de abrazar al Apóstol, sino que también podrán pasear en elefante por el Camino de Santiago y echarle pipas a los guacamayos en el crepúsculo del fin de la tierra». La concepción que tenía el presidente del zoo era la de un grandioso espacio en el que los animales anduvieran lo más libres posible, y que procurase simular su particular hábitat.

Se creó un comité especial, con participación de altos funcionarios de las distintas consejerías, y se puso en marcha la denominada Operación Arca de Noé. Se discutieron diversos procedimientos para hacer la más amplia selección de animales de todo el mundo. Una de las primeras dificultades que entrevió el comité fue la relativa al comercio prohibido de ciertas especies en vías de extinción.

—Podríamos buscar la colaboración de los viejos emigrantes que retornan en la Operación Nostalgia —sugirió Fernando Amarelo, director general de Relaciones con las Comunidades Gallegas en el Exterior—. Se le mete el bicho en la maleta, y vía.

—Hombre, Amarelo —terció un funcionario jurista—, puede armarse un conflicto de mil demonios. Imagine que le registran el equipaje a uno de estos emigrantes que lleva cuarenta años fuera de Galicia y que lo detienen por traer un caimán amazónico sin licencia. Hay que hacer las cosas con *sentidiño*.

Analizadas todas las alternativas, se optó finalmente por fletar un navío que se dirigiría a los países más relevantes desde el punto de vista zoológico y gestionar directamente con las autoridades la compra de animales. Según el caso, se pagaría en dinero o en especie, por lo que el barco, que fue bautizado como *San Andrés de Teixido*, iría cargado en el viaje de ida de productos autóctonos.

Se llevaba todo en secreto porque se quería aprovechar el factor sorpresa para impactar a la población. Pero la aparición de una partida de 1.200 millones de pesetas bajo el epígrafe «Acondicionamiento ambiental del Pico Sacro» provocó los recelos de

la oposición.

—No sabemos lo que pretende hacer el Gobierno en el Pico Sacro, pero 1.200 millones dan para reconstruir los jardines babilónicos —dijo uno de los portavoces—. Y aún sobran cuartos para que la consejería de Cultura subvencione un campamento de la OJE.

Por alusiones, pidió el turno Barata. Mientras hablaba el *conselleiro*, el presidente sonreía y murmuraba por lo bajo: «Se van a enterar éstos de lo que es un campamento en la Era de Don Manuel».

XXXVI
Gallegos a Senegal

Oportunamente filtrada, la noticia apareció por fin, con caracteres muy destacados, en la prensa gallega. «La Xunta construirá el más grande zoo del mundo en el Pico Sacro». En comparecencia ante los medios informativos, Don Manuel, emocionado, avanzó el proyecto y anunció que estaba en marcha la Operación Arca de Noé y que en breve saldría del Puerto de Vigo la nave *San Andrés de Teixido*, especialmente acondicionada para el transporte de especies exóticas.

El primer punto de destino del *San Andrés de Teixido* sería el puerto senegalés de Dakar. Para ir al frente de la expedición se nombró a Portomeñe, que alegó en su favor el conocimiento del mundo rural.

—Hombre, Portomeñe —dijo con ironía en el *consello* de la Xunta el titular de Pesca, López Veiga—, ¿qué tendrá que ver Chantada con Senegal?

—Yo bien me entiendo —dijo, lacónicamente, Portomeñe.

Y así fue como aquella radiante mañana del 25 de julio salía del Puerto de Vigo el *San Andrés de Teixido*, con un gigantesco anagrama del Xacobeo a modo de mascarón.

La expedición gallega a Senegal había despertado mucho interés en los medios informativos y eran numerosos los enviados especiales que figuraban enrolados en el buque. Desde el muelle, les dijo adiós un nuevamente emocionado Don Manuel.

—¡No se olvide de los elefantes, amigo Portomeñe!

—Quede tranquilo, Don Manuel. Me encargaré personalmente de los proboscidios.

Portomeñe gastaba para la ocasión un traje caqui de explorador, al estilo de Robert Redford en *Memorias de África*, y se mostraba sumamente jovial en su trato con los periodistas.

—Va a ser un viaje estupendo.

Pero, al igual que sucedió con el tren de ayuda a Rumanía, la fortuna no parecía estar del lado de la Xunta en sus expediciones internacionales. A la altura de las Azores se desató una terrible

tempestad. Pasada la tormenta, las estaciones de radiofonía trataron de comunicarse con el navío de la Operación Arca de Noé. Pero todo era en vano. No había ni rastro del *San Andrés de Teixido*.

XXXVII
El *compay* Portomeñe

Los especialistas en siniestros aseguraban que era muy difícil, si no imposible, que se hundiese de repente y sin rastro un navío de las características del *San Andrés de Teixido*. Numerosos barcos de rescate rastrearon la zona, apoyados por la Fuerza Aérea, pero no se encontró ninguna pista que revelara lo sucedido con el singular mercante gallego. La consternación era muy grande en todo el país y la oposición renunció de momento, mientras no se aclarase el suceso, a criticar un proyecto que había calificado con extrema dureza. Don Manuel estaba muy afectado y suspendió también sus comparecencias públicas, a la espera de que se determinasen las circunstancias de la desaparición del *San Andrés de Teixido*.

El océano parecía haberse tragado al buque.

Un buen día, cuando ya se había perdido toda esperanza, se recibió una llamada telefónica en la Secretaría de Presidencia. Una operadora con acento caribeño decía que era muy urgente y que debía ponerse sin dilación el presidente en persona. Informado éste, acudió al aparato con gesto incómodo.

—¿Galisia?

—Yo soy Galicia —dijo Don Manuel para abreviar—. ¿Y usted quién es?

—Un momento, mi vida. Le habla el *compay* Portomeñe.

El presidente sintió que el corazón le latía como una locomotora y dio gracias a Dios.

—¿Don Manuel?

—Dígame, querido amigo, dígame.

—Aquí el comandante Portomeñe.

—Amigo Víctor, ahorre escalafón. Dígame, por Dios bendito, ¿dónde están y qué hacen?

La línea era muy deficiente y la voz de Portomeñe acabó perdiéndose en algún cable submarino. Don Manuel ordenó a la secretaria que averiguase de inmediato la procedencia de la llamada.

—¿Y qué?

—Era desde Cuba, señor presidente. Llamaban desde La Habana.

XXXVIII

En la perla del Caribe

¿En Cuba? Después de la primera conmoción, Don Manuel trató de mantener la cabeza fría. Recordó, para serenarse, el celebérrimo poema *If* de Kipling: «Si logras mantener la cabeza cuando los demás están a punto de perderla… entonces serás un hombre». Pero también recordó que alguien había hecho una parodia: «Si logras mantener la cabeza cuando los demás están a punto de perderla… puede que no hayas entendido la gravedad de la situación».

No sabía muy bien el porqué, pero intuía que aquella contingencia, aparte de atrasar para el siguiente Año Santo la instalación del Hiperzoo, iba a complicarse según la ley de que todo lo susceptible de empeorar, empeorará.

Ordenó a las secretarias que intensificaran todos los esfuerzos para restablecer el contacto.

Mientras tanto, Portomeñe paseaba por el malecón vestido a lo Hemingway y en cuarenta y ocho horas, dada su natural simpatía, se había convertido en un popular personaje habanero. Todos le llamaban ya el *compay* Portomeñe. El resto de la expedición se felicitaba también en voz baja de la pérdida de rumbo que los había llevado a La Habana en vez de a Dakar. El cuartel general de los gallegos alternaba entre el Floridita y La Bodeguita del Medio, con frecuentes incursiones nocturnas al Tropicana. Con notable camaradería se intercambiaba el ribeiro, godello y albariño almacenado en las bodegas del buque con ron negrita, mojitos y daiquiris.

Por fin, Don Manuel consiguió reanudar la conversación con Portomeñe.

—Un momento, mi amor —dijo la operadora al otro lado del océano.

—Creo que no tenemos el gusto de conocernos, señorita —respondió Don Manuel, disgustado por tanta familiaridad.

—Ahorita mismo, mi vida. Le va a hablar el *compay* Portomeñe.

Varios minutos después el presidente pudo escuchar la estupenda voz del *conselleiro*.

—Mi querido amigo, ¿puede explicarme qué hacen en La Habana?

—La tempestad, Don Manuel. Perdimos el rumbo y aquí nos tiene. Estupendamente, por cierto.

—Escuche bien, Portomeñe. Quiero que regresen de inmediato. Hasta en el *Abc* comienzan a tomarnos el pelo. La prensa, como siempre, separa el grano de la paja. ¡Y publica la paja!

Llegó el comandante

En la isla caribeña, sometida al bloqueo desde los años de la revolución, eran crecientes las dificultades en el suministro de repuestos. Y para que el *San Andrés de Teixido* estuviera en condiciones de navegación, y no acabara, por ejemplo, en el Polo Norte, era necesaria una reparación a fondo. Los trabajos se demoraban, para desánimo de Don Manuel, a quien, por otra parte, le había entrado una gran nostalgia por Cuba, donde pasó los primeros años de la infancia, de los que guardaba entrañables retazos en la memoria. Pero el ansiado viaje, sabía bien, era por ahora imposible. ¿Qué se diría mundo adelante si visitase Cuba en las actuales circunstancias?

—Hola, mi vida —dijo la operadora—, le pongo con el *compay* Portomeñe.

—Ejem, gracias, señorita Mivida… ¡Portomeñe! ¿Me escucha bien?

—Estupendamente, don Manuel. Dígame, *compay*.

—Primer asunto. No quiero volver a oír la pantomima esa de *compay*, usted es un *conselleiro* del Gobierno gallego y no Antonio Machín. Y punto.

—OK, Don Manuel.

—En segundo lugar, y muy principalmente. Quiero verlo en Galicia ya. ¿Entendido? Y cuando digo ya digo ya.

—Pero don Manuel…

—No hay *pero* que valga. Ya hemos salido en la portada de *Le Canard enchainé* y los cómicos de medio mundo se están poniendo las botas a nuestra cuenta.

—Pero, don Manuel, hay novedades. En pocos días estaremos en condiciones de navegar. Gracias a Fidel.

—¿Gracias a quién?

—Al comandante en jefe, don Manuel. Llegó Fidel Castro a puerto y ordenó que se le diera prioridad a la reparación del *San Andrés de Teixido*. Por cierto, me dio recuerdos para usted. «También yo soy de Lugo. Mándele un abrazo a mi paisa». Así mismo me lo dijo. Habla un gallego de Láncara que da genio oírlo.

Don Manuel notó que unas frías gotas de sudor le resbalaban por la frente. Las espantó con la mano como si fuesen moscas del Polo Norte.

XL

El viaje de Fidel

El presidente gallego no las tenía todas consigo e intuía que las cosas en Cuba no iban a quedar ahí.

—Pues sí, don Manuel —explicó Portomeñe—, el comandante se interesó vivamente por la expedición y mandó agilizar todos los trabajos para la reparación del *San Andrés de Teixido*. Además nos regaló unos ejemplares de cocodrilos de Guamá. Están de muy buen ver. Va a ser una gloria verlos por el río Ulla abajo.

—¿Y dónde ha metido los cocodrilos?

—Están en la bañera de los periodistas. Je, je. Espero que se hayan zampado a Pucheiro, el enviado especial de *A Nosa Terra*. Je, Je. Pez que busca el anzuelo, busca su duelo.

—Menos cachondeo, Portomeñe, que se me está volviendo usted un poco *guajiro*.

—A decir verdad, don Manuel, tengo un asunto serio que consultarle.

—Abrevie, Víctor Manuel.

—Se trata del comandante, de Fidel.

—¿Y qué le pasa a Fidel?

—Que quiere venir a Galicia.

—Cuando las ranas críen barbas.

—Ya, Don Manuel. Pero resulta que quiere venir ahora, en el *San Andrés de Teixido*. Me recitó eso de que «va de muerto quien no fue de vivo» y que él, con todos los respetos para la tradición, quería ir a la tierra de sus antepasados con las barbas en su sitio y no reencarnado en lagarto ni en caracol. Me ha emocionado de verdad.

Don Manuel quedó estupefacto al otro lado del hilo telefónico. Le parecía vivir en una pesadilla.

—¡Escúcheme bien, Portomeñe, y no se busque la ruina! Olvide este asunto. No se deje llevar por falsas melosidades. Nunca existió tal conversación con Fidel. ¿Entendido?…

—OK, Don Manuel.

—¡Y salga a toda máquina de La Habana!

XLI
Todos somos gallegos

Pero las cosas en La Habana no eran tan fáciles de resolver. El comandante, para desesperación de Portomeñe, se presentaba todos los días, a las horas más imprevistas, demandaba la presencia del «*conselleiro* Víctor Manuel» y peroraba sobre lo divino y lo humano. Fidel llevaba siempre bajo el brazo un fardo de libros de temática gallega, muy ilusionado con el futuro viaje. Tan pronto recitaba a Curros Enríquez como enumeraba los cuarenta tipos de carros del país descritos por Xaquin Lourenzo, *Xocas*, como disertaba sobre el contenido de la proclama hecha en 1846 por Antolín Faraldo para la

Junta Superior del Reino de Galicia, el más hermoso manifiesto cívico-político jamás escrito en la nación de los gallegos.

—Óyeme, chico —decía Fidel—, ¿y es cierto que en Galicia está la más grande escalera de caracol y que cuando subes, por el hueco suena un piano como si cada peldaño fuese una tecla?

—Cierto —respondía Portomeñe—. Esa escalera está en Bonaval, en Santiago. Yo mismo subí tocando una de Chopin, y Gajé con *¡Oh, Susana!*

En aquellas largas conversaciones, que se prolongaban horas y horas como si el tiempo no existiese y Galicia fuese realmente el centro del mundo, el *conselleiro* se sentía turbado por la mala conciencia. Hasta que un día, próxima ya la partida, decidió sincerarse con el comandante.

—Estamos muy agradecidos por todo, comandante Fidel.

—No hay de qué, compañero. *Todos somos gallegos.*

Aquello emocionó todavía más a Portomeñe, que estaba a punto de llorar y no encontraba las palabras adecuadas para explicarle que su visita no era deseable.

—No puede ser, comandante.

—¿Qué es lo que no puede ser?

—Lo de su viaje en el *San Andrés de Teixido*. El presidente considera que sería malinterpretado y que causaría muchos problemas. Lo siento mucho, comandante.

—¿Soy *persona non grata*?

—Digamos que es *persona non gratis.*

Fidel tranquilizó al *conselleiro*, a quien aquel «todos somos gallegos» había colocado al borde del llanto.

—Todos somos gallegos, comandante —dijo Portomeñe, compungido y abrazando fuerte a Fidel.

—Todos, *compay* —dijo Fidel con retranca. Como as en la manga, guardaba un secreto plan para viajar por fin a Galicia.

XLII
Un polizón a bordo

Cámaras de las más importantes cadenas de televisión del mundo registraron la salida, por fin, del navío *San Andrés de Teixido*. Antes de partir, Portomeñe pasó revista a la tripulación y comprobó que no faltaba ningún periodista. El *conselleiro* les dio de comer a los cocodrilos de Guamá una ración extra de croquetas congeladas y un montón de recortes de prensa en la que se criticaba su gestión en la Operación Arca de Noé. Luego se colocó una gorra de almirante y ordenó poner proa a Galicia. Desde el muelle, miles de personas

despedían el barco de los gallegos.

—Vamos para allá, don Manuel— dijo Portomeñe por radiofonía.

—¡Ya era hora! —respondió el presidente, respirando a fondo—. No se me pierda ahora en Terranova. Y recuerde: si San Telmo en cubierta brilla, cierra muy bien la escotilla.

—Descuide, Don Manuel… ¡viento en popa es medio puerto!

—…Y si ves las estrellas brillar, sal, marinero, a la mar.

Pero lo que nadie sabía era que el *San Andrés de Teixido* llevaba un viajero de incógnito. El comandante Fidel, en un fogonazo de espíritu juvenil, había penetrado por la noche en el buque y se había procurado refugio en un lugar donde, tenía la seguridad, por lo que había observado, nadie entraría: la pequeña biblioteca del barco. «Fue empeño de don Manuel —le habían explicado en el recorrido oficial —, lamentablemente le roba espacio al bar».

Allí, escondido entre libros, en un navío que surcaba el ancho océano, el comandante se identificaba con la figura del padre, que había hecho, tiempo ha, un iniciático viaje, igualmente incómodo, aunque en sentido inverso. Pero él tenía, como ventaja, los libros de la biblioteca, que estaban, por cierto, sin desempaquetar. Quitó el celofán que envolvía la *Gran enciclopedia gallega* y se fue al tomo de la L buscando emocionado el término Láncara. El lugar de las raíces.

XLIII
El lector clandestino

Mientras escuchaba cómo en el bar del buque se jugaban las copas al chinchimoni o se cantaba *A Rianxeira* con ritmo de *rap*, Fidel devoraba libros de temática gallega uno detrás de otro. La voluminosa *Gran enciclopedia gallega* ya no tenía secretos para él. Sabía el nombre de los más insignificantes afluentes del Miño. Podría dar cifras en toneladas métricas de la producción de patatas en Xinzo de Limia. Era capaz de recitar la lista de arzobispos de Santiago. Estaba al tanto de la gloriosa historia de la gaita. Había vivido las vicisitudes del marqués de Sargadelos. Era capaz de dibujar un esbozo a mano alzada de un poblado celta o de las galerías coruñesas. Le constaba que en Galicia había 81.000 tractores, un millón de vacas, 27.000 bares, 4.681 iglesias y 6 *sex-shops*. Pero no era el suyo únicamente un saber enciclopédico.

Leyó la *Teoría da saudade*, de Ramón Piñeiro, y se le abrieron mil puertas, predispuesto como estaba a la nostalgia esperanzada. Se formó en las obras de la Xeneración Nós, y se preguntó cómo una docena de personas podían atesorar tanto milagro reverdescente. Vibró de emoción con *Arquivos do Trasno*, de Rafael Dieste, y con

Xente ao lonxe de Blanco Amor, con *Retrincos* de Castelao, y con *Memorias dun neno labrego* de Neira Vilas, y con *Merlín e familia*, de Cunqueiro. ¿Por qué misteriosa razón las mejores obras de la narrativa gallega eran algo así como tatuajes de infancia?

El comandante se mesó las barbas y jugó mentalmente al ajedrez con el destino. ¡Ah, chico, cuántas vueltas da la vida! ¿Quién y qué sería él, Fidel, Fideliño Castro, si su padre no hubiera emigrado un día? ¿Gaitero, pastor, operario de Bazán, guardia civil, corresponsal de *El Progreso*, labrador, cantante de *Fuxan os ventos*, contrabandista, diseñador de Galicia Moda, frigorista de Pescanova, filólogo lusista, albañil, tabernero, empleado de Caixa Galicia o del Banco Pastor, vendedor de azafrán, maderero, escritor de cuentos, presidente de la Xunta? ¿Sería comunista o anticomunista? ¿Iría a votar a pesar de la lluvia o no votaría aunque no lloviese? El comandante de las largas barbas miró por el ojo de buey, lamido por el mar, y se puso a estudiar el «Informe cero de la economía gallega».

XLIV
Fidel en Galicia

El *San Andrés de Teixido* regresó finalmente a Galicia, después de la accidentada travesía que lo había llevado a Ultramar. En el puerto de Vigo la expedición fue recibida muy calurosamente. En un emocionado discurso, Víctor Manuel Vázquez Portomeñe, que gastaba una vistosa guayabera, comparó su odisea con la de Cristóbal Colón. «Ahora, *miñas donas e meus señores*, ya no tenemos ninguna duda. ¡Colón era gallego! Como tú, como nosotros. ¡No era genovés si no pontevedrés!».

Mientras Portomeñe pronunciaba tan triunfal y esclarecedora proclama, un polizón barbudo ganaba a nado el litoral de las islas Cíes. Era Fidel. El comandante llegó exhausto a una playa ocupada por nudistas que no se inmutaron cuando lo vieron surgir de los sargazos, creyendo que era un *hippie* anclado en la estética de los sesenta. Fidel, por su parte, y a la vista de que su presencia no suscitaba ninguna reacción especial, decidió tumbarse entre los nudistas y reponer fuerzas, recreándose al tiempo en la contemplación de los lozanos cuerpos que retozaban en el azul y blanco de aquel paraíso.

—¡Tenía razón Pedrayo! —exclamó Fidel, que había memorizado la *Guía de Galicia*—. He aquí la «vaporosa belleza de una balada».

Pero cuando sus ropas se secaron, Fidel recordó que tenía una misión que cumplir y que no debería dejarse embaucar por los cantos rumorosos de los cuerpos verdescentes. Cogió el catamarán a Vigo y en la ciudad olívica hizo una parada en unos grandes almacenes,

donde compró un cargamento de hojas de afeitar, cinco frascos de *after-shave*, el último LP de Os Resentidos y el libro *Andando a terra*, de Manuel María. Más tarde echó a andar hacia el nordeste, en dirección a la cuna del padre.

Fidel dormía bajo los hórreos y comía los generosos frutos que se le ofrecían, descolgándose por encima de los muros. Era como un emigrante vagabundo en la tierra prometida. Le llamó, sí, la atención el escaso conocimiento que sobre la propia geografía tenían muchos de los nativos con los que conversaba. Por fin, en los caminos de la vida, dio con un andarín que conocía Galicia como la palma de la mano.

Se llamaba Mohamed, era de Marruecos, y vendía alfombras.

XLV
La economía de mercado

La compañía de Mohamed le permitió a Fidel familiarizarse con los extraños mecanismos de la economía de mercado que regía en Galicia.

—¡Bonita, barata! ¡Bonita, barata! —proclamaba Mohamed a los cuatro vientos, cantando así la excelencia de sus alfombras.

—¡Eh, moreno! ¿Y luego cuánto dices que valen? —preguntó una vieja paisana, que conducía un cerdo atado por una pata.

—*Dis* mil —decía Mohamed.

—¡Alabado sea el señor! Vete de ahí, que con diez mil me voy a Benidorm.

—*Nuve* mil —corregía Mohamed, siempre sonriente.

—¿Nueve mil? Vete de ahí. Te doy dos mil y no se hable más —dijo la paisana, con una firmeza de apariencia inquebrantable.

Fidel asistía atónito al regateo y no podía entender cómo el marroquí conservaba la calma y la sonrisa ante la miserable oferta, ante aquella expoliación del Sur pobre por el Norte desarrollado. Desde luego, la representante del primer mundo, que daba de vez en cuando un tirón al animal para que no hocicase en las mercadurías, no parecía tener escrúpulos mercantiles.

—Ocho mil —pidió el sonriente Mohamed.

—Mira, moreno. Te doy tres mil y no subo un patacón.

—¡Siete mil, barata, bonita!

—Anda, nos vamos, criatura, que este feriante quiere hacerse rico a nuestra cuenta.

Ante la marcha de la clienta, Fidel pensó en expresar su solidaridad a Mohamed, pero le sorprendió que éste mantuviese inalterable la sonrisa. Veinte metros más allá, la paisana se volvió gritando una nueva oferta.

—¡Eh, moreno! Te doy cuatro mil.

—¡Cinco! ¡No menos!— replicó Mohamed, poniendo, por fin, cara seria. La paisana volvió a tirar del rancho y se perdió entre los puestos de la feria. Fidel posó la mano en el hombro de Mohamed e hizo una reflexión en voz alta sobre la iniquidad humana.

—No problema —dijo Mohamed, ahora más sonriente que nunca.

Llevaban andados unos cien metros por la carretera comarcal cuando escucharon que alguien los llamaba en voz alta. Era la vieja.

—¡Eh, moreno! Trato hecho, que ya vendí el puerco.

XLVI
El monje Fidel

Después de dejar a Mohamed —su guía en los primeros pasos por Galicia— intentando colocar una partida de alfombras árabes al cabildo de Santiago Matamoros, Fidel Castro retomó la ruta en solitario hacia Láncara, la tierra de su padre. Pero quiso el destino que sus pasos se encaminasen primero a Sobrado dos Monxes.

Llovía *cubo libre* y la cabeza barbuda de Fidel parecía una gárgola del románico gallego. La inclemencia del tiempo le aconsejó pedir fonda en el monasterio. Cuando llamaba al viejo portón, estuvo a punto de arrepentirse y huir como una sombra entre la arboleda. Pero pudo más la curiosidad.

Le agradó el recibimiento. Nadie preguntó nada. El monje de la puerta se limitó a conducirlo amablemente a una celda y le dijo que aquella casa era también suya.

—¿Y no tengo que ir a misa? —preguntó Fidel, asaltado por el recuerdo de obligaciones infantiles.

—No será mal visto allí, pero eso es cosa personal. Dios está en todas las partes —dijo el benedictino con un punto de ironía, antes de retirarse.

Aquel Dios ciertamente estaba en todas partes. Andaba, desde luego, entre las cazuelas de la cocina, pues la comida sabía a gloria y reconfortaba al espíritu más incrédulo. Pero lo que llamó la atención a Fidel fue cómo trabajaban aquellos monjes de sol a sol, cada uno en su saber, pero con especial dedicación a la labores de la tierra. También en el interior del doctor Castro, del legendario guerrillero mudado en gerifalte autoritario, latía con intensidad un corazón campesino. Y la curiosidad se transformó en sana envidia.

Olvidada, de momento, la meta de la cuna paterna, Fidel, paseando con el abad por el claustro de Sobrado, se atrevió un día a exponer la idea que le rondaba en el magín.

—¿Podría ser monje sin ser monje?

El abad era un hombre apacible y de pocas palabras. Tenía por costumbre, como Sócrates, dejar que fuesen los demás los que resolvieran los dilemas hamletianos.

—Lo que quiero decir —explicó Fidel— es que yo podría trabajar como cualquiera. Atender la vaquería, por ejemplo. No iría a los cultos ni estaría sometido a preceptos, pero cuidaría del ganado como Francisco de Asís. ¿Sabe? Yo sé hablarle a las vacas.

—Siempre hay un lugar aquí para quien sabe hablar con las vacas —dijo el abad. Y se fue.

XLVII
La tractorada

Aceptado como vaquero en Sobrado dos Monxes, Fidel Castro —siempre en el anonimato— se convirtió en poco tiempo en un hombre muy apreciado por la comunidad y muy querido por los vecinos de la comarca, donde se hizo popular como el Fraile de las Vacas. No sólo tenía maña en las labores del campo, sino que demostró saberes multidisciplinares. Era una especie de curandero-veterinario con conocimientos de ingeniería agrónoma y forestal, mecánica, apicultura, micología… Cogió también fama de pillar truchas a mano.

Integrada en el mundo rural, la comunidad de Sobrado no era ajena a los problemas de los campesinos y ganaderos. Y el campo gallego andaba convulsionado con el asunto de la cuota láctea y los precios de la leche. Fidel, con mucha cautela, escuchaba, destilaba datos y sacaba sus propias conclusiones.

Un día llegó a Sobrado la noticia de que los ganaderos y campesinos de toda Galicia ocuparían las carreteras con los tractores en demanda de precios justos y como medida de protesta por el abandono secular que padecían. Por la noche, en la soledad de la celda, Fidel no pudo dormir. Aunque no quería echar a perder la ansiada paz del anonimato, una voz rebelde aguijoneaba su conciencia. Era como una llamada ancestral que no podía acallar.

—¡Eh, mirad, es el Fraile de las Vacas!— exclamaron los tractoristas cuando vieron aparecer en la concentración a Fidel, conduciendo una potente máquina, encaramado allá arriba como un barbudo profeta a caballo de un John Deere.

—¡Que hable, que hable el Fraile de las Vacas! —pidió uno de los labradores.

Fidel hizo ademán de rechazar la invitación, pero la sugerencia de que tomase la palabra era ahora un clamor popular. Recordó sus largos discursos en La Habana, que se prolongaban durante cuatro o seis horas, y aquel simple recuerdo le hizo bostezar. «¡Qué bárbaro,

seis horas, y qué paciencia tiene la gente!». El silencio del cenobio, la justa economía de las palabras en una vida de *ora et labora*, lo llevaron a una continencia verbal, a una mesura esencialista.

—Esto es lo que dicen los heraldos del neoliberalismo: convenced a los labriegos de que la tierra es una ruina, a los ganaderos de que sus vacas son ruinosas, y a los granjeros de que no hay futuro en las granjas. Las flores del campo huelen a difunto. No os dejéis sepultar. Así como el sol sale cada mañana y se abre paso entre los nubarrones, así el labrador ha de mantener el fuego del hogar. Vuestra es la tierra. ¡Hacedla temblar! ¡Liberadla del yugo de la usura!

En cuestión de minutos, Fidel, el Fraile de las Vacas, era aclamado como un líder campesino. Su figura era comparada por los periodistas con la de aquel legendario Basilio Álvarez, el cura radical que predicó en tiempos la redención campesina. Su verbo, se decía, era como «pólvora en un incensario». Conducido a la mesa de negociaciones con los representantes de las industrias lecheras, Fidel, calculadora en mano, consiguió arrancar un mínimo de cincuenta pesetas por litro de leche. De vuelta a la alquería de Sobrado, meditaba hondamente. Miró para las vacas y les confió uno de sus pensamientos: «Hay tiempos en que diez duros por litro de leche equivalen a una revolución». Y como una vaca levantó la cabeza y lo observó, a su vez, con triste melancolía, él se vio obligado a puntualizar: «Pasteurizada, homogeneizada, desnatada y *light*, pero revolución».

XLVIII
El adiós de Fidel

Después de aquella experiencia iniciática en Galicia como vaquero de cenobio y líder labriego, Fidel consideró que ya iba siendo hora de dirigirse a la tierra del padre y cumplir el destino que había venido meditando desde su travesía en el *San Andrés de Teixido*. Afeitó sus legendarias barbas, guardándolas en un relicario, y gozó de un prolongado masaje con loción *after-shave*. Después, relajado, redactó el llamado «Memorándum para Cuba», que comenzaba diciendo: «La justicia tiene una hermana gemela, ocho letras también. Digamos, sin más ni menos, libertad». Hizo llegar el manifiesto a La Habana por conducto secreto. Y, a continuación, marchó para Láncara, con la intención de convertirse en anónimo labrador de por vida. Le dolía irse así, pero creyó conveniente no despedirse de los monjes, que le habían dado refugio y hermandad. Su adiós tenía que ser tan silencioso como su llegada.

Lo que no podía imaginar Fidel era que un probo funcionario de la Policía Autónoma, el inefable Catoira, directamente al servicio de Don

Manuel, lo estaba siguiendo muy de cerca. Catoira había recibido instrucciones de elaborar un dossier sobre la personalidad del tal Fraile de las Vacas que se había distinguido como carismático dirigente en la lucha del sector lechero y que había logrado la histórica conquista 10 x l, es decir, diez duros por litro.

Al principio de las pesquisas, Catoira no hacía más que dar vueltas como un sabueso constipado. El Fraile de las Vacas era un absoluto enigma, incluso para el Sindicato Labrego. Finalmente, Catoira había logrado infiltrarse en el monasterio de Sobrado aparentando la personalidad de un ejecutivo con estrés. Tan estresado parecía que lo dejaban ir de un lado para otro, metiendo las narices en cada rincón, como quien busca su yo perdido.

Catoira, al cabo, y por más increíble que le pareciera, llegó a la conclusión de que el Fraile de las Vacas sólo podía ser el mismísimo Fidel Castro. Con fotografías en la mano, la comparación fisionómica resultaba inapelable. Por demás, aquel modo de hablar gallego, que tan atractivo resultaba para los campesinos, tenía un inconfundible acento caribeño, como si Antonio Machín cantase *Por el camino verde* en la lengua de Rosalía.

—¿Fidel Castro? Usted se ha trastornado, amigo Catoira —dijo Don Manuel cuando le presentó el resultado de la investigación.

—También a mí me parecía imposible, pero ahí tiene usted pruebas contundentes —dijo Catoira, poniendo sobre la mesa las barbas de Fidel y un ejemplar subrayado y con interrogantes de la primera edición de *La historia me absolverá*—. Indagando, indagando, llegué a la conclusión de que llegó al tiempo que el *San Andrés de Teixido*. No me extrañaría que hubiera hecho el viaje en nuestro barco.

—¡Maldición! Este Portomeñe no da una. Voy a tener que mandarlo de cónsul honorario a la isla de Santa Elena.

—Tranquilícese, don Manuel. No me cabe la menor duda de que el barbas lo único que quiere es retirarse en paz. Le he seguido los pasos, y se dedica a trabajar de sol a sol en la tierra de sus antepasados. Vive en una chabola hecha con troncos y se hace llamar el «tío» Marcos da Portela[5].

Aquel imprevisto final del relato dejó meditabundo a Don Manuel. Estuvo a punto de compartir una pregunta muy personal con Catoira. «¿Qué dirá la Historia de mí? ¿En cuántas líneas me despachará? ¿Me absolverá?». Finalmente pensó que lo mejor era no obsesionarse con tan caprichosa señora. ¡Ay, la Historia, quién la pillase!

XLIX
Galicia Company

En aquel tiempo, Don Manuel estaba ultimando su gran proyecto privatizador, después de un ilustrativo viaje al Reino Unido. Admiraba a Margaret Thatcher y cuando él admiraba a alguien no era para enmarcar un autógrafo sino para que se lo pidiesen. Si la británica, por su enérgica oratoria, tenía fama de Dama de Hierro, el presidente estaba dispuesto a surcar el discurso como un acorazado prusiano.

—¿Y ha valorado usted los costes de la operación? —se atrevió a preguntar López Veiga, uno de los pocos *conselleiros* con criterios propios—. Tenga en cuenta, don Manuel, que los británicos están pensando en volver a votar a los laboristas.

—Pólvora mojada, querido amigo. Está todo estudiado. Tengo la artillería afianzada en las colinas y una quinta columna bien engrasada siembra el desconcierto en la retaguardia del enemigo.

Don Manuel tenía muy presente que del proceso privatizador de los servicios públicos fueran abanderados algunos destacados vocalistas de la orquesta gallega del PSOE. Manuel Soto, por ejemplo, privatizó en Vigo los únicos servicios no deficitarios del Ayuntamiento, el de agua entre ellos, y por crear, creó hasta un monopolio de pompas fúnebres, de tal manera que la libertad de mercado no existía para los difuntos. El Partido Popular se opuso con gran estruendo pero logró replegarse sigilosamente, en un cambio de posición nada casual a la vista de las intenciones presidenciales.

El campo, pues, estaba abonado para el gran día. Don Manuel compareció en la TVG para dar lectura a un mensaje trascendental para el futuro económico del país gallego. Fue entonces cuando anunció el magno proyecto de privatización y lanzó su peculiar versión del capitalismo popular, con el lema «Galicia Company». «Nuestro modo gallego de ser gallego es hacerse accionista de Galicia. Galicia es nuestra gran empresa, y cada gallego trabajador y bien nacido tendrá oportunidad de hacerse capitalista. Con el capitalismo popular declaramos superada para siempre la nefasta teoría de las diferencias de clase. Habrá grandes y pequeños accionistas, por supuesto, pero también yo soy bajo de estatura y no me quejo por centímetros. Ya no hay pobres ni ricos en Galicia. Díjolo Blas, punto redondo».

En los despachos del poder gallego empezó a hablarse con tanta familiaridad de la Escuela de Chicago que ésta parecía un anexo al Instituto de Vilalba. El proyecto de privatización iba a integrar todos los servicios que eran competencia autonómica, con la excepción de la propia Presidencia, del Consejo de la Xunta —que pasó a denominarse Consejo de Administración de la Galicia Company— y un retén mínimo de funcionarios y *gardiñas* de la Policía Autónoma. Contra todos los pronósticos, tampoco se privatizaba la TVG. «Ahora está en buenas manos», dijo Don Manuel para explicar la aparente

contradicción.

La histórica jornada culminó con una grandiosa pulpada, servida por McDonalds, y una no menos monumental *queimada*, patrocinada por la compañía petrolífera Shell, que para algo lleva la vieira de emblema.

L
El motín del agua

En el vasto plan de privatización generalizada de los servicios públicos en Galicia, decidido Don Manuel a eclipsar a la británica Thatcher, era el agua el programa estrella. La piedra de toque.

—Adelante, querido amigo —dijo el presidente al *conselleiro* de Ordenación del Territorio—. Y no se ande con cuentagotas. Si se privatiza el agua es que se privatiza el agua. Actúe usted como político mas también como ejecutivo eficaz de Galicia Company.

Para ejemplificar y demostrar que la cosa iba en serio, cuando el asunto se debatió en el Parlamento, Victorino Núñez ordenó al bedel que se cobrase el vaso de agua a los oradores que subían a la tribuna. Abrió el turno Camilo Nogueira.

—Señorías: *Como chove miudiño, como miudiño chove, pola banda de Laíño, pola banda de Lestrove*.

—Señor Nogueira —lo interrumpió Victorino—, absténgase de echar un trago de agua mientras no pague el vaso.

—¿Cuánto es? —preguntó Nogueira desconcertado.

—Cien pesetas sin burbujas y veinte duros con ellas.

Nogueira, que era un hombre muy austero, buscó en los bolsillos. Aquel día no llevaba ni un chavo. Pidió permiso para bajar al hemiciclo y, en un gesto de unidad nacionalista, fue a pedirle los veinte duros a Beiras.

—Que no te enreden, Camilo. ¡Esto es un Watergate!

Las consecuencias no habían sido, desde luego, muy bien calibradas. Amparadas en la promesa de un mejor servicio de depuración, la primera medida de las compañías privadas fue poner el litro de agua a un precio que rondaba peligrosamente el del litro de vino de Ribeiro. Por otra parte, y dado el creciente negocio que reportaba en todo el mundo el preciado líquido, gran parte de las aguas interiores gallegas se destinaron a exportación, repitiéndose el caso hidroeléctrico: muchos pueblos sin luz o muy deficiente pero atravesados por grandes líneas de alta tensión. Se dio también un insólito proceso especulativo. En la lluviosa Galicia, muchos contrabandistas dejaron el tabaco para dedicarse al estraperlo de agua. Para aprovechar los chubascos, las gentes improvisaban toldos y piscinas en las terrazas y en los balcones,

y las orillas de las calles estaban llenas de calderos de plástico, lo que daba a los pueblos gallegos, eso sí, un aspecto multicolor que mereció grandes reportajes en las revistas internacionales de arte de vanguardia.

Pasó lo que pasó. El primer estallido popular tuvo por escenario Betanzos. En «la villa de los caballeros», donde un histórico día se había gritado «¡Que suba o pan e baixe a caña!» (¡Que suba el pan y baje el aguardiente!), una muy cabreada multitud demostró que el sentido de la historia comenzaba a cambiar en Galicia.

—¡Que suba el vino y baje el agua! —pedían las gentes.

Era una demanda insólita en un país con tan católica devoción por la botella. El agua en Galicia volvía ser bendita.

LI
El retorno de Lacse

La revuelta popular contra la privatización del agua colocó a Don Manuel en el punto más bajo de su popularidad. Los gallegos, efectivamente, tenían mucha querencia por la propiedad privada pero no miraban con simpatía que se repartiera el *orballo* en acciones ni que el fruto bondadoso de las borrascas de las Azores cotizara en Bolsa. Por una vez don Manuel tuvo que recular.

Se produjo, paralelamente, un curioso e imprevisto fenómeno político. Fue la *Lacsemanía.*

Fernando González Laxe pasaba prácticamente desapercibido desde que había perdido las elecciones en un desigual combate de categoría pluma contra peso pesado. El muy joven Laxe debía de andar por los 65 kilos y el maduro don Manuel desplazaba unos 85. De hecho, una victoria de Laxe, en solitario o con la compañía de Barreiro, habría causado serios disgustos al PSOE, pues no entraba en los cálculos que se cuestionase desde Galicia la ley de la gravedad.

Desde entonces, el joven ex presidente se había situado en un muy discreto segundo plano. En el congreso del PSOE en Madrid, parecía un despistado invitado de la delegación nipona, lo que lo llevó a reafirmarse en su teoría de que el siglo XXI para los gallegos pasaba por un fortalecimiento del eje Galicia-Japón. Lo retiraron del comité federal, y los comentaristas sentenciaron su ocaso político.

Libre ya de ataduras y de complejos de aparato, Laxe retomó su discurso autóctono como marinero en tierra oliendo a frescura, no en vano había estudiado durante años la problemática de la sardina, y se prodigó en pronunciamientos y declaraciones. Sorpresivamente, sus palabras alcanzaron un gran impacto popular y su libro *Un Samurái en Cerceda* se convirtió en uno de los *bestsellers* de temporada. La solapa

de la obra era suficientemente expresiva: «Si se configura una presentación en el modo automático de ejecución, deben establecerse los periodos de tiempo que permanecerá en exposición cada una de las secuencias de poder. Estos intervalos se fijan con el medidor de tiempo al que se accede pulsando en el icono *Ensayar intervalos*, situado en la barra de herramientas de transición».

Allí donde comparecía, se expresaba en parecidos términos.

—¿Adónde va Galicia? —le preguntaron en televisión.

—Hagamos clic sobre el botón «Inicio» y después seleccionemos «Programas» y «Accesorios». A continuación, desplacemos el cursor hasta el icono del programa «Monitor del sistema» y hagamos clic sobre él.

En las salas de estar, en los bares, en todos los ámbitos, las gentes alzaban la mirada con gran interés. Parecía que de pronto todo el mundo captaba un mensaje telepático y que se diluía como hielo al sol la barrera del pasado. Los padres veían en aquel mozo con aspecto de jefe de ventas de Informática al hijo que les gustaría tener y los más jóvenes lo encontraban por fin simpático, como si Woody Allen perdiese las elecciones. Lo más importante no era lo que decía sino la manera del pensamiento. En un virtuoso sincretismo, como quien mezcla estructuras lingüísticas y conceptos en un ordenador, Laxe había dado con el discurso que el gallego medio quería escuchar en vísperas del Milenio.

En la *Lacsemanía*, los niños coleccionaban retratos del samurái Laxe como si fuese el cerebro oculto de Bioman. Ante tan desconcertante eclosión, tan preocupado andaba Sánchez Presedo, el nuevo secretario general socialista, como don Manuel.

LII
La contraofensiva

Los asesores de imagen de Don Manuel estaban, pues, muy inquietos. El electorado comenzaba a dar signos de impaciencia porque la milagrosa alborada gallega que se había anunciado con mil gaiteros no se había producido y las cosas no iban para atrás ni para adelante, sino todo lo contrario. Se ideó entonces un plan de relanzamiento de la imagen de Don Manuel, la llamada Operación Patrón.

—Queridos amigos, me encuentro mejor que nunca —dijo Don Manuel a los asesores de imagen, cuando éstos le fueron a exponer la necesidad de una operación de *marketing*—. No hay razones para el nerviosismo. Y la gente, por lo que veo, vive en el mejor país del mundo.

—La gente está estupendamente —señaló Portomeñe, que asistía a

la reunión y que compartía el recelo del patrón ante las sugerencias de los asesores.

Con datos estadísticos, los asesores demostraron que en los últimos tiempos se había producido una baja en la popularidad del presidente y que no era recomendable dormirse en los laureles de pasadas glorias. Don Manuel escuchó en silencio. La férrea oposición de su portavoz al plan lo acabó convenciendo de que el plan era necesario.

—Está bien, queridos amigos, ¿qué sugieren ustedes?

La operación de relanzamiento diseñada por los asesores de imagen se basaba en la reafirmación de los aspectos más destacados de la personalidad del presidente, que habían sido precisamente los que le habían dado fama a lo largo de los años.

La primera medida contemplada en la Operación Patrón llevaba el significativo título de «El baño de Lourizán».

Todos los medios de comunicación habían sido invitados por el gabinete presidencial a un acto sorpresa que tendría por escenario las inmediaciones de la polémica Celulosa de Pontevedra, denunciada reiteradamente por contaminar el aire y las aguas de la ría. Aquella fría mañana de enero, los periodistas acudieron a la convocatoria enfundados en ropas de abrigo. Estaban preguntándose qué demonio de bicho había picado en la Xunta para reunirlos a aquella intempestiva hora y en tan lúgubre lugar, cuando se presentó la comitiva motorizada del presidente. Los concentrados quedaron atónitos cuando del coche principal bajó el mismísimo Don Manuel, en bañador, y se marcó una carrerilla. Algunos veteranos reconocieron de inmediato el mítico traje de baño con que se sumergió en las aguas de Palomares. Tras él, en bata y con expresión consternada, caminaba Portomeñe.

—Queridos amigos —dijo Don Manuel con aire radiactivo—, vamos a darnos un chapuzón.

LIII
La Operación Patrón

Don Manuel hizo unas flexiones delante de los asombrados periodistas y luego se lanzó de cabeza al mar de Lourizán. Resurgió veinte metros más allá, resoplando como un león marino. Adelantó un diagnóstico sobre el estado de las aguas.

—Mar en calma. Visibilidad regular, tirando a buena. Temperatura ideal, muy recomendable para la circulación de la sangre.

En el programa estaba previsto que lo acompañaran Víctor Manuel Vázquez Portomeñe y Xosé Cuiña, que para algo era este último responsable en las competencias de Medio Ambiente. Pero el portavoz,

vestido con bata, permanecía pesaroso en la ribera, y Cuiña no había dado señales de vida, en un más que sospechoso retraso. También estaba convocado el *conselleiro* de Pesca, López Veiga. Pero llamó su mujer diciendo que estaba en cama afectado por una oportunísima gripe. Animado por una nube de automovilistas, que para entonces ya se habían concentrado a la orilla de la carretera, Portomeñe ensayó un chapuzón progresivo, chapoteando en las aguas con el dedo gordo del pie derecho.

—¡Adelante, querido amigo! —gritó con ardor guerrero Don Manuel —. Esto es como una piscina climatizada.

—Je, je —respondió Portomeñe, con una sonrisa entrecortada—. Estupendo.

Finalmente, el voluntarioso portavoz lanzó un «yeeepa» y se metió en el agua. Lo que pasó después resultó bastante confuso, incluso para los periodistas que cubrían la información. Según la versión más consistente, Portomeñe se enfangó en los hediondos lodos de naturaleza indefinida que allí se amontonan y no daba con la salida, preso de un creciente nerviosismo. Entre Don Manuel y Luis Rial, el reportero de Radio Gallega que también se puso en bañador para transmitir en vivo el acontecimiento, consiguieron rescatarlo y llevarlo a tierra. Los testimonios afirman que Víctor Manuel presentaba una extraña pigmentación, semejante a la de los *gremlins*, aunque la empresa de celulosa y la química Elnosa volvieron a negar que allí se vertieran substancias nocivas, todo lo más unas toneladas de organoclorados y unos kilos de mercurio.

El portavoz del Gobierno gozó de un merecido descanso de dos meses en un remoto balneario. No obstante, Don Manuel salió como un galápago de la experiencia y ya estaba deseando pasar a la segunda parte de la Operación Patrón.

LIV
A la caza del jabalí gigante

Después del baño en las inmediaciones de la celulosa de Pontevedra, los asesores de imagen decidieron que para destacar la fortaleza de ánimo y los renovados aires de Don Manuel, nada mejor que volverlo a presentar ante la opinión pública como aguerrido cazador capaz de abatir poderosas piezas.

—Este número me va a alborotar a los ecologistas y a los niños — observó Don Manuel.

—No se preocupe. Los ecologistas son pocos, y no le van a votar en la vida, pero en Galicia hay cien mil cazadores y otros tantos escopeteros que aplaudirán el asunto. Además, hasta los niños están

hartos de lo políticamente correcto. La vida es dura, la política, incorrecta. Y usted da la talla, presidente.

La segunda parte de la Operación Patrón, una cacería transmitida en directo, estaba en marcha. Pero todos coincidieron en que el trofeo de caza de Don Manuel debería ser una pieza de las que hiciesen época. Nada de corzos de apariencia tierna, ni de poéticos urogallos. En un principio pensaron en encargar la preparación de la cacería al secretario general de Deportes, Augusto César Lendoiro, pero éste no parecía nada entusiasmado y propuso otra gesta deportiva que no supusiera la aniquilación de un inocente.

—No querrá, querido amigo, que me suba a unos patines o que haga gimnasia rítmica a lo Nureyev —le dijo Don Manuel al compungido Lendoiro.

—Sugiero que dejemos este asunto en las manos del amigo Barros —apuntó Cuiña.

El alcalde de Porriño era, en efecto, organizador de monterías, aunque en los últimos tiempos, por razones de peso, sólo atendía a cuestiones de intendencia. Es decir, disponer un generoso condumio para cuando los demás regresaran de la jornada cinegética. Era también un hombre resolutivo y con muy buenos contactos entre los matarifes deportivos.

Fue así que a los pocos días se presentó en Porriño un camión con caja enjaulada procedente de la serranía extremeña. En su interior resoplaba un extraordinario ejemplar de jabalí. Barros quedó anonadado. Nunca tal había visto. Aquel fenómeno pesaba por lo menos trescientos kilos, casi lo que un toro, y sus colmillos no desmerecían frente a la cornamenta de una res de lidia.

—¡Animalito! —exclamó Barros. Y mandó que le trajesen en una gran bacía las sobras de la última Fiesta de los Callos.

—Come, *criaturiña*, come —dijo Barros con cariño. Como si aquel habla le resultara familiar, el gigantesco cerdo bravo alzó la vista tras las rejas y miró con tierno dramatismo al señor alcalde.

LV
Cacería en la sierra del Barbanza

El alcalde de Porriño comunicó a Presidencia que ya había conseguido una pieza espectacular para que Don Manuel asombrase al mundo con sus dotes de cazador. Mientras se preparaba la montería, el gigantesco jabalí permaneció encerrado en el castillo de Soutomaior, adonde acudía Barros todos los días para dar de comer de su mano al insaciable bicho. Ese hábito hizo que, a su pesar, el alcalde se encariñara con el animal y que el animal le correspondiese, gruñendo

amistosamente cada vez que acudían a su cuidado. El cerdo bravo, que ponía los pelos de punta por su dimensiones, se comportaba con el alcalde como un paquidermo doméstico y agradecido.

Por fin fue fijada la fecha de la Gran Cacería, que tendría por escenario la sierra del Barbanza. Según el plan, el jabalí sería trasladado a aquellos montes con nocturnidad y liberado en una zona prevista de antemano para que luego Don Manuel lo tuviese bien a tiro. En la víspera, sin poder disimular la tristeza, Barros fue a despedirse del jabalí con una caja de castañas a lo *marrón glacé*.

—¡Adiós, criatura! —le dijo pasándole una mano por el lomo. El animal gruñó con humano sentido. Le sabían muy bien aquellas castañas dulces. Barros marchó muy apenado, como quien se despide de un condenado en el corredor de la muerte.

Era un hermoso amanecer el de aquel domingo en el Barbanza. Leves harapos de niebla jugaban a ser o no ser con los rubicundos rayos de aquella alborada. Los caballos peinaban en la vegetación sus bigotes verdes y las vacas bravas mugían solemnes en honra del dios solar.

La comitiva presidencial, escoltada por un enjambre de cámaras de televisión y prensa convidada, ascendió por la ladera del monte barbancés de la Curota, encabezada por un Don Manuel que respiraba pletórico. Llevaba escopeta de dos tiros. A su lado, el fiel Catoira, de la Policía Autónoma, con un Winchester de mira telescópica, por si la cosa se ponía fea. Detrás, con paso más dificultoso y comiendo un refrigerio, el señor alcalde de Porriño.

—Queridos amigos, afinen el tiro —advirtió Don Manuel—. No quiero que se lleven por delante vacas, caballos o cámaras de televisión.

—Por mí no tenga cuidado —dijo Barros con melancólico remordimiento, y dispuesto aquel día a no estrenarse.

LVI
Seguiremos informando

Mientras Don Manuel y sus compañeros de cacería, seguidos de cerca por el nutrido contingente de periodistas y cámaras de televisión, caminaban Curota arriba, los miembros de una brigada especial, adiestrados por el agente Catoira, trataban de orientar en la misma dirección al gigantesco jabalí llevado la víspera a aquel paraje.

—*¡Eiquinochova!* —decía uno, siguiendo la consigna onomatopéyica de Catoira.

—*¡Quinquinquinquin!* —apoyaba otro, haciendo sonar las llaves del todoterreno.

El cerdo bravo miraba de reojo mientras hociqueaba en las altas marañas, preguntándose quizá qué tipo de tábano suicida les había picado a aquellos humanos de raras vestimentas y que imitaban torpemente las voces de sus primos, los nada aventureros puercos domésticos. Cansado de tan desafinado acompañamiento musical, el jabalí gigante decidió explorar otras latitudes y se lanzó a toda carrera, precisamente en dirección a la comitiva presidencial.

Del grupo capitaneado por Don Manuel surgió una exclamación unísona, en la que se mezclaban la sorpresa con el pánico, cuando vieron llegar de frente a velocidad supersónica aquel animal de complexión mitológica. El presidente, que no contaba con tan rápido desenlace, y que en aquel momento estaba siendo entrevistado por un enviado especial de Radio Baviera, apenas tuvo tiempo de volverse y apretar precipitadamente el gatillo, errando el disparo.

Ante el estallido, el jabalí gigante frenó en seco. Durante un momento, a muy poca distancia, Don Manuel y el monumental paquidermo se midieron con los ojos. El presidente, que no era novato en esas lides, pensó que si apuntaba con el arma, el animal podía embestir a la desesperada. El jabalí, que tampoco era parvo, pensó que si embestía a aquel hombre de testuz prominente, podría descerrajarle un certero chupinazo. Y así mantuvieron el duelo visual en la alta sierra durante unos minutos interminables, mientras los acompañantes iban asomando las cabezas por detrás de los roquedales donde se habían refugiado. Xosé Luis Blanco transmitía en directo para la Radio Galega: «*Miñas donas e meus señores*, queridos radioyentes, en este preciso momento Don Manuel y el cerdo bravo se miran a corta distancia. Tal es el silencio en la cima de la Curota en este día de sol radiante que podríamos aprovechar para escuchar *Juntos*, de Juan Pardo. Seguiremos informando».

LVII
La oreja de Valle-Inclán

No se escuchaba ni el graznido de un cuervo en lo alto de la Curota mientras Don Manuel y el gigantesco jabalí se medían con las miradas. Fue entonces cuando el animal descubrió entre los cazadores al alcalde de Porriño. Aquella súbita aparición distendió milagrosamente el ambiente.

Por la radio, informaba Xosé Luis Blanco: «*Miñas donas e meus señores*, damas y caballeros, algo increíble está sucediendo en A Curota. El furioso paquidermo parece ahora un manso cerdito. Se acerca, se acerca, se está acercando. ¡Ya está! *Miñas donas e meus señores*: Barros, el alcalde de Porriño, le da de comer unas castañitas

elaboradas al *marrón glacé* y acaricia al jabalí, que se muestra feliz, ante la mirada atónita de los presentes. ¡Qué hermoso y tierno espectáculo! Asistimos, *miñas donas e meus señores*, a un emocionante reencuentro entre el hombre y la naturaleza. ¡Qué maravilla más maravillosa! ¡Qué momento más momentáneo! Barros le está hablando al animal y el animal asiente con mucho *sentidiño*. La emoción embarga a los presentes. Don Manuel enfunda la escopeta. *Miñas donas e meus señores*: ¿es o no es éste el mejor país del mundo? *¡Ei carballeira!*».

En aquel espíritu de concordia, era evidente que Don Manuel no iba a rematar al animal.

—Volvamos a casa, queridos amigos —dijo el presidente contagiado de ternura.

—¿Y qué hago con la criatura? —preguntó Barros.

—Llévelo de mascota —respondió Don Manuel.

—Pero con lo que come se gasta un potosí.

—Pues métalo en el presupuesto municipal, querido amigo. Como el senado romano, que trató a cuerpo de rey a aquel buey que dijo: *Cabe tibi Roma.* O sea, ¡cuídate Roma! Quizá este jabalí trae también un mensaje.

En esos momentos se allegó el fiel Catoira. Traía en la mano un trozo de granito en forma de oreja humana. Hasta entonces nadie se había dado cuenta de que con el primer disparo Don Manuel había arrancado el pabellón auditivo del busto en piedra de Valle-Inclán, situado en una de las muy venteadas cimas de aquellas inmediaciones.

—¡Maldición! —dijo el presidente—. Mantengan el asunto en secreto y que se la peguen esta noche con discreción.

«¡Huele a chamusco, como en las calderas del rancho que atiza Pedro Botero!», murmuró don Ramón María del Valle-Inclán, doliéndose de la oreja y sin que nadie pudiera escucharlo. Cabalgó las lentes como pudo y volvió la mirada para el Caramiñal, allí donde la ría se viste de luces. «Questo è un caso straordinario!».

LVIII
El maratón de Vilalba

La tercera fase prevista por los asesores de imagen del presidente, dentro de la Operación Patrón, era como un auténtico as escondido en la manga. Todos los partidos de la oposición habían comentado jocosamente el baño en Lourizán y la frustrada cacería del jabalí gigante, pero iban a saber lo que valía un peine.

Según el plan previsto, aquel día Don Manuel subió a la tribuna del Parlamento y lanzó un sorprendente desafío.

—Señores de la oposición: aquí se han dicho muchas cosas y ya se sabe que el hablar no tiene cancelas. Mucho *dijomedijome* y mucho *trecoletrecole*, pero nueces, lo que se dice nueces, ninguna. El profeta Chirivía adivinaba lo que sabía. Creo que ya va siendo hora de poner las cosas en su sitio. ¡Por el milagro se alaba al santo! Les reto a que demuestren con hechos la consistencia de sus discursos críticos. Una cosa es predicar y muy otra dar trigo. Vamos a ver si es cierto que son ustedes tan bravos como dicen. Los desafío solemnemente a competir con quien les habla en una marcha pedestre de Compostela a la buena villa de Vilalba. Fecha: próximo domingo. Salida: plaza del Obradoiro, patrimonio de la Humanidad, maravilla del universo. Hora: seis de la mañana. Queda automáticamente descalificado el que no llegue a punto. Patrocinio: neumáticos Michelin. Si hay hombres con un par, allí nos veremos.

En el seno de los grupos parlamentarios se produjo un sesudo debate. La propuesta presidencial fue tachada de folclórica y populista, pero cierto es que se había creado una gran expectación en la opinión pública. De no aceptar el desafío, se interpretaría como un acobardamiento. Los principales problemas surgieron en el seno del PSOE. Laxe recordó su pasado en el atletismo, pero Presedo alegó que una cosa era correr y otra distinta andar, y que él dominaba mucho mejor la técnica del «pasito a pasito, se va haciendo el caminito». Ceferino Díaz, del sector galleguista, se ofreció voluntario.

—Conozco un atajo que pilla por Guitiriz y os digo que entro en Vilalba como un rey.

—Olvídate, Ceferino —dijo Presedo.

—¿Y si fuera Paco? —retrucó Ceferino para fastidiar, refiriéndose al alcalde de A Coruña—. En definitiva es él el que corta el bacalao.

—Olvídate, Ceferino.

De hecho, Presedo ya había pensado en esa posibilidad pero Vázquez respondió que él no iba más allá del Puente del Pasaje sino era en un DC-8 desde Alvedro. Finalmente acordaron que participaran Laxe y Presedo, codo con codo, con el apoyo logístico de Ceferino, que facilitaría el atajo por Guitiriz.

—De acuerdo —dijo Ceferino—. Y entonces añadió para sí: «¡Imbatibles en las derrotas!».

LIX
En marcha

A pesar de la hora, seis de la mañana, cuando aún era de noche en Santiago, numerosas personas se dieron cita en el Obradoiro para asistir a la marcha pedestre de Compostela a Vilalba.

Don Manuel ya se encontraba allí, haciendo piernas, desde las cuatro. Iba provisto de unos espectaculares zapatones de artesanía, hechos a mano en cuero repujado, con un refuerzo de acero en la puntera y herraduras en la base del tacón. Cada vez que el Patrón daba un paso sobre las losas, las piedras echaban chispas y el eco retumbaba en el Obradoiro y acallaba las campanadas de la Berenguela. El equipamiento de Don Manuel produjo, ya de entrada, un terrible efecto psicológico en el resto de competidores, que daban tímidos brincos con zapatillas deportivas. Previo acuerdo, todos ellos gastaban chándal almidonado con el escudo del Antiguo Reino de Galicia en el pecho y la leyenda del patrocinador en el dorso: «Pneumas Michelin». Únicamente se destacaba Beiras, que gastaba para la ocasión una original boina con orejeras de aviador, lo que le daba un porte muy aerodinámico.

Fue precisamente Beiras el primero en tomar la delantera nada más se dio el pistoletazo de salida. Encargado de materializar tal señal fue Victorino Núñez, en calidad de árbitro como presidente del Parlamento. A muy poca distancia de Beiras se situó Nogueira, quien aprovechó la circunstancia para lanzar la vigésima propuesta de unidad entre el Bloque y Esquerda Galega.

—¡Ostras, Camilo! —exclamó Beiras, afianzando las orejeras y apurando el paso Lavacolla arriba. No había conseguido quemar a Fraga en seis meses, tal como se había propuesto en la noche electoral, por lo que había decidido hacer un churrasco de Nogueira, que le caía mucho más a mano.

En solitario, a su aire, iba Cándido Sánchez Castiñeiras, de Coalición Galega, que esperaba en secreto un empujoncito de Victorino, encargado también del servicio de avituallamiento, función que cumplía muy sonriente al volante de un Nissan-Patrol.

—¡Avante, compañeros! —animaba Victorino, cómodamente sentado en el vehículo, mientras los demás reprimían el impulso de corresponderle con el tradicional gesto consistente en llevar la mano izquierda al bíceps del brazo derecho, provocando en éste un instantáneo movimiento de palanca hacia arriba.

No a mucha distancia, y estorbándose con los codos con la disculpa de apoyarse mutuamente, caminaban a la par Presedo y Laxe. A su lado, en bicicleta, Ceferino, con la misión de mostrarles el atajo. Y por fin, en plan reservón, calentando los cascos como un percherón de casta, Don Manuel.

Fue entonces cuando pasó, veloz como un trueno, cortando el viento, un motorista barbudo de silueta inconfundible.

—¡Rediola, ahí va Barreiro! —exclamó Victorino, sin darse cuenta de que tenía abierta la megafonía.

LX

La maniobra de Victorino

Todo iba saliendo según lo previsto por los asesores de Don Manuel. El fulgor inicial de la oposición se fue apagando a medida que pasaban los kilómetros. De vez en cuando, en doble sentido, pasaba Barreiro, como una exhalación, en moto de alta cilindrada.

—Este malrayo de hombre es como un diablo —comentó Don Manuel, que interpretaba las exhibiciones motorizadas de Barreiro, inhabilitado para participar a pie, como una maniobra de desgaste psicológico.

Beiras y Camilo acusaron el trote y tuvieron que hacer un alto, sentados uno frente al otro en las cunetas, sin decidirse a intercambiar masajes. Nogueira hizo un amago de leer la vigésimo primera propuesta de unidad, momento que aprovechó Beiras para salir en estampida hacia adelante, súbitamente repuesto de la contracción. Se levantó también Nogueira y allá se fueron ambos, los dos a cien por hora, con tal mala pata que no vieron el indicador de Vilalba y siguieron hacia Lugo.

También andaban despistados Presedo y Laxe. Ceferino había prometido señalarles un atajo en llegando a Guitiriz para sorprender así a Don Manuel, pero el de Escairón estaba dolido con los siglos de marginación por el *aparato* y perpetró su venganza animándose a internarse por una pista forestal que ni él mismo sabía adónde iba a parar. Después de dar vueltas y más vueltas, Presedo pudo llegar exhausto a su casa de Betanzos y Laxe, igualmente derrengado, consiguió aterrizar por Cerceda, su villa adoptiva.

Cómodamente sentado en el coche de la organización, Victorino tenía precisos detalles de la situación de cada contrincante en la prueba. Mientras el resto se despistaba, los zapatones de Don Manuel comenzaban a despedir radioactividad.

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy —dijo Victorino.

—Mande, señor Núñez —dijo el conductor.

—Acelere y no se detenga hasta la entrada de Vilalba, querido amigo —ordenó Victorino, que tenía su propio plan.

LXI

La entrada triunfal

Los zapatones de Don Manuel funcionaban como la criptonita para Superman. A mayor rodaje aumentaba la energía del portador, como si gastase botas de siete leguas. Por otra parte, y por distintas causas,

los competidores de la oposición estaban más o menos en fuera de juego. Todo salía a pedir de boca para Don Manuel, que demostraría a la opinión pública una vez más quién era quién en el mejor país del mundo.

Pero los asesores presidenciales no contaban con un factor imprevisto: la increíble capacidad de reflejos de Victorino.

Responsable inicialmente del arbitraje y avituallamiento, cuando vio el desarrollo de la competición, el orensano, aspirante entonces a suceder a Fraga, no pudo resistir la tentación de tomar parte activa en tan singular prueba de resistencia político-deportiva. Estaba fresco como una lechuga y tenía lo que hay que tener en estos casos: un vehículo todo terreno e información privilegiada. Le ordenó al chófer que lo llevara a las inmediaciones de Vilalba, en un punto deshabitado, y echó a andar hacia la meta.

Y así entró Victorino en la capital de Terra Cha, andando a buen ritmo y haciendo la uve de victoria. Inicialmente, la multitud, que esperaba una entrada triunfal de Don Manuel, quedó desconcertada. Un grupo replegó una pancarta con la leyenda «¡Hay que roerlo!». Mientras, otro hizo lo propio con una en la que se podía leer «¡Vivan los capones de Vilalba!». El alcalde, que tenía tantos reflejos como Victorino, interpretó que aquel resultado de la maratón presagiaba un reajuste en el centro-derecha, por lo que se apresuró a recomponer ligeramente sus lealtades.

—¡Viva Victorino *O Namorado*!

Poco a poco, y a regañadientes, arrancó de todo el mundo un viva. Como el alcalde notó que el ambiente estaba algo enrarecido, decidió redondear a conciencia el círculo de adhesiones, no fuera a ser el demonio…

—¡Y viva, por supuesto, *o noso Manoliño*!

—¡Menos confianzas, señor alcalde!

Quien gritaba desde lejos era el mismísimo Don Manuel, que entraba en aquel momento en Vilalba sacándole chispas al empedrado.

—¡Ganamos, Don Manuel! —dijo sonriente Victorino, para quitar hierro.

—Para ser más exactos, queridos amigos, digamos que gané —puntualizó el presidente.

—Ganando usted, ganamos todos. Y viceversa —matizó sutilmente Victorino.

—Eso sí —contestó Don Manuel—.Y dio vuelta buscando con la mirada al confundido alcalde: «¿Cuándo se come aquí, querido amigo?»

Póntelo, pónselo

Tras el romántico final de la cacería del jabalí gigante y la victoriosa marcha pedestre a Vilalba, los asesores presidenciales consideraron que ya estaban cumplidos con creces los objetivos de relanzamiento de la imagen de Don Manuel. Además, el idilio que mantenía éste con el presidente González contribuía a crear una imagen de moderación que le resultaba muy positiva en la opinión pública, por más que algunos delatasen la degeneración biológica del león en mico. Sólo había, al parecer, dos problemas, dos serios conflictos entre la administración gallega y la central. A saber: la pesca del cangrejo real y la campaña de los preservativos.

En lo del cangrejo real, Don Manuel estaba dispuesto a negociar.

—Esto, querido amigo —le dijo el presidente al *conselleiro* de Pesca López Veiga—, lo arreglo yo con una mariscada con Felipe.

En cambio, la famosa campaña profiláctica, la de «póntelo, pónselo», lo traía a mal traer. Los obispos presionaban, pero Don Manuel no encontraba la forma jurídica de impedir que las imágenes corruptas de los artilugios engomados llegaran a la reserva noroccidental, como aquella equívoca cita del doctor Marañón: «Los condones son una barrera para el placer y una telaraña para el contagio». Si los jóvenes la interpretaban al pie de la letra podían echarse a tumba abierta por el sendero de la concupiscencia. Desde luego, la cita resultaba mucho más lasciva e incitante que la de «póntelo, pónselo».

Por si fuera poco, el Ministerio de Sanidad había respondido a las críticas de poca sensibilidad lingüística, lanzando la versión autóctona «Pono, ponllo», mucho más publicístico y onomatopéyico que en castellano.

La gente comenzó a llamarle «ponoponllo» al preservativo, término este mucho más frío y asexuado. El ponoponllo, en cambio, resultaba más cachondo.

—Deme una docena de ponoponllos, por favor —pedía el cliente.

—Marchando una docena de ponoponllos… y que le aprovechen —respondía el farmacéutico.

El consumo de ponoponllos se disparó de tal manera que monseñor Rouco hizo llegar su preocupación al presidente gallego. Algunos *conselleiros* ya habían mostrado por libre su inquietud. Así, Romay, entonces responsable de Agricultura y Ganadería, hizo un llamamiento público a la «abstinencia carnal», lo que fue mal interpretado por el sector cárnico.

—Parece mentira que el *conselleiro* se dedique a tirar piedras contra el propio tejado —declaró cabreado un representante del sector.

LXIII

La reserva noroccidental

Don Manuel convocó urgentemente a un equipo de asesores para ver cómo poner freno en Galicia a la campaña de «póntelo, pónselo». Acabada felizmente la telenovela *Cristal*, jubilada la señora Thatcher, los sectores más integristas presionaban para que el Gobierno de la Reserva Noroccidental afianzara los machos ideológicos frente a lo que consideraban una maniobra del Maléfico, aunque, en verdad, el laicismo —entendido como moral alternativa— estaba en la España del fin del milenio tan en crisis como la propia Iglesia, y ya no se escuchaban voces como las que Valle-Inclán ponía en boca de Max Estrella cuando se quejaba de que los grandes conceptos se transformasen en un cuento de beatas.

Antes de que Don Manuel compareciese en la reunión, los asesores hablaban de sus cosas.

—Yo uso normalmente Control.

—Pues a mí me va muy bien con Durex.

—Os digo yo que no hay como Prime. Son los que usan en el ejército de los EE UU.

—Hombre, pues siempre me pongo Androtex, que son de fabricación nacional. Además, ahora ofrecen condones con sabor a fresa y fosforescentes.

La súbita irrupción del presidente hizo que cambiaran inmediatamente de tema.

—¿Y qué tal te va, Fandiño, sigues yendo a misa a San Jorge?

—No, Lavandeira, ahora voy a San Nicolás, que me cae mejor los domingos.

—Bien, señores —dijo Don Manuel—, dejemos los respetables preceptos y pasemos a los lamentables objetos. ¿Qué hacemos con esa pantomima de los ponoponllos? Porque algo hay que hacer, aunque yo, si somos sinceros, preferiría dejar que lloviese porque luego siempre escampa.

—Humildemente, señor presidente —se atrevió a decir un asesor—, creo que esta última posición sería la más atinada. Pienso que la gente de común no acaba de entender a qué viene tanto escándalo, porque al cabo, creo que…

—Vale, Vilariño, aquí el único que cree soy yo —cortó Don Manuel —. Sé perfectamente lo que piensa la gente, lo que piensa usted, que es un bala perdida, y lo que pienso yo. ¡Pero también sé lo que piensa monseñor! Ahí está la cuestión. Y para eso los convoco, para que piensen algo y no para que me confirmen que después de llover siempre escampa. ¡Algo hay que hacer!

LXIV

Con *sentidiño*

Todos estuvieron de acuerdo en que la réplica desde las instancias del Gobierno de la Reserva Noroccidental debía tener un continente y un contenido muy propios, para que la población se sintiese comprometida y marcase una frontera nítida en Pedrafita y en O Padornelo, por lo menos en lo que se refiere a moral sexual.

En el transcurso de la reunión, Don Manuel formuló así el ideario del populismo que él representaba: «Autonomistas, en lo político; europeístas, en lo económico; universalistas, en lo cultural; célticos, en las *queimadas*; y separatistas, en lo sexual».

—¡Bravo, Don Manuel! —aplaudieron los asesores.

—Menos peloteo y más ideas. ¿Qué hacemos?

Al hilo de la exposición ideológica del presidente, uno de los expertos propuso una campaña alternativa con el lema «Por una Galicia libre de condones».

—No me sea anárquico, Lavandeira —dijo Don Manuel con un gesto de disgusto—. Parece usted del colectivo Rompanfilas.

—¿Y qué opina del lema «Hazlo, pero en gallego»? —dijo Lavandeira, que estaba lanzado.

—Pues ya me explicará usted cómo se hace *eso* en gallego. No me dirá que hay un modo gallego de deshacer la cama entre dos.

—Como cadena connotativa —expuso el experto Lavandeira— podríamos utilizar piezas del folclore gallego, que es muy chusco y resultón. Por ejemplo, un *spot* en la televisión con mozo y moza que se dan la mano en un prado de tréboles y margaritas, y sobreimpresionamos el lema «Hazlo en gallego», mientras de *leitmotiv* musical suena: «Unha noite no muiño, unha noite non é nada; unha semaniña enteira, esa si que é muiñada»[6]… ¿Qué le parece?

—Impresentable, Lavandeira, impresentable —respondió Don Manuel, visiblemente conmocionado—. Eso es un folclórico llamamiento al libertinaje y no a la castidad. Ya va siendo hora de que coja usted un poco de *sentidiño*.

—¡*Sentidiño*! —gritó Vilariño dando un puñetazo en la mesa, como si descubriera la piedra filosofal.

Hubo un momento de silencio, en el que todos se fijaron en el hondo sentido del concepto *sentidiño*. A Don Manuel se le iluminaron los ojos. Estaba entusiasmado con la alternativa.

—Claro, claro. ¡*Sentidiño*! ¿Cómo no lo habíamos pensado antes? Ahí está nuestro lema, «Con sentidiño». Y nada de ponoponllo. ¡Vale, Vilariño!

LXV

El *pansentidiño*

Tan satisfecho estaba Don Manuel con la idea, inmediatamente saludada con júbilo por las autoridades eclesiásticas, que el despliegue no tuvo precedentes. En lugares clave de todo el territorio gallego aparecían cartelones con la leyenda «Con sentidiño», que ponía broche también a amplios espacios publicitarios en los medios de comunicación.

En el anuncio de televisión aparecía una pareja de novios que paseaban por el robledal de San Xusto, muy cogiditos de la mano. De repente, al rapaz le entraban calores e intentaba un movimiento de voluptuosa aproximación.

—¡Ay, Vanessa, Vanessiña!

Pero la chica lo calma, con una mirada de desaprobación.

—¡*Sentidiño*, Ivan Touriño, *sentidiño*!

El ex presidente Albor, desde Estrasburgo, sonreía complacido por este reconocimiento, pues, aunque tardío, satisfacía su vanidad, no en vano él había sido el pionero en esta genuina contribución gallega a la Historia de las Ideas Políticas. Porque lo cierto es que la «Teoría del Sentidiño» desbordó el estricto marco de una campaña publicitaria con referencia al comportamiento sexual, para significar una manera de ser y de actuar en todos los órdenes de la vida.

—*¿Qué din os rumorosos?* —preguntó Don Manuel en el Parlamento, parafraseando el himno gallego, al término de su comparecencia en el debate del estado de la autonomía—. *Sentidiño*. Hay que ir con *sentidiño*. Esto, y no otra cosa es lo que dicen los rumores, en la costa verdescente, y lo que también proclaman las altas copas de oscuro *arume* arpado. ¡Se acabó la *saudade*, el lacrimeo, viva el *sentidiño*!

La doctrina del *pansentidiño* se instaló por doquier. Se hicieron los presupuestos con *sentidiño*, es decir, unos presupuestiños. Se hizo cultura con *sentidiño*, o sea, culturiña. Se creo la Policía Autónoma con *sentidiño*, por lo que la Xunta ya tuvo a sus *gardiñas*. Y así todo. El presidente se sentía, por fin, realizado llevando el timón del barquiño.

—¡Amiguiño, éste es el mejor paisiño del mundiño! —dijo Don Manuel.

—¡Un país estupendiño! —reafirmó Portomeñe.

LXVI

Faltan Manoliños

Al pairo de la campaña «Con sentidiño», pensada para neutralizar el «póntelo, pónselo», Don Manuel reflexionó sobre el preocupante estancamiento de la población gallega y la notable paradoja de que en un país donde la inmensa mayoría figuraba como católica los frutos del matrimonio fueran cada vez más escasos. O la gente no hacía nada en la cama, cosa improbable, o se tumbaba esterilizada por la programación televisiva, o no cumplía la doctrina vaticana y se hacía protestante a partir de la media noche.

—Querido amigo —dijo Don Manuel a su fiel Catoira—, a este paso a finales del siglo XXI no habrá en Galicia más que pensionistas y mediopensionistas. Cada vez nacen menos gallegos.

—¿Quiere que abra una investigación policial? —dijo el agente Catoira, siempre dispuesto—. Al que no cumpla en la cama, multa al canto.

—No, amigo Catoira, no creo que esto se arregle por la vía de la coacción sino de la persuasión. Además, hay otro fenómeno sociológico que me causa tristeza. ¿No capiscó usted en que cada vez hay menos Manoliños? Me pasaron el censo onomástico y esto parece un ducado de los zares, lleno de Ivanes, o una derivación de *Falcon Crest*, plagada de Jessicas y Vanessas. ¿Qué será de Galicia sin Manoliños?

—Siempre habrá un Manoliño, Don Manuel, un Manoliño que lleve a Galicia por el buen *camiño*.

—Dios lo escuche, amigo Catoira.

Así que Don Manuel ordenó a sus asesores de imagen que diseñaran otra campaña, complementaria de la del *sentidiño*, fomentando la natalidad y la manuelina tradición. «Mejor dos que uno y uno que ninguno», dijo el presidente en una comparecencia parlamentaria. La oposición criticó duramente la financiación publicitaria de la Xunta y sobre todo el lema escogido: «Llámale Manoliño».

—Esto es puro clientelismo decimonónico —dijo uno de los portavoces críticos.

—¡Pues claro que es clientelismo! —bramó Don Manuel—. Y a este paso, como no animemos a la gente, vamos a quedar todos, ustedes y nosotros, sin clientela.

Aquel año, para dar ejemplo, la Xunta concedió una de las medallas Castelao al matrimonio formado por Manuel Toxo y Manuela Flores, padres de una prole de dieciocho hijos.

—Así se hace país y lo demás son cuentos —dijo Don Manuel en el discurso de felicitación.

LXVII
Toxos e flores

La entrega de la medalla Castelao al matrimonio formado por Manuel Toxo y Manuela Flores, padres de dieciocho hijos, y enmarcada en la campaña de fomento de la natalidad «Llámale Manoliño», fue un emotivo acto, que alcanzó la mayor intensidad cuando Don Manuel leyó en público los nombres de la numerosa prole de los Toxos y Flores: Manuel, Manuela, Manuel-Manuela, Manuela-Manuel, Manolo, Manola, Manoliño, Manoliña, Lolo, Manolito, Manolita, Lito, Lita, Manu, Manoli, Nolo, Noliña y Emmanuelle.

—Es difícil encontrar un ejemplo de mayor entrega y fidelidad al país —dijo Don Manuel en el discurso—. Querido matrimonio, queridos Toxos y Flores, con gente como vosotros jamás morirá Galicia y podemos mirar el porvenir con confianza. Allí donde haya un Manoliño, allí habrá una Galicia.

Acabada la ceremonia, los periodistas tuvieron la posibilidad de conversar con la pareja condecorada con el máximo galardón de la Xunta.

—¿Cómo se encuentra en este día tan feliz, doña Manuela?

—Pues, ¿qué quiere que le diga? Me duelen un poco los riñones, y también los brazos y las piernas. Debe de ser cosa del reúma.

—¿Y cómo fue eso de tener tantos hijos?

—¿Cómo que cómo fue? Pues fue.

—Debe de ser una maravilla, una familia así…

—¿Una maravilla? *¡Solteiriña quen me dira!*

—Y usted, señor Manuel, ¿qué tal, contento?

—Hombre, contento sí, pero mire… Hijos criados, roble doblado.

—¿Qué se siente al ser padre de tantos hijos?

—Pues la verdad es que no tuve mucho tiempo para pensarlo… Dieron mucho la lata, ¿a que sí, Manuela?

—Dieron, dieron… ¡El demonio que los hizo!

—¿Y qué le pide ahora a la vida?

—¿Y qué le vamos a pedir? ¡A ver si estos señores tan amables de la medalla les dan un *traballiño* y nos los sacan de delante!

Esta última declaración del matrimonio Toxo Flores llegó a oídos de Don Manuel que se comprometió, ante los informadores, a interesarse por el futuro de la prole.

LXVIII
Un chollo en la Xunta

Agenda en ristre, el presidente fue anotando las cualidades de los Toxo Flores.

—¿Qué sabes hacer, Manuel? —indagó el presidente.

—Anda de ambulante por las ferias —dijo doña Manuela.

—Bien. A Comercio Exterior.

—¿Qué hace la Manuela?

—Es muy mañosa con las cosas de casa. Deja todo como una patena.

—Bien. Pues a Medio Ambiente.

—¿Y Manuel-Manuela?

—Es un fittipaldi, Don Manuel.

—Bien. Pues al Parque Móvil.

Don Manuel dio colocación en un santiamén a los vástagos de la fecunda pareja. Únicamente surgió un problema para ubicar a Nolo, por quien Manuel Toxo mostró un interés preferente.

—Los demás pueden valerse por su cuenta, Don Manuel, pero Nolo, ¿verdad Manuela?, Nolo, Noliño es… es un caso aparte.

—¿Y qué hace el tal Nolo?

—Ése es el problema, Don Manuel.

—Algo sabrá hacer, algo estudiaría…

—Es un caso muy raro, el Nolo.

—¿Tiene alguna tara?, ¿se droga?

—¡Ca! Es listo como un cuco. Sabe de todo. Tanto hace un armario como conduce un tractor. Y de droga, nada. Sólo bebe agua.

—¿Agua? Pues sí que es raro el tal Nolo. Pero algo querrá ser en la vida, digo yo. Presentador de televisión, conserje del Instituto de Vilalba.

—Nada de eso, Don Manuel. Ése, ése es el problema.

—¿Cuál es el problema?

—¡Quiere ser labrador!

—¿Labrador? ¿El Nolo quiere ser campesino? ¡Santo cielo!

—Eso mismo decimos nosotros. Pero no hay manera de quitárselo de la cabeza, excelencia. Ya me dirá, en estos tiempos… ¿Qué será de nuestro Noliño?

La pregunta recorrió a los presentes como un escalofrío. Don Manuel recordó de repente que tenía importantes asuntos de Gobierno por resolver y marchó balbuciendo despedidas.

—Díganle a Nolo que Dios lo acompañe.

LXIX
El milagro del tojo

Dos acontecimientos imprevistos vinieron a turbar la tranquilidad de ánimo del presidente del Mejor País del Mundo. La dimisión de Margaret Thatcher, la brava *lady* que dominaba con sus ojos cetrinos el santoral conservador, lo enfrentó a la condición efímera del poder y de la gloria. Otro suceso, el de la Guerra del Golfo, con la consiguiente

carestía del petróleo, que desestabilizó la economía noroccidental, lo inundó de un estado de melancolía y desacostumbrado desánimo. Si algo lo ponía nervioso, eran los caprichos incontrolables de la economía. En el fondo, a Don Manuel, como a todos los estadistas, le gustaría funcionar a golpe de decreto.

—¿Por qué narices tenemos que pillar una pulmonía cada vez que tose uno de esos zorros del desierto? ¡Cuánta razón tenían nuestros ancestros! Deberíamos ser autosuficientes.

Lo que más fastidiaba a don Manuel era la limitación de recursos de la Hacienda autonómica. Buen conocedor de la historia universal, del alambicado proceso en el que se destilaban los héroes y los mitos, sabía que un estadista sin monumentales obras no era un estadista ni nada. La verdad es que uno salía en la *Enciclopedia Británica*, en la *Larousse* y en el *Espasa* por hacer pirámides, pero no por asfaltar pistas rurales. Pero para los grandes monumentos, que don Manuel esbozaba en el magín, hacía falta dinero.

—Donde no hay no se puede rascar —le había dicho el *conselleiro* de Economía.

Pero Don Manuel, como siempre, confiaba en la providencia. Fue en la soledad del despacho, repasando las peticiones de audiencia, cuando el presidente reparó en una solicitud de entrevista reiteradamente rechazada, porque tenía todas las trazas de ser obra de un chalado. Pero Belisario Chousa, tal era el nombre del firmante, nunca se había dado por vencido. «Por vigésima vez, pido a Su Excelencia un minuto de atención. Un minuto, por la suerte de Galicia. Atentamente, Belisario Chousa, inventor».

El presidente del Mejor País del Mundo tuvo una premonición. Hete ahí que había un hombre que reclamaba tozudamente un minuto de atención. ¿Por qué no dárselo?

—Señor excelentísimo, no tengo palabras para agradecerle… —dijo el inventor, haciendo una reverencia.

—¡Déjese de pamplinas! Tiene usted un minuto, amigo Chousa, para cambiar el curso de la historia.

Chousa puso encima de la mesa un aeroplano de juguete. Luego sacó muy delicadamente un frasco del bolsillo del mandilón. Vertió el contenido, un líquido amarillo, en el depósito del aparato, accionó el mando, y la miniatura salió como un cohete rompiendo el cristal de la ventana de Raxoi, perdiéndose a continuación entre las torres del Obradoiro.

—¿Y ahora qué? —dijo don Manuel indignado por el estropicio.

—Acaba de asistir usted al primer despegue de un aeroplano con combustible de tojo. ¡La planta más abundante de Galicia! ¡Nuestro petróleo! —dijo Belisario Chousa, con una sonrisa triunfal.

LXX

El invento de Belisario

El presidente del Mejor País del Mundo dio un respingo cuando Belisario Chousa, el inventor de aspecto estrafalario, le informó de que el pequeño aeroplano que había salido a toda pastilla por la ventana de Raxoi funcionaba con un combustible derivado del matorral espinoso que cubría los montes gallegos. Luego le contó el laborioso proceso de sus investigaciones, hechas sin subvención y en una atmósfera de incomprensión y mofa. «Tírale del aire, Chousa!», le tomaban el pelo los vecinos cada vez que fracasaba y el aparato iba a estrellarse contra el tejado de un hórreo.

—¡Casi toda una vida, Don Manuel, de espina en espina! —dijo el inventor al borde del llanto.

—Comprendo, querido amigo, comprendo —musitó el presidente, también al borde del llanto.

Belisario relató con detalle su experiencia vital. Había sido un niño prodigio, un estudiante sobresaliente, y alcanzó el doctorado en cuatro o cinco disciplinas. Semejante currículum lo perjudicó gravemente en el campo universitario, así que tuvo que dedicarse a dar clases particulares a algunos catedráticos. Pero su verdadera vocación era investigar, abrir nuevas fronteras en el saber que conllevaran también un beneficio social. Consiguió finalmente una plaza de recogedor de basura en un centro oficial teóricamente dedicado a la investigación y que en la realidad funcionaba como oficina de meditación trascendental. Aprovechó esa circunstancia para, en las horas de asueto personal, desarrollar las posibilidades energéticas de la biomasa vegetal gallega. Pero el director del centro de I+D, cansado de rozar el traje planchado con las pilas de arbustos, le soltó un día iracundo: «Pero, ¿qué hace usted con esta mierda de espinos?». «Inventar, señor», contestó con humildad Belisario. Y el director de investigación le espetó: «¡Que inventen ellos!». Despedido, Belisario se retiró a la casa paterna, en una aldea remota, y allí continuó sus pesquisas, cosechando fracaso tras fracaso.

—La vida del investigador anónimo es muy dura, Don Manuel. Un día mi mujer me puso en un dilema, o ella o el tojo. Marchó muy dolida cuando le di la respuesta.

—Comprendo, comprendo —dijo el presidente, cada vez más prendado de la alucinante historia de Belisario.

Un buen día en el rústico laboratorio, después de varias noches en vela, el obstinado inventor dio con la alquimia tan deseada. Algunos otros lo habían intentado antes, pero los resultados eran muy precarios. Les faltaba un detalle.

—Todo el mundo sabe —explicó Belisario— que hay un potencial energético en la biomasa, pero les falta el *quid*, una especie de *punto G*, el efecto fulminante que producía el erotismo energético del matorral. ¿Entiende?

—Capisco, capisco —dijo el presidente, subyugado—. ¿Y cuál era ese detalle?

—¡El orujo! Unas gotas de orujo hacen que un litro de esencia de tojo tenga el poder energético de cien litros de gasoil.

—¡Coño! Siempre intuí yo que algo milagrero tenía el aguardiente —dijo Don Manuel.

LXXI
El gran sueño

El invento de Belisario, apadrinado por Don Manuel, cambió la faz de Galicia. Por un decreto presidencial, se creó la TOXOCA (Toxo Company) y todas las máquinas del país, desde los automóviles hasta las motosierras, funcionaron con el revolucionario combustible, inaugurando un periodo de prosperidad sin precedentes. El tojo cotizó en Bolsa, el precio de un kilo de arbusto equivalía a un barril de petróleo del Mar del Norte, y los antaño marginados se convirtieron en potentados.

Galicia se llenó de *jotaerres* con sombrero tejano, con limusinas de diez metros de largo y ancho ajustado a los caminos rurales, que llevaban en el capó hembras de esas que salen en los anuncios publicitarios. Corría como agua por el caño el cava en la Fiesta del Cocido de Lalín. Superado el *síndrome de Baviera*, Don Manuel ya podía hablar con las raíces bien plantadas en la tierra. Y él, por fin, podía pensar en las obras monumentales que delatan el paso por el mundo de los grandes hombres. Una pirámide en Terra Cha, los babilónicos jardines en las Mariñas, un arco de triunfo en Compostela…

—¡Que nos tiren del aire, Chousa! —exclamó con alegría el presidente.

Fue entonces, con el eco de la propia voz, cuando despertó de su sueño Don Manuel. Era ya de noche en el Obradoiro, y el cadmio dorado de la luna llena daba gloria a la fachada catedralicia. Buscó en vano los trozos de vidrio: las ventanas estaban intactas. Ni rastro de alguien llamado Belisario. La campana de la Berenguela, con su señorial rutina, lo devolvió a la realidad. Dio un timbrazo y acudió servicial un subalterno.

—¿Cuánto tiempo llevo durmiendo?

—Dos días, Don Manuel.

—¿Dos días? Usted ha enloquecido.

—No, Don Manuel. Nadie quería despertarlo. Tampoco los *conselleiros*. Y yo les dije a los señoritos que si ellos no se atrevían, menda menos.

—¿Y Catoira? ¿Mi fiel Catoira?

—Al señorito Catoira, desde que es director general, no se le ve el pelo.

Aquel suceso dejó a Don Manuel sumergido en una honda reflexión. «Así es que los liliputienses prefieren que Gulliver duerma, ¡pues van dados!». Pero antes de demostrarles por enésima vez quién era el patrón, iba a prestar un decisivo servicio al país. A la luz de un flexo, cogió papel en blanco y empezó a escribir febrilmente.

LXXII
La telenovela galaica

En la TVG se habían recibido preocupantes datos sobre la audiencia. Únicamente los deportes y Santiago Pemán, el hombre del tiempo, impecable vigía de borrascas y mares rizados, mantenían la credibilidad de los *telexornais*. Aquello también comenzó a crear inquietudes en las instancias del Gobierno de la Reserva Noroccidental. El presidente del Mejor País del Mundo llamó al *conselleiro* Víctor Manuel.

—¿Qué pasa con la televisión, querido amigo? Y no me diga que va todo estupendamente porque tengo estadísticas encima de la mesa. Las cosas se hacen bien o se hacen mal. En mis tiempos del ministerio, todo el mundo veía la TVE.

—Le recuerdo humildemente, Don Manuel, y no vea malicia en mi observación, que en aquella época, sin duda gloriosa para el ministerio, sólo había esa televisión.

—¡Pamplinas! Hay que hacer algo, querido *conselleiro*. Algo que conmueva a todos los gallegos. ¿Siguió usted la serie *Cristal*?

—¡Todos los días!

—¡Toma castaña, como yo! Pues ahí voy. Si la gente pide caldo de culebrón, hay que darles dos tazas.

El tono imperativo del presidente mudó por otro de amable complicidad.

—Amigo Víctor Manuel, quiero que lea esto.

El *conselleiro*, perplejo, leyó en la tapa del portafolio: *Anduriña y Bolboreta (telenovela galaica)*.

—¡Hermoso título, Don Manuel! ¡Pura poesía!

—Ya ve. Tiene uno que encargarse de todo —dijo el presidente en cálido reproche—. Está escrito en dos noches de luna llena. Los

laberintos de la personalidad son intrincados, amigo Víctor, y como dijo Pessoa, yo somos muchos. Ahora surge en mí cual Ave Fénix el vate acallado por las imperiosas obligaciones del servicio. Este que tiene en las manos es mi tributo a la cultura popular, pero quiero que la autoría permanezca en el anonimato como secreto guardado con siete llaves.

Portomeñe leyó la sinopsis: Bolboreta era rubia de ojos azules, muy alegre y cantadora. Anduriña era morena y de ojos verdes, más dada a la melancolía. Habían nacido en humilde cuna. Su padre era labrador, y su madre, costurera. A pesar de la pobreza, la infancia transcurrió inmensamente feliz en el paraíso de la pequeña aldea, siempre entre flores, fresas silvestres y coronas de castañas. Pero el pérfido mundo estaba al acecho para echar sus zarpas sobre Bolboreta y Anduriña. Cuando crecieron, marcharon a servir a la ciudad. Bolboreta fue seducida por el primogénito de la casa, Valentino Cachafeiro, un tunante de mucho cuidado. Anduriña se enamoró en la discoteca de un aguerrido mozo, Joe Castrón, que resultó ser narcotraficante. Las dos hermanas, ultrajadas y abandonadas, tuvieron que ayudarse mutuamente y montaron una empresa sumergida de confección. El destino fue implacable con los malvados: Valentino fue violado por un comando feminista de taekwondo y Joe murió en un empacho de chocolate con churros. El negocio de Anduriña y Bolboreta fue viento en popa y acabaron relacionándose con las hermanas Koplowitz. Un día decidieron volver a la aldea y se casaron con dos amigos de la infancia, sanos y honrados labradores, que las hicieron muy felices. Fin.

—¡Estupendo, Don Manuel! Esto es una maravilla, una obra de arte, orfebrería del corazón. Perfecto en ejecución y contenido. Un diez.

—Me abruma con sus elogios, querido amigo. Es usted un sentimental. ¿De verdad cree que puede dar juego?

—Esto va a ser el no va más. Y ya verá cuando salga en colorines. ¡Va a quedar estupendo!

LXXIII
La sucesión de Don Manuel

La telenovela galaica *Bolboreta e Anduriña* obtuvo un éxito sin precedentes. Toda Galicia fue un lacrimal y se disparó la audiencia de la TVG. Nunca trascendió su autoría y el *conselleiro* Víctor Manuel, fiel al compromiso de guardar el secreto, jugaba a las adivinanzas con los periodistas.

—Señor *conselleiro*, se dice por ahí que la escribió su mujer, doña Otilia.

—Frío, frío.

—¿Camilo José Cela?

—Caliente, caliente. Por gracia y por quilates podría ser nobel la pluma que la parió —dijo Portomeñe muy cervantino—. Mas no me tiren de la lengua, que voy mudo.

Aún en el anonimato, Don Manuel sintió por vez primera el auténtico sabor del triunfo. Era un tipo de satisfacción muy distinta de la que le deparara la conquista del poder. Cómo mover los hilos en el gran melodrama del mundo. Y además había mensaje. Nadie se acordaba ya de los veinte volúmenes, cinco kilos de peso, de su programa electoral, pero todo el mundo interiorizaba la lección de Bolboreta y Anduriña: los malvados pagarán, y los bondadosos serán premiados. Axioma que se viene predicando desde el principio de la historia escrita y que la realidad se encarga de poner en su sitio. Pero no andaba Don Manuel para escepticismos. Estaba exultante.

En ese tiempo, él mismo alentó los rumores de que ya tenía resuelta su sucesión. «No hay nadie imprescindible —declaró en el Parlamento —, aunque algunos somos más imprescindibles que otros. Dejaré el barco en buen rumbo y con timonel competente. Eso es todo lo que voy a decir por ahora». Bastó esa simple declaración de intenciones para que se desatase un vendaval especulativo. Los segundones aspirantes comenzaron a mover sus piezas y a despellejarse cordialmente, aunque estaba claro que Don Manuel se reservaba una última potestad. La de nombrar al sucesor.

Aquel día el presidente del Mejor País del Mundo entró en Raxoi con aire bonapartista y dio una orden marcial a uno de los lugartenientes.

—¡Quiero que convoquen a todos mis mariscales de campo!

—¿También a Victorino, Don Manuel?

—¡También! Era sargento de zapadores e hice de él un coronel de húsares.

Acudieron presto todos los mariscales seguros de que en el brindis de Navidad surgiría la tan esperada revelación. En los pasillos, aguzaban la oreja los reporteros y los más audaces fisgoneaban por el ojo de la cerradura. Allí estaban, cetrinos y leonados, Cuiña y Cacharro, Romay y Víctor Manuel… Y Victorino, en un aparte, con majestuoso penacho y barba de quita y pon. Los había reunido el presidente alrededor del árbol navideño, hermoseado de guirnaldas y de centelleos coloridos. Al pie del árbol, los paquetes de regalo con su nombre respectivo.

—Mis queridos amigos —dijo el anfitrión con aire solemne—, no hay maniobra más difícil sobre el campo de batalla que la de organizar la retirada.

—¡No se vaya, Don Manuel! —interrumpió Romay, entre sollozos.

—Querido José Manuel, la naturaleza tiene sus leyes y ni los escogidos pueden desafiarlas. No voy a ser más explícito. Ahora, por favor, abran sus regalos.

Nerviosos, apresuráronse todos a desenvolver los regalos. Aguijoneados por la excitación, los primeros en descubrir el contenido fueron Cuiña y Victorino.

—¡Carallo, un *Manoliño*! —dijo Victorino.

—¡Ostras, otro *Manoliño*! —dijo Cuiña.

Y eso era lo que había en todos los paquetes: un *Manoliño*. Una miniatura en porcelana de Don Manuel.

—He ahí mi sucesor —dijo el presidente—. ¡Feliz fin de siglo, señores!

Galicia, anno MCMXC

Dramatis personae (por orden de aparición)

Don Manuel (Fraga). Líder de la conservadora Reserva Noroccidental y presidente del Mejor País del Mundo. Natural de Vilalba.

Antonio Rosón. Presidente de la Xunta preautonómica y del primer Parlamento autónomo (q.e.p.d.).

Xosé Quiroga. Como segundo presidente preautonómico, le correspondió la convocatoria del referendo del Estatuto. El lema de la campaña fue «Aunque llueva, vota». No llovió y se abstuvo el 70 por ciento de la población.

Xerardo Fernández Albor. Primer presidente de la Xunta. Doctor en Medicina. Fundador de la teoría política del *sentidiño*.

Fernando González Laxe. Economista. Presidente de la Xunta en el llamado Gobierno tripartito (PSOE, CG y PNG). Promotor de la modernización y del eje Galicia-Japón. Fuera de Galicia, Laxe se pronuncia Lac-sé.

Víctor Manuel Vázquez Portomeñe. *Conselleiro* de Albor y de don Manuel. Responsable laico del Año Xacobeo. Representa la línea *estupenda* del conservadurismo galaico. Natural de Chantada.

Otilia Seijas. Esposa del *conselleiro* Portomeñe. Escritora. Pionera en Galicia de la literatura rosa.

Monseñor Rouco Varela. Arzobispo de Compostela, alineado a su manera en el integrismo conservador de la Iglesia. Natural de Vilalba.

Xosé Manuel Beiras. Dirigente nacionalista (BNG). Economista. Lleva sombrero. No usa corbata.

Camilo Nogueira. Dirigente nacionalista (PSG-EG). Economista. No lleva sombrero. Usa corbata.

Rosendo Naseiro. Empresario y ex tesorero del PP. Procesado por presunto intento de cohecho. Natural de Vilalba.

Xosé Luis Barreiro. Ex vicepresidente de la Xunta con Albor y Lac-sé. Procesado, absuelto y condenado por el asunto de la *Lotería* autonómica, en una acusación promovida por el Partido Popular. Gran Cerebro, primero, y Gran Apóstata, luego, para la derecha gallega. Natural de Forcarei.

Luz Divina. *Meiga* posmoderna y quiromasajista.

Xosé Manuel Romay Beccaría. Antónimo de Barreiro. Ex vicepresidente de la Xunta con Albor, ex presidente de la diputación coruñesa. Jugó un papel providencial en la candidatura de don Manuel a la presidencia del Mejor País del Mundo. Miembro del Opus Dei.

Catoira. Miembro de la Policía Autónoma. Jefe del servicio secreto Terra Cha. Hombre de confianza de Don Manuel con la clave Oreja Profunda-Ojo al Parche.

Senén Bernárdez. Dirigente de Coalición Galega. Orensano.

Ceferino Díaz. Procedente del nacionalismo. Fue hombre de confianza de Xosé Manuel Beiras en el antiguo PSG. Jugó un papel determinante en la caída de Albor y en la formación del Gobierno tripartito. No fue *conselleiro*. Natural de Escairón.

Victorino Núñez. Presidente del Parlamento autónomo. Ex presidente de la diputación de Ourense. Fundador de Centristas de Galicia y promotor de Converxencia Nacionalista Galega. Pregonero de la Fiesta de la Patata en Coristanco y de la Fiesta de la Castaña en Folgoso del Caurel. Muy ocurrente.

Xosé Cuiña. Ex presidente de la diputación pontevedresa. *Conselleiro* de Ordenación del Territorio del Gobierno de Don Manuel y uno de sus preferidos mariscales. Promotor de la Fiesta del Cocido. Natural de Lalín.

Miguel Cancio. Sociólogo heterodoxo.

Xosé Luis Blanco. Director de Radio Galega, natural de Camariñas. Popular presentador de televisión, natural de Camariñas. Compositor musical, natural de Camariñas. Nació en Camariñas.

Xosé Manuel Barros. Alcalde de Porriño. Figura clave del Sindicato Clandestino de Alcaldes y peso pesado del PP. Pesa 130 kilos.

Xoan Fernández. Ex presidente del OAR de baloncesto. *Conselleiro* de Industria del Gobierno de Don Manuel. Ferrolano.

Francisco Vázquez. Alcalde de A Coruña. Diputado en Madrid. Principal interlocutor gallego en las altas esferas del reino. Contrapone el modelo Follow Me a la normalización de la lengua gallega. Lector de cómics. Estudió en los Maristas.

Augusto César Lendoiro. Presidente del Deportivo de fútbol. Concejal, diputado, secretario autónomo de Deportes, etcétera. Miembro del PP, es el principal rival de Vázquez. Estudió en los Maristas.

Francisco Cacharro. Presidente de la diputación de Lugo. Mariscal por libre de Don Manuel.

Manuel Remuiñán. Alcalde de Coristanco. Centrista de centro derecha y de centro izquierda, línea Andreotti: el poder desgasta a quien no lo tiene.

Arufe Rieiro. Alcalde de Santa Comba. Principal ideólogo del centrismo ecuatoriano: nosotros, como el Ecuador, nunca mudamos de sitio. Pactó con el PP, pactó con el PSOE y pactó con Victorino Núñez. Lleva bigote.

Xosé Luis Mondelo. Tránsfuga de siete partidos y alcalde carambólico de Ourense. Alguna vez tenía que tocarle.

Alfonso Couce Doce. Segundo alcalde forense de Ferrol. Desplazado del cargo por una maniobra de transfuguismo que llevó a la alcaldía a su primo. Promotor del Monumento contra el Tránsfuga.

Fernando Amarelo. Responsable de las relaciones con las comunidades gallegas del exterior.

Fidel Castro. Comandante en jefe de Cuba. De padre gallego.

Pucheiro. Periodista gallego, de nombre Alfonso Eyré. Director del semanario nacionalista *A Nosa Terra.*

Mohamed. Vendedor de alfombras marroquí.

Margaret Thatcher. Ex primera ministra conservadora del Reino Unido. En realidad, una discípula de Don Manuel.

López Veiga. *Conselleiro* de Pesca del Gobierno de Don Manuel.

Luis Rial. Intrépido reportero de la Radio Gallega.

Antolín Sánchez Presedo. Secretario general del PSOE en Galicia. Ex *conselleiro* de Obras Públicas en el Gobierno tripartito. Natural de Betanzos.

Cándido Sánchez Castiñeiras. Diputado y dirigente de Coalición Galega y uno de los firmantes del acuerdo para fundar la Converxencia Nacionalista Galega. Natural de Lugo.

Manuel Toxo y Manuela Flores. Padres de dieciocho Manoliños, que recibieron la medalla Castelao.

Belisario Chousa. Inventor del combustible que usa como base el tojo y el aguardiente.
Camilo José Cela. Premio Nobel de Literatura. Natural de Padrón.
Manoliño. Misterioso nombre en clave del sucesor de Don Manuel.

CAPÍTULO IV

Terra Cha, cha, cha, cha

«—Oh, su excelencia.
—Tú tampoco estás mal».

Sopa de ganso, Hermanos Marx

Se relata el controvertido viaje de Manuel Fraga a Cuba en 1991, en crónicas escritas entonces para *El País* y *La Voz de Galicia.*

Compañero don Manuel

El hombre vestido de clara *guayabera* pidió que se apagaran las luces. El hombre vestido de verde campaña repitió la orden en voz más alta. Luego siguió el ceremonial atentamente. Parecía fascinado con la llama azul que acababa de nacer en el cucharón de barro.

«Yo creo que todos los espíritus son buenos», dijo el hijo mayor de Manuel Fraga Bello, de la parroquia de San Xurxo de Rioaveso. Al decirlo, su mirada se cruzó con la del barbudo hijo de Ángel María Bautista Castro, de la parroquia de San Pedro de Láncara.

Ahora, delante de ellos, en la estancia habanera tomada por la exuberancia vegetal de laureles y lloraderas, de palmas y flamboyanes, de arecas y paraísos, ardía en fuente artesana el otoñal aguardiente gallego, coloreado con Amandi, el vino de las cepas de la orilla del Sil, y adobado con azúcar y limones del Caribe.

«Yo creo que todos los espíritus son buenos —prosiguió ceremonioso el oficiante—, por eso llamamos *meiga* a una mujer que es hermosa».

—¿*Meiga*? ¿Qué es *meiga*? —dijo Fidel, el hijo del de Láncara.

—*Meiga* es bruja —aclaró Manuel, el mayor de los Fraga—. No puede ser cosa mala.

Los dos «pichones de gallego», como les llamaría una criolla, sonrieron con picardía. Congeniaban. Era miércoles 25 de septiembre en la casa de protocolo de El Laguito, antiguo Country Club. Se habían conocido personalmente pocas horas antes y ya iban por el tercer encuentro. El hijo de Manuel, de aquel emigrante que hizo una pequeña fortuna en Manatí, había llegado a presidente de la Xunta de Galicia y era el símbolo vivo mejor tallado del conservadurismo español. El hijo de Ángel María Bautista, que de emigrante se había hecho latifundista en Mayarí, presidía el Consejo de Estado de Cuba y era de por sí toda una leyenda revolucionaria.

El mundo era, por fin, una aldea global y la *queimada* entraba por la puerta grande de la historia.

Manuel Fraga ni se inmutó en Madrid cuando el comandante del DC-10 *Rías Gallegas*, con destino a La Habana, anunció con voz trémula que una seria avería interrumpía el despegue. El presidente de la Xunta, acompañado por una comitiva de empresarios y periodistas, volvió al hotel y pidió un dominó. El anuncio del viaje había levantado un sarpullido en los medios conservadores y en Miami tuvo que aguantar un amago de alarido de los antifidelistas. Al final, al pie de la escalera del avión, con desenvoltura de noctívago, estaba Fidel.

Eran las dos de la madrugada del martes en el aeropuerto José Martí. Un vaho tropical se pegaba a la piel. Pero lo que sobrecogía a aquellas horas no eran las honras previstas de jefe de Estado, sino las gaitas llenando la noche caribeña con la tensa solemnidad de la *Marcha do Antiguo Reino de Galicia*. Cientos de emigrantes gallegos, muchos de ellos ancianos —allí estaba Manuel Villar, de 107 años—, soportando estoicamente las seis horas de atraso. En el grupo Aires Gallegos destacaban varios gaiteros mulatos. Si alguna vez dudó del retorno a Manatí para recomponer una nubosa rememoración de la infancia, Fraga, con los ojos llorosos, parecía ahora plenamente recompensado.

En aquel primer encuentro, Castro y Fraga hablaron del pulpo. También de la merluza. Pero entre pulpo y merluza, el presidente de la Xunta introdujo uno de los objetivos concretos del viaje: conseguir la devolución del Centro Gallego, un conjunto arquitectónico situado en el centro de La Habana, que alberga también el Teatro Nacional.

—En cuanto a nuestro centro…

—¿Qué centro? —preguntó Fidel—. ¡Hay muchos!

—Nuestro Centro Gallego, presidente —recalcó Fraga.

La ovación más intensa y menos protocolaria de este viaje, con un auditorio puesto en pie y al que se le saltaban las lágrimas, se produjo cuando el doctor Barros, representante de las sociedades, reclamó abiertamente la propiedad del Centro Gallego en presencia de altos cargos cubanos, que guardaron silencio.

En este acto, Fraga tuvo la oportunidad de reencarnar la imagen del habanero enriquecido y paternalista. Fue entregando talones, uno a uno y hasta cincuenta, a los presidentes de las sociedades de emigrantes, por un importe total de doce millones de pesetas. En esa escenografía populista, Fraga fue presentado como «el primero en corazón de todos los gallegos» y como «número uno» en casi todo. Su discurso fue más humilde que el de todos sus hagiógrafos. «Hemos venido a saldar una deuda —dijo—. Los emigrantes a Cuba construyeron en Galicia cientos de escuelas, asilos, levantaron hipotecas de tierras en un sistema socialmente injusto».

A estas alturas, el hijo del emigrante de Manatí ya había desplazado de la primera página del *Gramma* a una importante delegación china y había sido nombrado «habanero de honor» por los órganos del Poder Popular. En la recepción del título, en el patio del palacio de los Capitanes Generales, el presidente gallego loó la «belleza de las piedras, las flores y las mujeres de La Habana», y mostró su simpatía por la «alegría de la vida» de la gente cubana, que presentó como el resultado de una creativa síntesis de *afrogalleguidad*. Pero en una última parte menos costumbrista, el dirigente conservador tuvo la intervención posiblemente más comprometida del periplo. Expresó en voz alta su *sueño* cubano. «Aspiro a ver este pueblo, que tiene un gran peso en el mundo, absolutamente reconciliado, capaz de grandes consensos nacionales, reintegrado en la reforzada comunidad de los pueblos hispánicos con motivo del 92 e integrado también en un orden mundial de respeto mutuo». Al día siguiente, *Gramma* únicamente destacaba la alabanza referida a la «alegría de vivir».

En un segundo encuentro, en el Palacio de la Revolución, Manuel Fraga volvió a hablar del *polbo* (pulpo) con Fidel. No por casualidad hizo traer de Galicia media tonelada del popular cefalópodo, que hoy mismo se servirá con vinos del país, en una multitudinaria romería gallega a la que espera que asista el comandante. De Galicia llegaron también media docena de potes de cobre y, lo que es más importante, un matrimonio de expertos pulperos de O Carballiño.

—¿Carballillo? —preguntó Fidel.

—¡Carballiño! —dijo Fraga.

—¡Ah, es con «ño», es *co «ño»*!

Los dos rieron con el juego de palabras. Se les veía divertidos, paseando juntos por la recepción. Fraga tuvo también la oportunidad de comprobar la competencia populista de su anfitrión cuando se acercaron a una hija de emigrantes gallegos, la cantante del género chico Maruxa Calvo, que suele emocionar a sus paisanos galaico-habaneros con la balada *Dous amores*.

—¿Qué tal su madre? —preguntó Fidel.

—Está mal. ¡Tan mayor! Se le va la memoria.

—¡Ah, pero para esto tenemos un nuevo medicamento! —dijo el comandante.

E hizo llamar al ministro de Sanidad.

Esta misma noche, el presidente cubano, el último revolucionario marxista de Occidente, accedió a hablar abiertamente con los periodistas en una larga velada. En lo tocante a la visita de Manuel Fraga, elogió «la valentía de venir en estos momentos críticos», piropeó su capacidad intelectual y experiencia política, y mostró su disposición a hablar con el líder conservador gallego «treinta, cuarenta y hasta cien horas».

Don Manuel, por su parte, no dio descanso al programa y una periodista cubana lo comparaba con Benny Moré, llamado el «bárbaro ritmo». Hizo política de Estado, publicitando la Expo 92, y política gallega, rozando el nacionalismo con la proclama de «una única Galicia, con sentido universalista». E hizo también política internacional, criticando veladamente el bloqueo a la isla y llamando a un nuevo orden mundial no agresivo. Como también les dio consejos a los cubanos, el presidente de la Cámara de Comercio de La Habana y comisario cubano para la Expo se permitió tratarlo amigablemente como el «compañero Fraga».

Y al compañero Fraga se le vio por momentos muy relajado y feliz. En una comida en Las Ruinas, don Manuel fumó un cohíba mientras un trío interpretaba *Guantanamera*. En el discurso de sobremesa no se pudo reprimir, y dijo lo que dicen sus paisanos cuando están en la gloria: «¡Manda carallo na Habana!».

Las uñas del comandante

«La oposición no existe en Cuba. La única oposición viene de afuera y tiene por nombre Estados Unidos».

Es la noche del martes, día 24, en la sala de los helechos gigantes del Palacio de la Revolución. El comandante en jefe luce su traje de gala, militar, por supuesto. Va siempre vestido de guerrero, como si bajara y subiera del monte cada día. Es ciertamente corpulento, pero sus manos son muy finas, de príncipe de jesuitas. Lleva las uñas, todas, muy largas y cuidadas a la manicura.

«Fíjate en la uñas, Fidel es Leo», me dice Alberto Avendaño, aquel escritor de la heterodoxia gallega que hoy hace maravillas en la radio y que por cierto ganó un concurso de baile en la única noche de fiesta, para pasmo de brasileños, panameños, italianos, mexicanos e incluso cubanos.

Pero ahora estábamos en la sala de los helechos gigantes del Palacio de la Revolución y es Avendaño quien le pregunta a Fidel sobre los

opositores. La oposición no existe, dice Fidel. Quien no está con nosotros está contra nosotros. Eso no lo dice, pero viene a decirlo. Me había parecido un político más hábil el pronuncio Faustino Sáenz, quien dirá el domingo en la misa gallega de la catedral de La Habana: «Los que no están contra nosotros están a favor de nosotros».

Se pasa a otra pregunta y se habla de otra cosa; Fidel gusta, ya se sabe, de las largas parrafadas y se va animando, siempre de pie, mientras los periodistas doblan las rodillas. Cuando debe ser breve, como en la romería de despedida en los jardines de La Tropical, Fidel parece desconcertado, falto de ralentí. Fraga, por contra, domina esa distancia y calienta más al público. Tiene tiempo de hablar del trigo y de las patatas, de Curros Enríquez y del Xacobeo-93, y de Cuba y de Galicia que son, como no, las mejores tierras del mundo. Hasta habla de autovías como si ya estuvieran hechas.

En la sala de los helechos gigantes, Fidel habla de otra cosa. Desmenuza e interpreta la historia, diciendo verdades como puños pero mostrando también grandes ignorancias, como cuando dice que la economía de mercado se desenvuelve mejor en las dictaduras o mezcla el cooperativismo agrario con la propiedad estatal. Me viene a la cabeza John Berger: el apego a la tierra de los campesinos nunca fue entendido, ni por el capitalismo ni por el dogmatismo marxista.

No hay oposición. Sólo enemigos. Los helechos me parecen grandes y elegantes aves verdeclaras a punto de volar, iluminadas por los focos de las cámaras. ¿Retirarse? Fidel habla de los artistas y de los intelectuales. ¿Se retiran ellos? ¡Artista! ¿No será una asociación inconsciente? Es ese tipo de personaje que cautiva a la cámara. La suya, en el tramo final, cuando fue de oriente a La Habana, fue la primera revolución televisada y todos pudieron ver en la pantalla cómo se le posó una paloma en el hombro. Todas sus apariciones parecían, también en este encuentro, genialmente estudiadas por un camarógrafo. No va tras del *flash*. Lo provoca. Como Fraga, a su manera.

Un teórico posmoderno como Baudrillard diría que Fidel y don Manuel, ambos, tienen un carácter fractal. Cada uno de sus gestos sólo puede ser de ellos, irrepetible. Ante las cámaras, queriendo o sin quererlo, llaman la atención, provocan lo que los semióticos denominan efecto clon. ¿O será el efecto *clown*, dispensando?

¿Se retiran los artistas?, pregunta Fidel sin esperar respuesta. No, claro que no. Los gobernantes, normalmente, sí que se retiran. No es la providencia ni la historia quien los retira. Se retiran ellos o los retira, tranquilamente, algo que se llama oposición, y que no tienen por qué ser enemigos parapetados en el odio. Conocí allí a un emigrante, Jesús Curros, por cierto emparentado con Curros Enríquez, que fue torturado y estuvo en las cadenas de Batista y que luego pasó nueve

años en una cárcel de Fidel. Le pregunté cuál era su partido. «Soy un demócrata. Nada más».

Desde que llegué a La Habana no consigo espantar de mí un aforismo de Lichtenberg: «¿Quién pensó por vez primera en el concepto de libertad? Fue un gran invento».

¿Se *aplatanó* don Manuel?

Hay gente que va a Cuba a enamorarse. Queda prendado. Seducido. Y ya no vuelve o vuelve a medias. Se pueden encontrar de muy diversas procedencias, principalmente hombres. Llegaron con la idea de pasar unos días, una temporada y se fueron encantados. Hasta la morriña de los gallegos cubanos parece diferente, más alegre, pese a las dificultades. Los habaneros tienen una expresión para bautizar a los que sucumbieron al hechizo y a la sensualidad de la perla caribeña. Les llaman por buen nombre *los aplatanados*.

Un total *aplatanado* fue, por ejemplo, Ángel María Bautista Castro, de la parroquia de Láncara, el padre de Fidel. Estuvo allí de soldado español, en sustitución de otro mozo más rico que le pagó para que fuese a hacer la guerra en su lugar. Retornó cuando la independencia, pero ya no podía vivir sin Cuba. Y allí volvió, a Mayarí, donde se hizo rico por procedimientos no siempre ortodoxos, al estilo *Far West*, y se casó dos veces, la segunda con una hermosa cocinera, Lina Ruz. La madre de Fidel.

Y *aplatanado*, por citar un caso actual, anda por allá Eduardo Barreiros, el industrial orensano del automóvil, convertido en un estrecho colaborador de Castro. Mientras humea el habano, el señor Barreiros responde a todas las preguntas con tranquilos monosílabos, «sí» o «no», por lo que deduzco que su reciente nombramiento como doctor *honoris causa* por la Universidad de La Habana no tiene que ver con la Filología y sí con la ciencia de los motores de explosión.

¿Fue la de don Manuel la historia de un transitorio *aplatanamiento*?

En las vísperas de la partida, el diario madrileño *Abc*, normalmente incondicional del señor Fraga, lanzó en primera página, a todo trapo, que el presidente de la Xunta viajaba a Cuba para ofrecerle asilo político en Galicia a Fidel. Después de la conversación de las doce horas, un periodista, homónimo mío, le preguntó al presidente gallego si habían comentado algo del asunto, aunque fuera en clave de humor.

—Las chorradas no se comentan —dijo, contundente, don Manuel, bautizando, sin saberlo, un nuevo género periodístico: «Las chorradas del *Abc*».

La chorrada de la presunta gestión preparatoria del futuro exilio de Fidel acabó funcionando por el envés, de tal manera que en las

últimas horas, cuando la despedida se prolongaba en el aeropuerto José Martí, circulaba el chiste de que era don Manuel quien se quedaba para darle un nuevo impulso a la revolución. Fraga es un hombre de motor de explosión. Quizás por eso saludó tan efusivamente a Barreiros, cuando encontró al paisano en la fila de los ministros cubanos.

—No soy un hombre impulsivo —le había confesado don Manuel hace algún tiempo a otro homónimo mío, en una conversación con rodaballos y grelos. Soy, eso sí, un hombre motor.

Ni don Manuel queda ni Fidel se viene. Los dos son hombres de motor y tienen en alto concepto a la providencia.

Lo que sí es posible es que Fidel vote en las próximas elecciones autonómicas, como hijo que es de gallego. No es cierto que afirmase que votaría al Partido Popular. Tampoco dijo que votaría por el equivalente del Partido Comunista de Cuba, que, a decir verdad, no sé cuál sería en Galicia. A lo mejor viene siendo el PP. Tal como están las cosas, los dos son partidos conservadores.

—Antes de votar, tendré que leer los programas —dijo Fidel.

Le rieron la gracia, con cierto morbo. Al cabo, estamos en vísperas del congreso del PCC, «del partido», como dicen allí sin más adornos. ¿Para qué? Es lo único que hay: lo mejor y lo peor, el más revolucionario y el más conservador.

—¿Qué tienes tú en la cabeza? —me cuenta un mozo universitario que le dice su padre, que es *del partido*, cuando le expresa discrepancias con el régimen.

Manatí, Terra Cha, cha, cha, cha

El primer día de viaje, en el patio del palacio de los Capitanes Generales, en la parte más histórica de la ciudad, don Manuel fue solemnemente nombrado «habanero de honor». A partir de entonces, como si estuviese allí de toda la vida, ya no dejó su sombrero *yuyuei*, su tremendo juego de *guayaberas*, su expresión feliz delante del Son de Cuba y los ritmos sabrosones. «¡Quién tuviese veinte años!», se le oyó decir.

El secretario de Comunicación, Xesús Pérez Varela, tenía la intención de convencerlo de que por fin se pusiese traje y corbata para su comparecencia de balance ante la prensa internacional, en un encuentro periodístico que resultó ser de lo más animado y concurrido en mucho tiempo en La Habana. Pero aquella noche, rodeado de colaboradores encorbatados, allí estaba el habanero don Manuel, enguayaberado y fresco como una lechuga. Consiguió ganar la simpatía de los periodistas cubanos, callados como piedras, cuando

retrucó contundentemente a un corresponsal ruso que le preguntó si era seguro hacer inversiones económicas hoy en Cuba.

—Tan seguro por lo menos como en Moscú —dijo Fraga.

«Tocado y hundido», parecía decir el desconcertado ruso, como en los juegos de los submarinos.

«En el mundo están pasando cosas raras», había dicho otro día Fidel.

¿Cosas raras? ¡El mundo está al revés! Allí teníamos a un presidente *conservador* aplaudido por cubanos *revolucionarios* por darle en los morros a un ruso *democrático*. ¡Caen vertiginosamente las viejas coordenadas en este fin de milenio y ay del gobernante que no sepa dar cabriolas!

Pero veamos ahora en la moviola a don Manuel con vistosa camisa estampada de peces y palmas reales.

Todo este viaje, tal como fue, es imposible interpretarlo al margen del factor humano. Y este viernes, 27, es el día grande en la fiesta del patrón. Va camino de Manatí.

Volamos hasta Las Tunas en un bimotor Antonov 26 que nada más despegar comenzó a echar humo por el techo. Nos explicaron que era por la diferencia de temperaturas, pero yo me agarré en silencio a mi diente de ajo. En el aeropuerto provincial, a seiscientos kilómetros de La Habana, don Manuel asistió cautivado al recibimiento musical que le ofrecieron los morenos del Septeto Barricada.

Si usted visita este pueblo
Venga preparado ya
Sus mujeres son tan lindas
Que aquí usted se quedará

Para llegar a Manatí, esa Cuba profunda, hay que ir una hora más por carreteras y pistas. Es una Terra Cha. Terra Cha-Manatí, con cañamaíz, bananomanzanos, palmerasroble y papatatas. Una Terra Cha con mirlos blancos y vacas caribeñas. Con rumbamuiñeira, con chachachá de chascarrachás.

El himno gallego se interpretó por vez primera en el Centro Gallego de La Habana. Escucharlo allí en Manatí, bajo el sol tropical, entre guajirolabregos y niños negros de paño colorado, ponía el corazón a cien. En la plaza sobresalía una leyenda de José Martí alabando a los seres humanos que construyen mundos. Creo que Castelao y Martí, eso pensaba allí, estaban hechos con el mismo noble barro de los librefundadores.

Guajirolabregos

Aún quedan gallegos en Manatí. *Guajirolabregos* como los Abeleira, que vinieron de Bergantiños. Jesús Abeleira Amor tiene noventa años y está rodeado por hijos y nietos gallego-cubanos. Tiene algo especial esta gente que enraizó en Cuba. Beben *guarapo*, el zumo de caña de azúcar. Es la suya una morriña alegre. Una saudade dulce como guarapo.

Guarapo era lo que vendía el padre de don Manuel en su quiosco de Manatí. Tenía por clientes a los guajirolabregos y a los trabajadores de la Central de Azúcar. Ahora, en el patio de la factoría, de nuevo nombre Argelia Libre, los proletarios escuchan al presidente del país de los gallegos, al hijo del emigrante que vino de La Regueira.

—Que Dios reparta suerte, señores —les dice a modo de despedida.

Dios, por de pronto, manda lluvia. Manatí. Terra Cha.

La universalización de la *queimada*

En un duro comentario por mor de este viaje, titulado algo así como «Culebrón en La Habana», a don Manuel le recordaron en el *Herald Tribune* su pasado al servicio de la dictadura franquista. Hoy por hoy, estas referencias al pasado no parece que afecten mucho al señor Fraga. A lo hecho, pecho, es una de sus divisas. El difunto, dicho sea de paso, fue uno de los mejor parados en este viaje. Hasta Fidel le hizo un homenaje verbal póstumo por su trato a Cuba. Por otra parte, Fraga siempre puede decir que por las mismas fechas el británico Major fue a la China comunista sin que nadie se escandalizara, que hay mucho hipócrita mundo adelante. Sucede que Galicia todavía no es una gran potencia. Pero todo se andará.

El primer paso fue la *queimada* en La Habana.

Nunca tanto se había hablado de Galicia en *la aldea global* y con tanto lucimiento masmediático. En la televisión de todo el planeta los pequeños sólo podemos salir hoy en día por causa de una gran tragedia. Por suerte, nuestra producción dramática no cuenta con terremotos, ni erupciones volcánicas ni episodios bélicos, lo que limita nuestras posibilidades para un *flash* planetario. Desgracias las hay, y duelen bien adentro, como las marinas de estos días, pero me refiero a las que hacen sonar los satélites.

En este lanzamiento sin dolor hay que darle, pues, el mérito a quien lo tiene. No pretendo frivolizar sobre otros aspectos del viaje, pero lo que está claro es que se logró plenamente el objetivo de universalizar la *queimada*, esa feliz reinvención de Castroviejo, y de internacionalizar el pulpo, esa criatura marina con *look* futurista.

Dos presidentes son dos presidentes. Dos presidentes alrededor del fuego mágico de la *queimada* son un acto de Shakespeare recreado por

don Álvaro Cunqueiro.

Ardía en las Antillas el viejo licor del Antiguo Reino con llamas blanquiazules jaspeadas de rosaazúcar y verdelimón y el ojo de las cámaras electrónicas no podía resistir el magnetismo del elemento original, la llamada del fuego primigenio. La televisión tiene sus propias leyes. Aquel encuentro podía haber sido igualmente interesante desde el punto de vista informativo, pero fue la *queimada*, una simple cazuela de barro con aguardiente, lo que le dio chispa, lo que hizo de él un sorprendente espectáculo televisivo que llegó a Manhattan y a Taiwan, a Melbourne y a Betanzos.

Después de esto, no debe haber mandatario que no esté picado por la curiosidad, que no sienta la llamada hechicera de la *queimada*. Ya veo a don Manuel en las capitales del mundo, oficiando de druida con el cazo de la izquierda en la férrea mano derecha, y con una estela de *meigas* y de espíritus en la cola del incierto avión que conduce al siglo XXI.

El golpe del pulpo

Lo del pulpo (*polbo*) también fue un golpe revolucionario frente a las perifollos *demodés* del viejo orden diplomático y frente a la estética planificada del nuevo orden internacional, alimentado de *Fish and chips, Take away, McPollos* y demás chapuzada sintética. No fue don Manuel de balde a Cuba. En el equipaje, media tonelada de cefalópodos. Y consiguió que desde el primer día Fidel, y por rebote todos los servicios de espionaje del mundo, anduvieran preguntándose intrigados qué carajo era aquello de pulpo *á feira*. En esta atmósfera todo resultaba legendario. Argimiro Marnotes, el de la Feria del Pulpo de Carballiño, parecía Marco Polo en La Habana. Y Camilo, el *chef* pulpero, tenía una aureola de cocinero del capitán Nemo en el *Nautilus*.

El señor Castro se quejaba con ironía de que a poco le había llegado el yantar que le había ofrecido Felipe González, en un fugaz paso por Madrid, del aeropuerto a La Bodeguilla.

—No se preocupe, que en Galicia comerá usted bien —le dijo rotundo el señor Fraga—. Dios mediante, el mandatario cubano visitará la tierra de su padre en 1992.

Gustó el pulpo a la feria a los cubanos. En la romería de La Tropical, los nietos de los gallegos, como Jorge Daniel y Manuel Torres, picaron el pulpo en compañía de su abuela Sara. «Ella siempre nos habla de los manzanos de su aldea, pero no sabíamos que había estos animales», decían con mestiza sonrisa.

A los gallegos que lo probaron también les gustó el *tamal* de Manatí,

tierno maíz molido y cocido con sofrito.

Comedores de pulpo. Comedores de tamal. A la sombra de los robles. A la sombra de los mamoncillos. La Galicia caribeña. El caribe gallego. Buena gente.

¡Gallegos del mundo, uníos!

Al pie del capitolio, con una sonrisa pícara de viejo gallego fetén, me encuentro con Alfonso Pazos Piñeiro, que resulta ser de A Estrada (Pontevedra) y se jubiló en el campo santo de Cristóbal Colón, el «inmenso cementerio de La Habana» que cantó Rosalía. Se jubiló de vivo, Alfonso está muy rufo aún, delante de mí, y me cuenta que es muy playero y gusta del agua cálida por la cintura y en la mano un vasito de ron.

—¿Y cómo fue eso de enterrador?

Pazos me explica que él no era propiamente enterrador, sino que cuidaba las flores. «Llegué a La Habana en el último viaje del *Marqués de Comillas*, así que fui yo quien rompió el barco, je, je. Tenía dieciocho años. Allí, en el mismo puerto, apareció un tío mío con un caldero y una escoba y, sin darle más vueltas, me mandó directamente para el cementerio. Y ya no salí de ahí, je, je, cuidando las flores de los muertos, del gladiolo, dalia, estrañarosa, que es una rosa que dura mucho, boca de león, azucena, en fin, se me daba bien y aún ando algo en eso, que me repescaron las sociedades gallegas para atender a los panteones».

Eso de no salir del camposanto es un broma más de Pazos, porque lo que se dice salir, salió, para casarse con una *criolla* muy guapota que se llama Caridad Heredia, de Camagüey, con la que lleva una vida muy feliz. «El gallego tiene mucha aceptación entre las mujeres porque trabaja, trabaja y resuelve, je, je».

—¿Se nota en algo el entierro de un gallego?

—Va más gente. El difunto gallego va más acompañado.

Los panteones de las sociedades gallegas en el inmenso cementerio de La Habana son ciertamente impresionantes. Allí están todas las comarcas trasatlánticas, con los osarios de los antepasados como naves varadas en los soñados paraísos de las islas del Oeste. Hay una tumba de un perro al lado de la de su dueña. Uno de los paisanos pide que le hagamos una foto junto a la tumba de Kid Chocolate, un legendario boxeador. Localizo a un gallego con boina del país.

—¿Cuántos años tiene?

—¿Quién?, ¿yo?

—No, la boina.

—¡Ah! ¡Me la trajeron hace dos años! ¡Nuevecita, ya tú ves!

—¿Y no le da mucho calor?
—¡Qué va! Se aclimata bien.

El centro gallego

Son los panteones propiedad genuina de los gallegos y se conservan muy lucidos. También era propiedad el Centro Gallego, uno de los edificios más hermosos de La Habana vieja, pero lo expropiaron y hoy es sede del Ballet Nacional de Cuba, que tampoco está mal. Los emigrantes lo quieren recuperar, y hacen muy bien. A lo mejor hay sitio para todos. Por de pronto, la genial bailarina y directora del Ballet, Alicia Alonso, fue homenajeada en Cuba por la Asociación de Profesores de Danza de Galicia. Ramón, el enviado por esta entidad, espera que se estreche esta colaboración artística en el futuro.

En la actualidad, los gallegos hacen uso en el antiguo centro de una sala amueblada con venerables vitrinas donde cada uno guarda con llave sus libros fundacionales, talmente como los judíos el Talmud. Allí entre abrazos conmovedores, siente uno la llamada romántica de la buena nación, sumergida por el infortunio.

Uno de los que guarda la Llave del Recuerdo es Xosé García Antón, de setenta y tres años, que estuvo de niño en Galicia de los dos a los siete años y ya no perdió la lengua. Colaborador de Xosé Neira Vilas, nuestro gran escritor gallego-cubano, Antón es quizás el mejor conocedor de la historia de las sociedades emigrantes. Desde Cuba, fue activo en el apoyo a la República dentro de un grupo que apodaban «Os roxiños» (Los rojillos). Me habla maravillas de la escuela Concepción Arenal, del Centro Gallego, donde se alfabetizaron y formaron por lo menos tres generaciones de gallegos, y algunos de ellos llegaron a tener gran predicamento universitario.

Antón me da un gran abrazo de despedida, quizás influido porque Luis González Tosar —este gran poeta, autor de *A caneiro cheo*, fue el auténtico y desconocido *meigo* organizador del viaje de la Xunta a Cuba— le dijo en broma que el periodista era un hermano masón enviado en secreto desde Galicia. Él, Antón, lo es, de una logia llamada la Logia de los Gallegos.

En un rincón del Centro Gallego está posiblemente la placa más hermosa de la galleguidad. Dice simplemente: «En honor de Antonio Abad Fernández, honrado obrero, hijo de Galicia». Una descendiente de gallegos, Maruxa Calvo, guarda también algunas joyas con la Llave del Recuerdo (Chave da Lembranza). Una de ellas tiene forma de balada. «Dos amores la vida me hace guardar: La Patria que yo adoro y mi hogar, la familia y la tierra donde nací».

Se la cantaba su padre de niña, mirando hacia el mar.

CAPÍTULO V

El gaiteiro solitario

«La historia es una sucesión de hechos que jamás deberían haber sucedido».

Stanislav J. Lec, *Pensamientos despeinados*

Selección de artículos de una serie publicada con ese título en el semanario *A Nosa Terra*, entre el 25 de abril y el 28 de diciembre de 1996. La única excepción es «Un gaiteiro libertario», aparecido en *La Voz de Galicia.*

Un gaiteiro libertario

Estoy deseando que llegue el día 5 para ir de papanatas tras los trescientos gaiteros que van a poner la alborada de fondo a la toma de posesión de un nuevo presidente de la Xunta. Como se tercie, donde haya un pasacalles bien montado, allá voy yo, rememorando los tiempos de la sagrada infancia cuando íbamos recogiendo las varitas de los cohetes pirotécnicos y admirando el señorío de los gaiteros y músicos, que tienen el don de elevar el espíritu como dioses tribales.

Pero, ya puestos, no sé por qué el día ese no se monta una romería con todas las de la ley. Sería un cuadro escénico de magnitud histórica, un tópico lienzo donde reconocerse para bien y para mal. La parte vieja de Santiago, con su sinfonía de piedra, se presta como un decorado ideal, auténtico, precinematográfico.

Allí donde haya gaiteros que haya también *pulpeiras* de esas que saben dorar el pulpo con tres inmersiones bíblicas, que haya también mesas generosas de pino blanqueado por fregadas seculares con bordones y elipses de tinto del país. Y que haya vendedoras de rosquillas. Y puestos de tiro al blanco con balines que agujerean las cintas de colores de donde pende un caramelo. Y ciegos cantores, de esos que no pillaron el *boom* financiero de la ONCE… Y muchedumbre

de mendigos y cojos, pidiendo limosna en las aceras. Y bazares ambulantes con gorros de fieltro, chaquetas de pana de antes del felipismo y chaleco de corte inglés labriego. Y que no falten tampoco los vendedores de peines, carteras, navajas de Taramundi y, dispensando, condones. Porque así era la estampa y si no que se lo pregunten a Antón Fraguas o a Filgueira Valverde, que yo no quiero ser tan tendencioso.

Pero va a ser difícil una tal romería, ya no sólo porque los tiempos son otros y el jolgorio mudó, siendo necesario en el reparto negros caboverdianos con su mercancía de Taiwan, marroquíes con alfombras y algún que otro camello autóctono con chocolate de tilín. Va a ser difícil porque el modelo es otro. Una romería gallega es un microuniverso, hecho a escala humana. Un cuarteto de gaiteros basta para llenar de trinos una fiesta así. Lo de los trescientos o más gaiteros cuadra mejor con el macroespectáculo, con los grandes fastos prusianos o de la dinastía Ming. Trescientos gaiteros son un batallón de gaiteros. No habrá, pues, romería en el sentido genuino. Será, no lo dudo, un gran *show*. Pero si yo supiese tocar la gaita interpretaría ese día un himno libertario y solidario en la cima del Pico Sacro.

En Galicia hay gallegos

En el debate de investidura, José María Aznar respondió a Francisco Rodríguez que sólo podía estar de acuerdo con él en una cosa: «En Galicia hay gallegos». El señor Aznar lo soltó como una ironía inocente, como una pavada pícara, sin darse cuenta de la magnitud de esa sentencia. Él, claro, está viviendo una metempsicosis histórica, la jubilosa experiencia de la trasmigración de las almas, y le parece que esto de afirmar que en Galicia hay gallegos es, como diría el latinista Caneda, *pataca minuta*.

Tuvieron que pasar millones de años desde que el hombre comenzó a mirar a los otros simios por encima del hombro para que Ortega y Gasset se enfrentara al espejo y respondiese a la cuestión esencial: ¿Quién soy yo? El axioma felizmente formulado por el señor Aznar tiene la conclusión sencilla y deslumbrante de los grandes acontecimientos. Equivale, en nuestra escala, al giro de Copérnico, a la manzana de Newton o a la penicilina de Fleming. Los gallegos llevamos siglos a la búsqueda del antídoto a nuestro *mal de aire*, al maleficio que nos tiene cojitrancos y cabizbajos, y el sortilegio no salía. Para obtener la milagrosa respuesta había que encontrar la llave, la pregunta fundacional. Hasta el 3 de mayo de 1996 no se sabía muy bien lo que había en Galicia. Todos éramos unos *hamletos*. Los precursores, las Irmandades, la Generación Nós y Pepiño el de

Redondela le echaron mucho amor y valor a la causa de la redención gallega, pero olvidaron comenzar por el principio. Olvidaron la pregunta originaria, el *aleph* borgiano, la *epifanía* joyciana, el *McGuffin* de las intrigas de Hitchcock.

En la mente transmigradora del señor Aznar, con esa lucidez que da el asumir de un día para otro que el yin era el yang y el derecho era el revés, apareció el enigma al mismo tiempo que la clave. «En Galicia hay gallegos». Yo, que escuchaba por la radio, quedé impresionado. Ahora sí, pensé, ahora sucederá el milagro. Sabiendo que los que vivimos en Galicia somos gallegos, todo será más fácil. Puede darse el caso incluso de que Galicia pacte consigo misma. Me asomo a la ventana y grito hacia la calle: «¡Eh, gallegos!». La gente me devuelve el saludo con una sonrisa. Se abrazan emocionados, se reconocen los unos a los otros. Un hermano le dice al otro: «¿Así que tú también eres gallego? ¡Que callado lo tenías, coño! ¡Choca esos cinco!».

Sí señor, en Galicia hay gallegos. La sutileza, la revolución conceptual que supone esa frase, no fue captada debidamente por los cronistas parlamentarios, que no distinguen un Arniches de un Shakespeare. Al señor Aznar sólo le faltó añadir: «The rest is silence».

La *muiñeira* de Aznar

Al principio de los tiempos, José María Aznar acudió al Monte Faro con el aspecto encogido y perplejo de un convidado romano en la aldea gala de Astérix y Obélix. La romería era algo así como un pequeño Medulio, la Numancia galaica, y el PP presentaba la garbosa cara de un Partido Popular de Galicia que andaba a su aire. Xosé Cuiña, con la soltura del «delfín», se aventuraba como un valeroso *espalda mojada* del Tex Mex por la mismísima frontera de la autodeterminación.

Eran tiempos divertidos, con mucha sal y pimentón en el pulpo. El convidado José Mari notaba el sabor picante en el paladar, la sustancia de un encebollado *melting pot* en la empanada, pero mantenía un gesto agradecido. Era él quien admiraba aquel gran acto político-gastronómico en el que se idolatraba a don Manuel como a un indiano que retorna triunfante. Galicia era un hórreo de cien pies, colmado de grano. Una reserva nutricia de votos conservadores. Él observaba y callaba mientras Astérix y Obélix daban buena cuenta del jabalí.

Ahora Aznar vuelve al Monte Faro por un sendero alfombrado. La aldea gala es un poblado manso. La poción del mago, que en teoría daba fuerza a los bravos, no tenía secreto. Era un simple caldo de gallina. Y el pretor romano come con desenvoltura los rabitos del

pulpo con pimentón dulce. Moja el pan en el aceite y no deja nada en el plato, ni siquiera esa simbólica sobra a la que llamamos «la vergüenza del gallego». En cuanto a la empanada, y como buen romano, descubrió que es una variante de la *pizza*.

Ya no mira con envidia el hórreo de los cien pies. Ese grano es suyo y también los jamones que estaban a curar. Él administra las rentas y los Astérix y Obélix de antaño son simples aforados. El idolatrado indiano tiene ánimos para citar a Tito Livio y contempla en el fondo del vaso de ribeiro un poso de soberanía, aquella que le permite sucederse a sí mismo. En cuanto a Cuiña, ya no se sabe si es delfín o sardina en lata. En todo caso, se apartó de la frontera con la espalda arañada por los alambres.

Éste es un pueblo que aprecia mucho los actos simbólicos. Y hace bien. Sin el esteticismo de lo simbólico, la vida es un plato insípido. La gente de Monte Faro, lo que allí había de base popular, no era exigente. Era la Galicia blanda que cuando el himno habla de «ignorantes, crueles y duros» prefiere pensar que se refiere a unos tipos de Burundi que andan pegando a los niños. No estaban allí para reclamar justicia histórica, ni siquiera una manzana de postre. Lo que querían era un símbolo. Un detalle. Una carantoña. Un arrullo. Unos pasos de baile: ¡Una *muiñeira*, José Mari!

Pero Aznar es un político frío y serio. Un castellano que sólo levanta el pie para ponerlo en el estribo del caballo. Desde aquella altura del Monte miró para la infantería gallega y dijo que ahora el ritmo de la danza lo marcaba él.

Tacón-punta-tacón.

La negra sombra

Éste puede ser el Año de la Negra Sombra. Es decir, un buen año. Por de pronto, ya fue el año de *Deus sentado nun sillón azul*, la novela de Carlos Casares que es como un *Sostiene Pereira*, pero en largometraje. El año de *Poemas de amor e enfermidade* de Lois Pereiro, que es el gran poeta de este tiempo, el hombre que juega una partida con Mors, la de la Guadaña, y le dice en verso: *¡Fuck off!* El año de la *Unión Bravú*, esa vigorosa cosecha de gritos futuristas que me confirma en la idea de que le prestan más al porvenir gallego Os Rastreros y Os Impresentables que los excelentísimos y los ilustrísimos. Y éste va a ser también el año en que Luz Casal cante el *Negra sombra* de Rosalía de Castro.

Ha sido una idea genial de Carlos Núñez, que además de tocar la gaita como un Dios en el viento, lleva en el fuelle una fábrica de sueños. Con la guitarra de Rye Cooder, el de la banda musical de

Paris, Texas, y flauta de Carlos, la de Luz Casal es una versión que estremece, una de esas raras y hermosas turbaciones que echan raíces en el territorio del no olvido. El disco de Carlos Núñez, que es toda una hermandad de las estrellas, tiene más sorpresas. Como The Chieftains y Dulce Pontes. Algo memorable. Para dar la vuelta al mundo. Ya les contarán. Yo sólo soy un espía conmovido que no podía callar este secreto de la bella Negra Sombra.

Una de las cosas más curiosas en el discurso liliputiense sobre Galicia es esa obsesión paranoica por enterrar todos los días a Rosalía de Castro. Hay veces en que vas a mirar las páginas de opinión y encuentras una de esas esquelas pidiendo el segundo o tercer entierro de Rosalía. Preguntas en una rueda de prensa por los plazos de finalización de las autovías y el interpelado te mira de perfil, como quien va a escupir un hueso de aceituna: «No hay que llorar. Ya va siendo hora de superar la Galicia de Rosalía»… La entierran con mucho respeto, eso sí. Doña Galicia, cuando se llamaba Rosalía, era muy buena persona, muy buena madre, muy *sentidiña*, que nos calentó la *casiña* con el *caloriño* de la suya, pero, seamos prácticos, las cosas como son, era una llorona y hay que superarlo.

Frente a esa Galicia rosaliana, ese mito matricial para consuelo de pobres llorones, la bien pagada oficina de Pompas Vivas, presenta el contraste de Galicia que va hacia el siglo XXI a toda leche, una legión de tipos radiantes y a caballo de 4 x 4, dejando la huella del caucho en las cenizas de la Galicia romántica, ilusa y sentimental. La Galicia pragmática, la de los hechos, la de las letras (bancarias) se contrapone en esa falacia a la Galicia rosaliana que no va a los entierros de Rosalía y que no nos deja despegar como es debido. Curiosamente, para esta gente tan preocupada por el progreso de Galicia, las empresas culturales propias tienen menos valor, con perdón, que un viento del flamante marqués de Iria Flavia.

En realidad, no nos dicen adónde vamos. No lo saben, claro. Nos dicen solamente de dónde hay que huir. Y huyen, sin saberlo, de su sombra.

¿Por qué triunfa *Luar*?

Ni el fútbol ni Sharon Stone pueden con Esto. ¿Qué es Esto? ¡Es *Luar*! Todos los viernes, en la noche más competida de la televisión, *Luar* alcanza el mayor índice de audiencia, se impone a la potente imaginería de las otras cadenas, emerge en la pantalla como una nave gallega de corso rodeada por armadas imperiales. Vamos a ver, ¿por qué triunfa *Luar*?, ¿qué tiene este programa de variedades lanzado al aire desde el escenario de una discoteca de estética de boda en Miami

de Compostela?, ¿por qué engancha de tal manera a abuelos y nietos, a aldeas y buhardillas urbanas, a un bar de formica del Agra do Orzán coruñesa y a la taberna de barriles centenarios de Chandrexa de Queixa? Desde el Caurel a Santa Mariña de A Costa da Morte todas son tierras liberadas para ver *Luar*.

Yo soy de los que no me pierdo *Luar*. Sobre todo, no me pierdo la canción de despedida. No me perdía antes lo de «Vai o gato metido nun saco», que mis hijos cantaban como «Vai Gayoso (el presentador) metido nun saco», ni me pierdo ahora el «Apaga o candil, Marica chus, chus». Cuando llega la hora, en la noche tan plena de compromisos del viernes, siento en los adentros como una llamada de móvil, una radiofonía interior que me avisa de que el satélite *Luar* está a punto de emitir la canción de despedida. Y entonces dejo a quien sea, a invitados o anfitriones, nativos o foráneos, y voy hacia la pantalla con la alegría del niño que va a sintonizar un *megadrive* sentimental, con la alegría del adulto que va a poner el *pick up* de la nostalgia, con la curiosidad del mozo que se marca el casete *bravú*.

Lo de *Luar* es una llamada tribal. Ya podemos estar hablando de *La trilogía de Nueva York* de Paul Auster o de las cuatrocientas novias de Fraga, ese león, a mí me da igual, dejo a los tertulianos, y voy hacia la pantalla como un alfiler hacia un imán y pongo *Luar*. En principio, analizado con frialdad semiótica, no tiene nada especial. Es una sucesión de actuaciones variopintas, lo que en las verbenas llaman *popurrí*. Un poco de aquí y un poco de allá, arropado por un público que tiene ganas de farra después de bajar de un autobús fletado por la asociación de amas de casa y que tiran flores como quien tira puñados de arroz en una boda.

Pero eso es sólo apariencia. *Luar* es lo que los norteamericanos más idealistas llaman *melting pot*, una mezcla integradora, la alta y la baja cultura, lo viejo y lo nuevo, lo *on* y lo *off*, Galicia como una romería en la que todo acaece bien, incluso el vino peleón. *Luar* es nuestra gaita pero también nuestro mariachi, nuestra copla, nuestro punki del pueblo, nuestros tres soles de Paraguay, guay, nuestra Asturias patria querida, nuestro Portugal nación hermana, y no llores por mí Argentina.

Unos critican *Luar* por folclórico y otros «por traer mucho de afuera». Andan en las berzas y no ven la huerta. Paquita Rico o Georgie Dann o Estefanía de Mónaco o Tina Turner o Azúcar Moreno, desde que pasan por *Luar*, están nacionalizadas. No nos colonizan. Al contrario. Son ellos los que pasan a formar parte del gallego *melting pot*, o sea, metidos en el pote. Y ahora me voy que hoy es viernes y ya siento en el palco catódico la llamada irresistible de *Luar*, la Verbena Global. *¡Apaga o candil, Marica chus chus! ¡Apaga o candil, que ten moita lus!* Tiene mucha luz, mucha claridá. ¡Apaga el candil, Marica

chas chas!

Método para conocer Galicia

Ahora que se multiplican las ofertas de viajes, yo no sé lo que escoger. El año pasado por estas fechas me dirigí a la agencia Otero Pedrayo, pagué un billete en la aeronave *Os camiños da vida*, e hice un viaje inolvidable por el tiempo y el espacio. Todo muy económico y maravilloso. Tengo otra agencia de confianza que nunca me falla, la Compañía Álvaro Cunqueiro. Ofrece unos vuelos *charter* que ni Halcón Viajes. Y unos programas alternativos, tipo *Tesouros novos e vellos*, que ya quisieran los de Port Aventura. A precio de bicoca, con asiento asegurado en ventanilla, y parada con siesta de primera clase debajo de un roble que te toca *Para Elisa* mientras duermes. Incluye una vuelta al mundo de feria en feria y un masaje curandero con las siete hierbas de San Juan. Vuelves como del trinque.

Otra propuesta para conocer bien Galicia por su envés más hechizante es la de la agencia Hortas Vilanova Tours, de la que es accionista mayoritario el poeta Manuel María, con una abundancia de opciones recogidas en el *Andando a terra* (Ediciones ANT). *Trekking* literario. *Surfing* imaginativo. Parapente auténtico. Desde el robledal de San Xusto a Florencia y de Florencia a la Ribeira Sacra en una cabriola de sofá y libro.

Yo no sé cómo la gente se complica tanto la vida a la hora de viajar. Te sientas en casa, al fresquito de los libros y pronto te sientes un comandante de *jetgaviota* tomando pista en la playa de Traba de Laxe. Hablas por la megafonía y anuncias con voz de vocalista de verbena: «Amigos viajeros, primero vamos a Carcasona y luego a los Caneiros de Betanzos, con paradita en Cuba y en el Ribeiro».

Hay un dato para la meditación en lo relativo a los mejores pasajeros que dio Galicia. Ni Otero Pedrayo ni Álvaro Cunqueiro tenían coche propio, como tampoco lo tiene Manuel María. He comentado muchas veces con Paco Martín la desgracia de tener coche e ir por la vida de volantista. Gentes como Novoneyra, Pepe de Cora y algún otro no conducen y por eso conocen tan bien Galicia y ven cosas que los demás no vemos. El carecer de coche, y renunciar al volante, tiene además la ventaja añadida de que puedes escoger quien te lleve. Allá van los pasajeros gozando en la ventana de ese filme de culto llamado Galicia. Y donde tú ves un tractor, ellos ven la comitiva de Merlín. Y cuando tú ves un ceda el paso, ellos contemplan una hermosa cruz de piedra, las espinas del Cristo también de piedra. Y mientras tú maniobras para esquivar una gallina, ellos van viendo el crepúsculo del Antiguo Reino en pancolor.

Ramón Otero Pedrayo fue capaz de escribir la magnífica *Guía de Galicia* porque viajaba siempre en el autobús Castromil. Y nosotros, con la miseria de tener coche propio, debemos contentarnos con leer lo que él vio o poner, de viaje, una de las grabaciones de este patriarca que rescató Alfonso Monxardín. Encendemos el radiocasete y, con la mirada puesta en el cambio de rasante, murmuramos con *saudade*: «Ándele, don Ramón, cuénteme un poco cómo es Galicia».

John Berger y el sendero de las luciérnagas

Las grandes autopistas son vías cerradas. Unen, pero también separan. De alguna forma, lo que hay entre el principio y el fin no existe. Su grandiosidad es heredada de las calzadas imperiales, concebidas para las mercadurías y los ejércitos. El más importante debate sobre las autopistas de la información, la nueva panacea futurista, tiene que ver con su trazado. ¿Acabarán siendo vías cerradas, calzadas imperiales, con desvíos muy selectivos y fuerte peaje? La tarea humana, literaria, es construir atajos.

En los márgenes de las autopistas del asfalto están los pequeños caminos, los atajos, las sendas, esa retícula humilde como tejido de esparto y que no figura en los mapas. Muchos transcurren bajo una bóveda de vegetación y nosotros a estos caminos hondos los llamamos *corredoiras.* Con el paso del tiempo y el desuso, quedan ocultos hasta que alguien los reanda. Son lo que Gaston Roupel, en su *Historia del campo francés*, llama *chemins de remembrement*, los caminos de la memoria. Bruce Chatwin habla de los *trazos de la canción*, de los caminos invisibles que los indígenas australianos veían en el desierto para sorpresa de los incrédulos ingenieros. Y hay otra hermosa definición. La de nuestro poeta Aquilino Iglesia Alvariño. En su *Oración do sapo*, allá en la oscuridad de la posguerra, le pedía a Dios «un sendero de luciérnagas».

La obra de John Berger puede contemplarse así, puede leerse de este modo, como un camino hondo, un camino del recuerdo y la memoria, un atajo que lleva a donde no puede llevar ninguna autopista, ninguna calzada imperial.

Su obra narrativa, desde la novela *G.* hasta la muy reciente *Hacia la boda*, pasando por la trilogía *De sus fatigas*, que incluye *Puerca tierra, Una vez en Europa* y *Lila y Flag*. Sus libros sobre arte, comenzando por el ya célebre *El sentido de la vista*. Sobre fotografía, como *Another way of telling*, con Jean Mohr. Sus poemas, de los que *Luzes de Galiza* publicó una pequeña antología en inglés y gallego hace tres años y que ahora Visor publica en castellano con el título *Páginas de la herida*. Sus textos teatrales, como *El último retrato de Goya*, escrito en

colaboración con Nella Bielski y también recientemente publicado. Sus guiones cinematográficos para Alain Tanner. Y esos artículos que envía de vez en cuando como gansos salvajes. En *Malos tiempos para la lírica*, Bertolt Brecht explicaba que en su interior se debatía el entusiasmo por el manzano en flor y el horror por los discursos de Hitler, pero sólo esto último le impulsaba a escribir. Ese dilema no existe en Berger. Escribe contra las viejas y las nuevas tiranías desde las ramas del manzano en flor.

Podríamos decir con toda intención que John Berger es un escritor de Galicia. Por ejemplo, *Puerca tierra* es el mejor libro que conozco sobre el mundo campesino gallego, aunque los protagonistas son alpinos de la Alta Saboya. Ninguno de nosotros debería perder ese inolvidable atajo, ese impresionante sendero de luciérnagas.

Mirada de mujer en la botella de vino

Nueva York y La Haya fueron escenario de la mayor exposición antológica del pintor holandés Johannes Vermeer. Se podían ver veintitrés de los alrededor de treinta cuadros que se supone que pintó este artista del siglo XVII. Obras todas ellas de pequeñas dimensiones, como las ventanas de los antiguos hogares de Delft. Se trata de una herencia reducida en número pero de una intensidad que hechiza cada vez más. Trabajos como *La encajera, La lechera, La calle* o *La chica de azul leyendo una carta* forman ya parte de un imaginario museo universal. Suelen representar estampas domésticas en las que predominan figuras femeninas que realizan labores, tocan música o leen y escriben cartas que se adivinan de amor, impregnando todo de una luz tan ensoñadora, tan verídica en su artificio, que nos hace pensar que el autor era dueño de una técnica secreta. En todo caso, es una luz fecundada, hecha con pigmentos del alma, pues es bien sabido que el alma tiene ventanas por donde se filtran amaneceres y crepúsculos.

El mundo de Vermeer es un mundo burgués, en el sentido originario, de presencia apacible, de bienestar, donde todo parece estar en su sitio. A primera vista, esas habitaciones son islas de paz y serenidad, libres de toda amenaza, hogares ideales de cálidos terciopelos donde el tiempo transcurre sin convulsiones, donde quien llame a la puerta sólo podrá ser la lechera o el cartero. No hay los lujos insultantes de una alcoba aristocrática pero tampoco hay necesidades ni angustias materiales. No obstante, hay un fondo inquietante en esa placidez, como si Jan Vermeer, con esa amabilidad extrema, sugiriese la posibilidad de todo lo contrario. El pan y la leche, la música, la carta de amor, esa obsesión en la soledad

femenina, son otras tantas ventanas al envés no retratado del mundo. Tanta naturalidad hoy nos resulta una maravillosa irrealidad. Es una pintura de la *saudade*, de lo que quiso ser y no fue. Y nada lo expresa mejor que la mirada de las mujeres de Vermeer. Esa mirada acogedora, amorosa, soñadora, y también, al cabo del tiempo, una mirada perpleja, nostálgica y triste.

La pintura de Vermeer no fue debidamente reconocida hasta el siglo pasado. Esos escasos cuadros son hoy, para su país natal, una gran industria. En La Haya nosotros conseguimos entradas haciéndonos sitio a las seis de la mañana en una hilera humana que parecía un anuncio multicolor de Benetton. Con el reclamo de Vermeer se vendía de todo. También botellas de vino *cabernet sauvignon* con sus cuadros de mujeres en la etiqueta. Les regalé alguna a los amigos gallegos de Bruselas. A mí el tinto me pone triste. Sobre todo cuando en la botella vacía queda la mirada de una mujer de Vermeer.

La amnistía gallega del caracol

Cualquiera que visite en estas fechas Galicia quedará impresionado ante la eclosión de un mundo feliz. Un mundo de fiesta y abundancia, un mundo de danza y vino, un mundo pantagruélico, de romerías carnales y gaitas a Wojtila.

La edición del lunes de los periódicos gallegos incluso parece dirigida por el comité de honra del gran banquete universal integrado por Rabelais, Picadillo y un tal señor Guinness. Deberían estar hechos estos periódicos del lunes no con papel sino con masa de orejas del carnaval y ser comestibles. A veces se me va la mano del pocillo del café y les echo a las páginas un poquito de azúcar o unas hojitas de perejil, de tan sabrosas como son.

Estas páginas ilustradas dan cuenta de la degustación colectiva de toneladas de almejas, cordero asado, percebes, callos, pescados, angulas, mejillones, empanada, ternera, pulpo, nécoras, calamares, pimientos y hasta minchas, auténtico proletariado de las rocas marinas. El país vibra en rodeos de caballos, festines, alegres hogueras, en un magno manduque de yantares y meriendas, sumido en una identidad digestiva, en un nacionalismo gustativo, en una afirmación del propio paladar. Acabo de leer dos páginas en el *Libération* francés sobre Galicia. El autor del reportaje escribe alucinado: «Cualquier lugar y cualquier momento es bueno para comer. ¡Extraordinario!». Dentro de un siglo, cuando las sardinas tengan el precio de un diamante, los terrícolas que revuelvan en las hemerotecas van a decir: «¡Caramba con los gallegos de 1996! ¡Vaya país de sibaritas!». Y no lo digo con segundas. Todo esto es una

venganza justiciera contra la memoria del hambre. Una rebelión contra el Imperio de la Cuaresma.

Decía Cunqueiro que lo primero que hace un gallego cuando encuentra un animal extraño es probar si es comestible. Así descubrió que el centollo, esa gran araña del mar, es un manjar exquisito, que causa espanto —lo he comprobado— en gentes de otras latitudes. Como descubrió que el percebe es la tapa que pincha Dios cuando se pone estupendo. En Corme cuentan la historia de un científico norteamericano que hizo la tesis doctoral sobre el percebe. En su libro se explica todo lo que hay que saber sobre tan curioso bicho. Pero el científico olvidó un detalle fundamental. ¡No sabía que era comestible! Así le va a la ciencia.

Lo que a mí me llama de verdad la atención no es lo que come el gallego sino lo que el gallego no come. Ya no hablo de las hormigas ni de los grillos, pero, ¿por qué los gallegos no comen las ranas? ¿Por qué el gallego no come la carne del caballo, tan apreciada en Francia? Y, sobre todo, ¿por qué el gallego no come el caracol, plato para otros exquisito? Galicia es un país con mucho caracol y, no obstante, el caracol es respetado como un animal sagrado. Desde que vi a los foráneos chuparse los dedos con una cazuela de caracoles, me pregunté por la razón de esta amnistía gallega al caracol. ¿Por qué comemos un erizo y no un caracol? ¿Qué extraño mecanismo actúa en nosotros? ¿Será un instinto atávico o futurista? ¿Un prejuicio o una sabia medida provisoria para hacer en el mañana empanadas de caracol?

A ver, que venga el *conselleiro* de Cultura y que nos lo explique. Desde luego, si yo fuera caracol andaría a verlas venir.

Un futuro de avestruces

Cerca del castillo de Vimianzo, en la Tierra de Soneira, acaban de instalar una granja de avestruces. Está situada en la ladera de un monte, medio oculta desde la carretera por una construcción y la infeliz coincidencia de una cerradísima curva. Por eso, la primera vez que la vi quedé seriamente preocupado, me froté los ojos, aceleré en la cuesta, y no se lo conté a nadie. Uno tiene que cuidar su reputación. Una cosa es reivindicar la imaginación para la literatura, el Antiguo Reino de los Sueños, y otra muy distinta es que se te aparezcan una docena de avestruces camino de la feria de Baio.

Pero no fue un espejismo ni un cruce de cables. La granja de avestruces existe. Lo comprobamos después, guiados ya por los niños. Allí están los avestruces con su cuello de avestruces, con sus zancos de avestruces y su aire despistado de avestruces.

Llevan sólo unos días pero están ahí como si fueran avestruces gallegos de toda la vida. Y lo que más me llama la atención es que la gente no parece impresionada por esa presencia exótica. Por ejemplo, sorprendió mucho más que la Xunta arreglara por fin la carretera de Baiñas, con aquellos baches que ya debían figurar en el catálogo del patrimonio histórico.

Pues sí, la gente mira a los avestruces con mucha naturalidad y hace comentarios muy positivos, exentos de todo asombro, y con mucho sentido práctico. Si viniera un equipo de National Geographic llegaría a la conclusión de que los avestruces encontraron por fin su hábitat, su reconocimiento, el orgullo de ser avestruces, y que en Galicia no tienen ninguna razón para huir a sesenta km/h ni para esconder la cabeza.

—¡Éstas sí que son gallinas! —comenta un paisano.

Le aventuro un gran futuro a la cría de avestruces en Galicia. Conocí gente con tanto espíritu emprendedor como ignorancia idiosincrásica que se dedicó a la cría de especies exóticas, como la chinchilla, o de especies escépticas, como el caracol. Los resultados fueron desastrosos.

—¿Y tú qué crías?

—Caracoles.

—Je, je. ¿Y qué tal? ¿Comen mucho pienso esos bichitos? ¿No se criarán mejor en la berza? Je, je.

Uno no puede presentarse en Galicia como criador de caracoles sin riesgo de perder toda consideración intelectual. Es como quien dice que es cazador de musarañas. Criar avestruces, eso sí que es serio.

—¿Has visto qué zancos? ¡Y qué huevos! ¡Criatura!

Un caracol es un caracol pero un avestruz es un avestruz. Lo de la cría del avestruz no es una moda pasajera. Es algo así como la culminación de nuestra *saudade* avícola. El avestruz no es exótico. Es nuestra gallina de cuello pelado que dio un estirón. El de Vimianzo es el primero de nuestros gallineros futuristas. Nuestro 2001 no será de la cibernética sino de los avestruces. Se colmará el país de granjas de gallinas gigantes. Y los niños nacerán con un huevo de avestruz debajo del brazo.

Un gallego delante de las ferreterías

A Pilar Pallarés

A mí los escaparates que más me gustan son los de las ferreterías, floristerías y ultramarinos. Por este orden y con matices. Por ejemplo, un ultramarinos con hojas de bacalao gana muchísimo estéticamente. Y también son hermosos, inquietantes y melancólicos los de las

pescaderías, pero el problema es que no resisten la comparación con una visita a los puestos de las *pescantinas* en los mercados. Por ejemplo, en A Coruña, y antes de ponerse a ver monumentos o a recorrer el paseo mediterráneo que hizo Vázquez por el Atlántico, yo recomendaría a los foráneos una gira por los puestos de las pescaderas de la plaza de Lugo.

Por supuesto, me gustan mucho los escaparates de lencería femenina. Pero, como casi todo el mundo, es algo que gozo de reojo por ese pudor tan católico que nos metieron dentro. En Grafton Street, la tradicional calle comercial dublinesa, hay una magnífica tienda de lencería íntima para mujeres con un escaparate de película. Prendas y sedas de todos los colores. Seguramente era el escaparate más tentador para la vista en toda la verde Erín. Pero nunca pillé a nadie allí parado. Yo gocé una vez de aquel pecado y me puse tan colorado como el demonio delante de las ligas de una corista. La gente lo disfruta de reojo y seguramente es así como hay que mirar las tiendas de lencería. A medio ver, mitad con el ojo, mitad con la imaginación.

Lo que me fascina realmente son las ferreterías. Todo lo que allí aparece tiene un valor añadido. Los objetos hechos son curiosos, pero ¿hay alguna cosa más curiosa que las cosas que sirven para hacer cosas? El mundo del consumo suele ser el mundo de las cosas hechas. Para usar y tirar. Por eso el muestrario de las ferreterías es un extraño y sugerente universo. Allí todo está por hacer. Tú miras las herramientas y las herramientas te miran a ti. Te están diciendo: ¡Venga, hombre! Compra ese esparavel de albañil, ¿o es que no eres capaz de alisar una pared? ¿Y qué me dices de esta sierra?, ¿no has soñado siempre con hacer la carpintería de tu vida, con olor mezclado a sudor y serrín? ¿Y el nivel?, ¿hay una herramienta más filosófica que el nivel, esa burbuja de aire que mide la moral de las cosas, su rectitud?

Sí, las ferreterías son fascinantes. Siempre tengo dudas a la hora de hacer un regalo. Otra vez el maldito pudor. Lo único que me gustaría regalar de verdad y que me regalasen son las herramientas. Ir junto a la amiga y decirle en el cumpleaños: «Aquí tienes, Leonor, un desatornillador, que no encontré la colonia L'Eau de Laponia».

¿Y qué pasa con las librerías?, preguntará alguien. Las librerías para mí son un problema. Igual que las farmacias. Me paro y siempre compro algo. Una caja de aspirinas. Un libro de Kafka.

El alba de gloria de André Malraux

El género del discurso no es fácil. Es un lugar común decir que los oradores de ahora no son como los de antes. Yo no viví la República

para oír a Azaña, de quien decían que era un fenómeno de la comunicación, ni a nuestro Suárez Picallo, de quien podemos leer con emoción sus discursos políticos en defensa de los derechos de Galicia en aquel parlamento republicano. Por lo que cuentan, los discursos de la anarquista Federica Montseny y de la comunista Dolores Ibárruri *Pasionaria* sonaban como aldabas en la conciencia de las gentes. Nada que ver con el estilo de licenciados en empresariales que tienen algunos sindicalistas de hoy.

En el otro mundo, quién pudiese escuchar, en vivo, a Otero Pedrayo, que era una rosa de los vientos en el hablar; y aún hoy, gracias al casete, lo vuelvo a oír de vez en cuando, embrujado cuando habla del paisaje del alma, y puedo encadenarlo con las palabras de Cunqueiro: «Todo hombre lleva en el corazón la nostalgia de una isla. Cuando llueve en esa isla, llueve también en nuestro corazón».

Y uno conoce, por lectura, el discurso aquel de Martin Luther King «Yo tuve un sueño…», y podemos imaginar aquel momento, con las palabras aleteando como mariposas de la noche en la lámpara de la historia.

Pero, en materia de discursos, tenía una cuenta pendiente. Los de André Malraux.

Lo conocíamos por esas novelas, *La condición humana y La esperanza*, tan atravesadas por las flechas de su tiempo, vibrantes de un compromiso de talante aventurero. Pero en varias ocasiones había oído decir de gente sabida que lo mejor de Malraux fueron sus discursos. Que merecía ser recordado aunque sólo fuese por uno de ellos, el que dedicó a Jean Moulin, el jefe de la resistencia francesa asesinado por la Gestapo.

Ahora, por fin, tengo delante de los ojos esa «oración fúnebre» aparecida con otras piezas solitarias en una hermosa edición de Mario Muchnik. Ciertamente, es algo especial, algo que remueve las entrañas, un inolvidable réquiem hablado. Los viejos cimientos de la mejor humanidad, desde el valor al amor, son convocados en esta pieza breve que tiene la densidad de una Biblia. Jean Moulin, «el jefe del pueblo de la noche», torturado hasta la muerte, resucita de las cenizas no por milagro de un dios sino por las palabras de un hombre de carne y hueso.

No estuve allí. Pero ahora, mientras llueve en la isla de mi corazón, asisto al traslado de las cenizas de Jean Moulin al Panteón y escucho la oración estremecedora de André Malraux. Tienen el sello de la honra y son fruto por igual de la melancolía y de la libertad. ¡Qué importante es para los vivos saber enterrar a los muertos! Escucho a André Malraux y, cuando dice Jean Moulin, pongo otros nombres, otras cenizas… En mi país, olvidadas para siempre.

La dama que nunca volvió

Acababa de representar *El rey Lear*. Ella misma, mujer, hacía de rey Lear, y estaba extenuada, tres horas diarias sobre el escenario, entregada en alma de tal manera que el personaje cargaba en sus hombros, tosía en su pecho y empañaba de lluvia antigua sus ojos.

En el río de la conversación, se transformó. No había que preguntar. Sólo escuchar el manantial de su voz y enredarse en los arabescos del humo de la memoria. De repente, allí estaba la niña coruñesa de la calle Panadeiras y de la casa de campo en Montrove. La niña a la que enseñaron el nombre de los huesos en un esqueleto de verdad. La niña que sabía que una hormiga madre puede ahogarse a propósito en una paso de agua para que las que vengan detrás tengan donde apoyar. La niña que encontró su propio nido en el vientre hueco de un castaño. La niña que salió al balcón con el padre héroe, a quien la multitud había llevado en volandas desde la estación del tren, y que le escuchó decir: «Dentro de poco, algunos me tirarán piedras».

Pero todo fue peor que la premonición del padre. La biblioteca, el principal sostén de aquella casa, su tesoro más querido, ardió en la hoguera fascista. Podía yo ver el recuerdo de aquellas llamas hirientes en los ojos de la mujer de la rue Asseline. Y los amigos del padre serían perseguidos hasta la muerte, la cárcel y el exilio. Julio de 1936, de un bofetón, haría adulta a la niña. La hija del ministro republicano se puso mandil blanco de enfermera y lo manchó de sangre curando las heridas de los milicianos. En medio de la guerra, conoció el amor. Un chaval anarquista.

La mujer de la rue Asseline es una ahora una muchacha del exilio. Pero no hay respiro. Los nazis invaden Francia y la sombra de la amenaza ronda otra vez a la familia, con el padre hundido y enfermo en el lecho. Ella encuentra una patria benéfica, curativa, que nunca le traicionará. Se sumergirá en la lengua francesa y parte de su fama vendrá del hechizo de su acento. Los críticos elogiaron la enigmática seducción de su ondulante forma de hablar. La mujer de la rue Asseline se echa a reír: «¡Aquel efecto tan especial era mi acento gallego!»

Cuando se encontró con Albert Camus, él era el Mediterráneo y ella el Atlántico. Y yo, escuchándola, tenía celos del viejo mar de Ulises. ¡Qué envidia hablar así de un amor! Dos mares que se abrazan, olas que se enroscan, por los callejones del Barrio Latino.

En el teatro francés era un mito. Pero ella subía siempre al escenario como si fuese el primer día, el primer papel, y se vaciaba y deshacía como si también fuese el último. Y así hizo, esta nuestra reina, con el rey Lear.

La mujer de la rue Asseline vivía en un bajo humilde y bohemio, con una televisión en blanco y negro que no tenía voz, y donde posó aquel día de mi visita las *Comedias bárbaras* de Valle-Inclán. Tenía también una pequeña casa de campo hacia Bretaña, donde cuidaba dos burros con los que hablaba de las cosas de la vida. Jamás quiso volver a Galicia. Le comenté que podía hacerlo de incógnito. «Como si fuese en burro», le dije en broma. Se rió. Se veía que llevaba años con la duda. Pero hizo bien en no volver. Su negativa a tantas invitaciones fue un acto de amor. María Casares no quería perder el país de sus sueños.

Luis Pita

Llueven piedras esta mañana de noviembre. Caen semillas en la espalda de babosa de este día. El hilo telefónico trae el rayo de luz, el canto del mirlo. Es una voz inconfundible. Curtida en la solitaria épica contra la enfermedad, reconstruida con el diapasón de la vida, es la voz de Luis Pita. La conversación calienta como un café de puchero. ¡Que lluevan piedras! Hoy es un hermoso día.

Recuerdo. Era yo un mocoso, pinche de periodista en la redacción del *Ideal Gallego*, en la calle Teresa Herrera de A Coruña. Subía el olor a plomo de los talleres. En aquel momento, como mineros en las cuevas del grisú, los linotipistas bebían leche. En el primer piso tecleaban al galope un grupo de comanches. El periódico pertenecía a la Editorial Católica, con cimientos muy reaccionarios, pero como Dios está en todas partes y tiene sentido del humor, en aquella redacción se izaba la bandera de la libertad y se hacía periodismo de verdad. La camada franquista de la ciudad pasaba las hojas del periódico como si fueran de ortiga y los especuladores, algunos de los mismos que hoy rematan la faena, se subían entonces por las paredes. Una noche, cuando aún vivía el Sacauntos, un grupo de los llamados Guerrilleros de Cristo Rey se había concentrado a las puertas del *Ideal Gallego*. Pedían la cabeza de Xosé Antonio Gaciño y Luis Pita. Querían, claro, la cabeza de los mejores.

Gaciño anda ahora por Andalucía, después de dejar en piezas dispersas las mejores crónicas de la transición y luchar a tecla partida por abrirse paso en el laberinto. La última apuesta de cabeza, y con los bolsillos vacíos, había sido el *Diario de Galicia*. Ni siquiera supimos decirle adiós. Marchó como llegó. Con su macuto, con su baúl de hijo de marinero de Porto do Son y con dos críos ahora ya mozos que llevan a Galicia en el iris de sus ojos.

Luis Pita se quedó, pero sólo a medias. Se quedó como un exiliado interior de pelo rojo que ahora se jubila para conversar tranquilo con

su perro y con los libros amigos, esos que nunca traicionan. En el tiempo del *Watergate*, cuando todos admirábamos de lejos las hazañas de Bob y Carl, Luis Pita hacía a escala coruñesa el papel de *The Washington Post*. La reconstrucción de la verdadera historia de la ciudad sólo se podrá hacer gracias a esas crónicas excepcionales. Recuerdo una de sus investigaciones como un capítulo delirante de un *thriller*. Un perro de raza loba, sacado a pasear por el amo, atacó con fiereza a un transeúnte en el recinto del puerto coruñés. El dueño huyó con el perro y dejó malherida y abandonada a la víctima. Que se supiera, y según fuentes policiales, no había testigos. Un hecho siniestro, pero se daba por zanjado. Pero Luis Pita oteó algo en la historia. Al cabo de unos días, salió el bombazo informativo. El dueño del perro, el hombre que se había dado a la fuga, resultó ser el jefe superior de policía. Y tuvo que dimitir.

Ellos no tenían necesidad de llamar al sastre ni al camión de la mudanza para adecuarse a la libertad. Representaban la libertad. Gaciño y Pita pagaron con la marginación su compromiso democrático e incluso su brillantez profesional, mientras los medios públicos de la autonomía y de la democracia servían de escandalosa cucaña. Fue una de esas tremendas paradojas en que derivó la transición. Pero esto no es una crónica de nostalgias. Su periodismo y su actitud vital son pan de futuro.

Bajo la lluvia de piedras, veo a Luis Pita sonreír con su gabardina existencialista que ya fue la de Bogart y Camus. ¡Qué alegría, qué alegría más grande!

La historia de la pequeña Nell

La declaración universal de los Derechos Humanos tiene, al menos, una falta. No figura el derecho a inventar. Álvaro Cunqueiro reclamaba para la imaginación humana ese derecho a soñar por libre. Inventar Bretaña o inventar un viento o una taberna debajo del mar. Bien pensado, todo es un invento. La misma naturaleza es reinventada mediante las palabras, los nombres de las cosas, por eso el Padre Sarmiento hablaba con atinado acierto del «hermoso romance de la toponimia gallega».

En la tradición hebrea se dice que Dios inventó al hombre para escucharle contar cuentos y, desde luego, el mejor juego de la humanidad es este camino de quita y pon, este castillo en el aire, esta eterna mutación entre la realidad y la ficción, en la que nunca sabemos muy bien qué es lo que es. De una vida intensa decimos que semeja una película o una novela, pero también de una buena película o novela decimos, como alabanza, que parecen trozos de vida. Y está

claro que hay personajes de ficción como Don Quijote o Hamlet, que son mucho más reales, convecinos de nuestra historia, que las celebridades con pedestal de estatua que aparecen en las enciclopedias.

Son muchos los habitantes de este mundo de la invención que alcanzan la condición de la realidad humana, pero para mí quizás el caso más conmovedor es el de la pequeña Nell.

En abril de 1840 Charles Dickens comenzó a publicar una novela por entregas, a capítulo por semana. Era ya un autor de éxito y el primer número de *El reloj de maese Humphrey*, así se llamaba en un principio, tuvo una tirada de setenta mil ejemplares. Pero luego el público fue perdiendo interés. Dickens no atinaba con la historia. Se perdían los hilos y se echaba de menos la fuerza emotiva de obras anteriores. Hasta que apareció la pequeña Nell. Dickens dejó a un lado los personajes iniciales fruto de una creación más cerebral y se concentró en la invención de aquella criatura que se le apareció como un ángel. Una niña tierna, dulce e inteligente que tenía que luchar contra la adversidad y la miseria.

La emoción con que Dickens dio vida a Nell llegó de tal manera a los lectores que se agotaban en horas las ediciones de lo que finalmente se titularía *La tienda de antigüedades*. Dickens escribía febrilmente y, avanzada la historia, los lectores presagiaron un final infeliz, trágico. El propio Dickens contó que no lo podía impedir, que cuando escribía la dura vida de Nell las manos se le llenaban de sangre. Y entonces comenzaron a llegar miles de cartas pidiendo que Dickens no dejase morir a la niña. Pero, al final, el destino estaba escrito. La pequeña Nell, aquella invención, tuvo que morir.

Tiempo después, durante un viaje por la Inglaterra *profunda*, Charles Dickens bajó de la diligencia en una pequeña aldea, aprovechando el cambio de caballos. En la plaza había una tumba. El escritor preguntó a quién pertenecía la sepultura y un paisano le informó: «Aquí está enterrada la pequeña Nell».

Que vengan los bereberes

En el *Diccionario de los pueblos del mundo: de los Abadja a los Zuwawa*, dirigido por Amiram Gonem (edición en castellano de Anaya & Mario Muchnik, 1996) se dice en la voz Gallegos: «La lengua y la cultura de 2,5 millones de gallegos, que viven en una región situada al Noroeste de España, están emparentadas con las de los portugueses. En la Edad Media, la ciudad de Santiago de Compostela, que supuestamente alberga los restos de Santiago, fue un importante centro de peregrinación europeo. Galicia permaneció como una región

infradesarrollada, subsistiendo de la pesca y de la agricultura. Mas de 1,5 millones de gallegos emigraron a las Américas, Europa y las regiones más ricas de España. La cultura gallega gozó de un renacimiento en el siglo XX y existe un creciente movimiento nacionalista con aspiraciones de mayor autonomía. Los gallegos obtuvieron recientemente un autogobierno regional en el marco de una descentralización de ámbito nacional en España».

Es una muy breve información, seguramente discutible en algunos aspectos. Tiene por lo menos un error contable. Rebaja la población de Galicia a 2,5 millones, cuando aún andamos cerca de tres millones. Pero ese error podemos mirarlo como una proyección de futuro. De seguir la actual tendencia demográfica, esa población, la de los 2,5 millones, será la que tenga Galicia en el año 2025. El índice de natalidad en Galicia es, sin exageración ninguna, el más bajo de Europa y probablemente del mundo.

Son complejas las causas de esta brutal caída demográfica y no me voy a poner ahora de gurú que para eso le pagan a los de la Consejería de Familia. Pero hay una primera lectura obvia: un pueblo que no cría niños es un pueblo desesperanzado. Y desadornado.

En el *Diccionario* aparece otro dato muy fundamental y que se aproxima a la realidad, posiblemente por lo bajo. Durante siglo y medio emigraron cientos de miles de jóvenes gallegos. La gente joven, con rebeldía vital y ansias de mejora, encontró sustento y, a veces, prosperidad por los caminos del mundo. Hubo quien los recibió con los brazos abiertos, quien los explotó y quien hizo chistes racistas a su cuenta: «¡Que vienen los gallegos patasucias!».

Como todas las familias gallegas, el presidente de la Xunta tiene ascendencia emigrante. Hay que reconocer que Manuel Fraga ha dado muestras sentimentales, y alguna práctica, como en Cuba, de que no es insensible a esa herencia. Por eso impresionan más algunas declaraciones destiladas en los últimos tiempos, con un tufo de lepenismo xenófobo.

Que vengan emigrantes, sean bereberes o senegaleses, es para mí un signo de esperanza. Si se quedan aquí es porque creen que los aguarda un futuro mejor, que es un país con recursos. Ellos, bereberes con alfombras al hombro o senegaleses con collares y *pins* de Bob Marley, son al tiempo nuestra memoria, los gallegos que acarrearon carbón en La Habana, y nuestra promesa, los rapaces que dejaron de nacer en las aldeas desalojadas por la desesperanza.

Bienvenidos, bereberes.

El (re)Generalísimo (re)Franco

En Chantada, el gobernante del Partido Popular acaba de restituir el nomenclátor franquista de la villa, después de dos meses de alivio. El dictador, y otros de su cuerda, le vuelven a dar nombre a las calles principales, veinte años después de las primeras elecciones democráticas, y con el nomenclátor corregido en buen parte de España, con la triste excepción de muchos ayuntamientos gallegos. ¡Qué aburrimiento!

De la breve nota de prensa, se deduce que algunos hosteleros protestaron por las complicaciones que, les suponía el cambio. Parece ser que incluso una compra por correo, uno de esos aparatos para rebajar panza que venden en la Teletienda, fue a parar al Pazo de Meirás en vez de a su destino en la calle local del reGeneralísimo reFranco. Y lo que aún es peor. Por mor del cambio de nombre de esa calle, hileras de clientes despistados no encontraron sus bares habituales y se perdieron por las largas avenidas bonaerenses, encontrándose ahora en paradero desconocido.

—Pues en Barcelona no hubo esos problemas —le dijo al alcalde un emigrante retornado que trabajaba de taxista en el aeropuerto del Prat.

—Sí, hombre, sí. Pero es que en Barcelona se conoce todo el mundo.

Hay quien dice que disculpas hay para todo y suelta el refrán: «¡Dios te perdone si encuentra por dónde!». Está claro que Franco era un mal bicho que desaparecerá por el sumidero de la historia. Quien quiera ponerle un altar con velas que lo haga en su casa, al lado del televisor y de la ristra de ajos, aunque sería mejor que pusiera un póster de Sharon Stone. No parece muy honorable ni muy estético que las calles de todos lleven el nombre de un dictador impuesto después de una guerra mucho más cruel que la que en este tiempo asola a la ex Yugoslavia o al África de los tutsis y de los hutus.

¿Por qué, entonces, muchos alcaldes y concejales gallegos, que lo son por un régimen democrático, persisten en mantener el nomenclátor y la simbología franquista? ¿Será por nostalgia o simpatía por lo que el franquismo representó? ¿Será por ignorancia o puro mal gusto? ¡Hombre, por favor! ¿Cómo puede haber gente tan mal pensada?

Según me explicaron altos mandatarios del Partido Popular en Galicia, se trata justamente de lo contrario. De una pedagogía democrática. De no perder la memoria de la ignominia. El caso de Chantada, por ejemplo. Se restituye el nomenclátor franquista porque la gente, pasados dos meses, ya no recordaba que había existido Franco.

—¿General Franco? —preguntaba el cartero.

—¡Ay, no lo sé! —respondía la gente por la calle—. Debe de ser en el extranjero.

Preocupados por esta súbita pérdida de memoria, conscientes de que un pueblo que olvida su historia está condenado a repetirla, el alcalde y los concejales del Partido Popular tomaron la dolorosa decisión de restituir los viejos nombres. Y ahora el cartero y todo el mundo ya sabe dónde está el General Franco. Donde siempre.

Sólo un tiro en Maputo

Aínda hoje aquele tiro continua ressoando em minha vida…

Hay muchos ensayos y tratados sobre los efectos venenosos y devastadores de los imperialismos europeos en África impuestos con las botas del racismo y del militarismo. Pero no he encontrado ningún texto que explique mejor todo eso que un breve relato del escritor mozambiqueño Mia Couto titulado *O día que fuzilaram o guarda-redes da minha equipa* (El día que fusilaron al portero de mi equipo), incluido en el libro *Cronicando*, publicado en la editorial Caminho en 1991.

Es una historia muy sencilla, que dura el tiempo en que se toma un café o se fuma un cigarro. Es un microrelato. Una piedra de toque. Una pequeña anécdota sucedida en un bar del arrabal de Maputo, alrededor de una mesa de *matraquinhos*, de los que nosotros llamamos futbolines (juego inventado, por cierto, por el anarquista gallego Alexandre Finisterre). Pues bien, en ese fragmento de aire, en esas tres hojas de papel, está contenida y relatada de manera magistral la parte más escalofriante y dramática de la historia del mundo. Quien quiera contar lo que es la xenofobia, la semilla diabólica del odio, sólo tiene que acudir a este sencillo relato en el que no hay doctrina.

Sólo hay un tiro. Un tiro en el que nadie muere. Sin sangre visible. Pero es un tiro tremendo, desolador, cuyo eco llega hasta nosotros, lectores, que nos deja sin habla, y continuará resonando para siempre en nuestras vidas.

Cuenta Mia Couto la historia de unos muchachos negros que van a ver las partidas de futbolín en el Bar Viriato. A esta taberna acuden también soldados del ejército colonial. Y se ponen a jugar en dos equipos, blancos portugueses contra negros mozambiqueños. Pierden los soldados y no pasa nada. Al principio, incluso se bromea. En jornadas siguientes continúan los desafíos y las partidas, con sucesivas derrotas de los militares. Un día apareció pintado de negro uno de los jugadores del futbolín. Tampoco pasó nada. Más risas. Pero al siguiente ya eran tres los jugadores negros y los soldados se fueron poniendo serios. Hasta que un día amanecieron negras todas las

figuritas del futbolín. Cuando ya los chavales mozambiqueños se disponían a comenzar una nueva partida contra sus contrincantes, uno de los soldados portugueses, encolerizado, cogió el arma, apuntó al portero enemigo, mudado de color la noche pasada, y disparó. La figurita estalló en añicos. Piernas, cabezas y brazos dispersos como miembros y vísceras de porcelana negra por el campo de batalla. Ése fue el disparo que mató al guardameta en el bar Viriato. El cuento de un futbolín. Un tratado de historia.

Un psicópata llamado Pessoa

Tengo delante de mí un libro que promete ser interesante pero que no sé si meterle el diente, como me sucede con los pimientos de punta afilada. Se trata de *O caso clínico de Fernando Pessoa*, del psiquiatra portugués Mario Saraiva. La nota informativa de la contraportada tiene un efecto paradójico. Por un lado, tira de mí, me invita a la lectura del texto, y por otro, me horroriza, me empuja a echar el libro al montón de cuentas pendientes. En el fondo, me estoy preguntando si el doctor Saraiva tuvo derecho a llevar a cabo esta búsqueda en el alma del difunto y si yo tengo derecho a leerla.

Lo que yo conozco hasta ahora de Fernando Pessoa, aparte de algunas anécdotas que corren de boca en boca llevadas por el viento, son sus poemas, la vida que él decidió escanciar en tinta de escribir. Como a tanta gente, a mí me gusta mucho Pessoa, especialmente uno de sus heterónimos, el *Señor Caeiro*. Creo que lo que tengo que saber de Pessoa esta ahí, en eso que él atinó a decir y en los silencios que deja entre los versos. En la buena poesía, cada palabra es una llave, pero también una cerradura. Nos descubre un secreto pero también sugiere otros, y lo que nos prende es esa mezcla de claridad y misterio, el espacio nebuloso donde se dibuja y desdibuja el ser humano. Todo esto, y mucho más, lo dijo Eduardo Pondal con un verso que equivale a un tratado filosófico: «O escuro enigma que eu son» (El oscuro enigma que yo soy). Al escribir, uno balbucea su enigma como un niño las primeras palabras. Y así se sostiene, con frágiles palabras de cristal, esa hermandad de huérfanos que es, en buena parte, la literatura.

Ahora resulta que el doctor Saraiva nos explica que los heterónimos de Fernando Pessoa surgen de «desdoblamientos individualizados de una dilatada y desbordante personalidad». Que el poeta padecía «distimia cíclica» y un montón de fobias: astrapefobia (a los relámpagos), manifobia (a la locura), y fobia social (a los demás). En conclusión, que era un «psicópata en grado profundo» con la obsesión de la escritura.

Después de leer esto, me quedo realmente preocupado. Desde luego no soy Pessoa, qué más quisiera, pero nadie está libre de que algún desocupado clave en ti el ojo clínico. En las horas de vanidad piensas que alguien hará una tesis magistral sobre tu obra. Vas de lado. Lo más probable es que aparezca un doctor Saraiva y haga a tu cuenta un opúsculo. «He aquí el poeta al que le faltaba un tornillo» o «Este tipo era más raro que un perro verde». Repaso mis fobias y me sale un alarmante relatorio de varios kilómetros. También tengo miedo a los relámpagos pero siempre pensé que eso que yo tenía era «miedo a los relámpagos». El descubrimiento de que mi miedo es una enfermedad llamada astrapefobia me pone la carne de gallina. La próxima vez que por estas tierras de Soneira estalle una tronada por los cojones voy a hacer yo un poema. Mejor le pido vez a Fidel Vidal, que es psiquiatra y amante de la poesía, y que me guardará el secreto. Y se acabó lo de decir en plan romántico que «escribo como un loco». Siempre habrá quien te lo tome al pie de la letra y luego, cuando hagan la revisión de la *Enciclopedia gallega*, lo más seguro es que aparezcas como «Distémico cíclico con sintomatológica alternancia de estados de ánimo. Un chalado más».

Y ahora voy a tomar «pescadillas de rabo en la boca» con vino blanco a la salud de Fernando Pessoa. Y pondré música popular de Coimbra. Fue lo que él hizo el día en que no ingresó en la clínica psiquiátrica de Cascais.

Jut bai, machiño, ata tomorrow

Como coruñés, entre Monte Alto y el monte de Castro de Elviña, la película de mi infancia está llena de barcos. Nuestra tierra costera, Bergantiños y As Mariñas, un país de bueyes y de vacas. En el horizonte, en el labradío del mar, este otro país flotante de *bous* y *bacas*[7]. Al igual que Buenos Aires estaba en el cielo, un topónimo de la Rosa de los Vientos, el Gran Sol era para mí un fecundo solar marino en donde se podían coger merluzas con la mano. Más tarde supe cuánta ironía había en la traslación que hicieron nuestros pescadores del originario Grand Sole (Gran Lenguado). Hace dos años, pasé veinte días en un pesquero en aquel mar del Oeste de Irlanda. El barco perforaba un óleo de pizarra y plomo y el sol era un dios perezoso y ausente. Por supuesto, se pillaban las merluzas a costa de la mayor esclavitud que pueda sufrir nuestra gente.

Allí supe de verdad lo que era un golpe de mar. Y también oí hablar de Serafín Mourelle como quien oye hablar de un Ulises autóctono, de un hombre hecho leyenda. Por la radiofonía de los barcos, en aquellos huertos marinos donde se compite fieramente, el nombre de Serafín

Mourelle se asociaba siempre a la sabiduría, valor, generosidad y lucha justiciera. ¡Un patrón, el mejor patrón, era un *roxo* (rojo) de Corme! Como en toda leyenda, yo no sabía si Serafín Mourelle existía o no. Hasta que el otro día, por la mediación entusiasta y *bravú* de Xurxo Souto, pude abrazar a Serafín Mourelle.

Los mozos de *A tropa da tralla*, esa Coruña a la que le arde el pecho, organizaron un homenaje a los pescadores del Gran Sol con recital marítimo, lanzando a la bahía la flor del *toxo* y mensajes en botella. Y yo pude contar, por fin, lo que a mí me habían contado como fragmento de la *Odisea* gallega del Gran Sol. La lucha del patrón justiciero contra Golpe de Mar. Escuchad.

«"Soy yo, Serafín Mourelle, el Golpe de Mar. Soy el Golpe de Mar, Serafín Mourelle, y vengo a por ti. Vengo a por ti, Serafín Mourelle". Y entonces cayó un telón de ceniza, un húmedo terciopelo de noche prematura. El heraldo de los alcatraces soltó del pico el lingote de plata y voló hacia Donegal con angustia de arpa. Eran los paíños corazones encogidos por el queroseno del miedo. Las nubes tatuaron en el cielo una calavera. "¡Serafín Mourelle!", volvió a rugir el Golpe de Mar, "¡te tengo bajo control! Tú eres la consigna que me enoja, un capitán fraternal en el mar de Irlanda. Tú eres el patrón de la libertad, la radio que no calla, y me mandan a por ti. Soy un lobo, Serafín, ¿notas el aliento?". Y entonces Serafín movió palanca, y puso a ralentí el pecho todo. "Déjalo", dijo Serafín al piloto, "déjalo que acometa, que sienta en el paladar el pan de hombre". Y cuando el Golpe dijo "¡Ya te tengo!", va Serafín y manda "¡Avante toda!". Y las fauces mordieron en el vacío. El Golpe fue a morir en la propia furia, estalló en mil ojos por la popa. Gran Sol abrió el arco iris, un cabo aquí y otro allá, Galicia e Irlanda en siete colores. Y mi capitán, Serafín Mourelle, miró al vencido en la ceniza de la batalla: "¡Jut bai, machiño, ata tomorrow!"[8]».

Un badajo de hielo en el silencio

De George Steiner se me quedó en la cabeza una cita hebraica: «Dios inventó al hombre para escucharlo contar cuentos». Siempre pienso en ella asociada a la literatura de Juan Rulfo. No sólo por su célebre *Pedro Páramo* sino, y sobre todo, por los relatos de *El llano en llamas*. El otro día, en uno de esos pasatiempos de verano en los que a veces se dicen las verdades del invierno, Mario Benedetti volvió a llamar la atención sobre ese libro. Tiene toda la razón. Es una obra bíblica. Un desfiladero de tremendas parábolas curativas del desasosiego humano.

Uno puede hartarse de todo, más aún de las cosas dulces, pero, ¿qué tienen estos cuentos que no cansan, que hechizan e impresionan cada

vez más?

Cuando algo está realmente bien escrito, decía Hemingway, no importa cuántas veces lo leas, no puedes saber cómo está hecho. Eso es lo que ocurre con los relatos de Rulfo. Parecen formar parte de la memoria del mundo, de un libro surgido de la profundidad de la tierra con las hojas hechas del cuero de la gente. Al escritor mexicano le preguntaron una vez qué sintió después de escribir lo que escribió, esos dos breves libros que nacieron ya siendo clásicos. Él, después de hacer sonar el badajo de hielo en la campana de whisky, respondió: «Sentí remordimientos».

Son historias tan bien escritas que, en realidad, parecen no haber sido creadas sino mecanografiadas al dictado de una voz legendaria. Para llegar a escuchar esa voz, el niño Juanito Rulfo tuvo que vestirse de hombre y luego desnudarse completamente como quien vuelve a nacer. Vio la muerte y escuchó lo que decía: «¡Me cago en la vida!». Supo pronto que la palabra «agua» significaba en realidad «falta de agua» y la palabra «pan», era «hambre de pan». Y que los ojos podían servir para oler las cosas y el olfato para oírlas. «Olía a sombra recalentada por el sol». Sus cuentos, como diría Rafael Dieste, son como esa pompa de jabón que cuando revienta ilumina todo lo anterior. Para mí el relato *No oyes ladrar a los perros* roza el límite de la emoción en una obra escrita.

No me extraña que Juan Rulfo no volviese a escribir ningún libro. Uno puede imaginar que el alma tiene paisaje. Ver dentro de nosotros un crepúsculo de pinares, arena blanca, un espejo marino de rojo y azul. Pero todo es una ilusión. ¿No será el verdadero paisaje del alma ese *llano en llamas*, esa lontananza que arde? De vuelta de ese viaje, Juan Rulfo no pudo hacer otra cosa que dar un paso adelante y callar.

Para saber si estaba vivo o no, hacía sonar el badajo de hielo en un vaso de malta escocesa. Bendito sea para siempre.

El valor de un niño campesino

Entre las historias sucedidas en Dublín preferidas por James Joyce, había una del salvamento del primogénito de un rico hombre en el Liffey, el río que atraviesa la capital irlandesa. Un día de invernía, este hijo de familia forrada de dinero cayó o se tiró a las frías y oscuras aguas fluviales. La única persona que acudió en su auxilio, jugándose ciertamente la vida, fue un pobre muy pobre que pasaba por allí hacia su trabajo de estibador portuario.

El muchacho millonario se salvó gracias a esta providencial intervención del proletariado, pero el salvador pilló una tremenda pulmonía y tuvo que ser hospitalizado. El caso resultó dramático

porque el héroe era padre de una numerosa prole y en aquel tiempo no había otro estado más que el del Malestar. Ante las presiones de la opinión pública, el miserable padre rico aceptó hacer un donativo al salvador de su hijo. Le dio, le dio… ¡una libra! Un periódico dublinés tituló, más o menos: «Ahora ya sabemos en cuánto valora fulano a su hijo: el mozo vale una libra».

Recordaba yo esta historia al leer una noticia que me dejó impresionado y que demuestra cómo, a veces, el mundo no va ni para adelante ni para atrás sino que permanece inmóvil como un pastel de mierda con las mismas moscas.

El despacho de la agencia estaba datado en Roma e informaba que un tribunal italiano había fijado en noventa mil pesetas el valor de un niño muerto «porque era campesino». El chaval había sido atropellado de mala manera por un conductor temerario, que además resultó un desvergonzado. Los padres de la criatura acudieron a un tribunal para obligarlo a pagar la indemnización y se toparon con jueces tan objetivos, tan objetivos, que establecieron el valor de la vida de un niño en función de su origen social. «A ver, ¿a cuánto está en el mercado el kilo de campesino?». Ahora ya sabemos lo que vale para estos desalmados tan ilustres el hijo de un labrador humilde: ¡noventa mil pesetas!

Imagino las deliberaciones de esta pandilla togada y se me revuelven las vísceras como si hubiese tragado un litro de ricino. ¿Usarían máquinas calculadoras? ¿Tomarían como referente el precio del vacuno o el de la docena de huevos? Si es que los tienen, ¿pensaron en el valor de sus hijos? Yo no soy quién para poner precio a una vida humana, pero ahora ya sé en cuánto fijaría la indemnización por uno de estos tipos que firmaron la sentencia, en caso de tener la desgracia de ser atropellados.

Daría por ellos un patacón falso.

Un devastado país

Uno, para no sufrir, procura cerrar los ojos y seguir soñando. La primera república que hay que cultivar es la de los sueños. La de las nuevas formas de vida. Para mí, por ejemplo, una de las ideas fuerza más sugerentes y futuristas que contiene esa Biblia gallega que es *Sempre en Galiza* es aquella que sueña a nuestro país como «una ciudad jardín». La cantidad de *bits* de utopía posible que contiene esa formulación tan sencilla es increíble. Ahí están, conciliadas, la ecología y la economía, los logros urbanos y la despensa labriega, la ilustración y la cultura popular. Así que yo cierro los ojos y repito como un ciego con algo más de esperanza que lo de Saramago:

«Cidade xardín, cidade xardín…».

Pero muchas veces, *bum, catacrof*, choco con el muro y despierto traumatizado. Puede suceder que incluso en el muro lea una pintada sumamente diferenciadora, «Galicia no es España», pero no por eso quedo menos traumatizado. Quizás eso multiplica el impacto hasta ver las estrellas. Fuera o no España, lo que tenía delante de mis ojos era un auténtico desastre.

El último topetazo que me dejó noqueado y, rodilla en suelo, rezando a San Castelao por la salvación de nuestra alma, fue una visita a la isla de Arousa. A causa de un largo puente, la isla de Arousa ya no es una isla. En otros países, desde Asturias a Lituania, mimarían esa condición de isla como una joya esmeralda. Pero, aceptado el puente, dada por buena esta comunicación más rápida, ésa sería la obra singular que cualquier ingeniero desearía para figurar en la historia. Un puente lucido, con donaire, que permitiese el goce, motorizado o andante, de unos de los paisajes más hermosos del oeste europeo.

Pues bien, quien diseñó el puente de la isla de Arousa, el cazurro titulado que lo pensó, también conseguirá pasar a la historia. A la historia de la infamia estética. Es un puente que no invita a pasear, ni siquiera a pasar, sino a huir o acelerar murmurando entre dientes los versos de Dante: «Hay en el medio del mar un devastado país…».

Y eso es la isla. Allí donde no manda la naturaleza, Arousa semeja un devastado país. Las gentes de la isla son amables y hospitalarias. Son también de inteligencia despierta y con ese espíritu de libertad que anima la gran cuna del mar. Por muchas explicaciones que busco, por muchas razones históricas, sociológicas o económicas que se me presentan, no soy capaz de entender cómo tan hermoso lugar pudo ser convertido en tan pocos años en un muestrario terrible, en una especie de Centro Gallego Contemporáneo de *Feo-Pop*.

Cierto que la competencia de *Feo-Popismo* es muy grande y que tendría muchas dudas a la hora de señalar dónde está la vanguardia y cuál sería la capital de este nuevo estilo que puede asombrar al mundo artístico.

No, no es la solución la ceguera. Pero cierro los ojos y rezo a San Castelao: «Galicia, ciudad jardín, ciudad jardín…».

La cultura de Beverly Hills

Una de las cosas más curiosas en el lenguaje contemporáneo es la extensión de la palabra «cultura». En la acepción que considerábamos más adecuada, que es la que aparece en los diccionarios, cultura viene a ser un conjunto de saberes y conocimientos alcanzados mediante el

estudio, la curiosidad artística y la experiencia vital. En el habla popular está muy claro lo que se quiere decir cuando se dice de alguien, incluso con ironía: «Lo que le hace falta es cultura». O sea, más escuela, más gana de saber, y también ser un buen vecino del mundo. Es decir, no pisar ni morder a nadie.

Pero ahora resulta que un tipo que hace alarde de su ignorancia no es un *burro*, que es lo que fue siempre, sino que es presentado de la siguiente manera: «Fulano tiene la cultura de no leer». Y aquel elemento que se dedica a avasallar a los demás no es una *mala bestia*, que es lo que fue siempre, sino que tiene la credencial de la «cultura de la fuerza». Así, Jesús Gil y Gil no es un desvergonzado, que es lo que sería para mis abuelos, sino que ejerce su propia cultura. Es decir, es un auténtico ilustrado del *gilipollismo*.

—¿Has visto qué maleducado? —le comenté el otro día a un amigo sobre un tipo que tiró en el suelo una lata de cerveza y luego le dio una coz, teniendo como tenía una papelera al lado.

—No, hombre, no —me dijo él, que está muy puesto—. Lo que pasa es que tiene una cultura de la basura diferente.

Y ahí fue donde caí en la cuenta de lo que nos estaba pasando en muchos campos. No es que haya pérdida o carencia de cultura. Es que existen culturas diferentes que uno, de tanto andar en las berzas de la nueva cultura, no es capaz de ver.

Lo que yo pensaba que era desastre urbanístico no es tal desastre sino «cultura del cemento y del asfalto», tan autóctona o más que la mal llamada arquitectura popular. Desde ese punto de vista, no estamos ante un desastre sino ante una auténtica eclosión cultural, debidamente protegida e impulsada por las instituciones.

Del mismo modo, la conversión de la costa gallega en un inmenso eucaliptal obedece a una exitosa política cultural. La «cultura» del eucalipto. Si Christo llama la atención del mundo por envolver con plástico el Reichstag, ¿cómo no quedar asombrados ante esta monumental recreación paisajística, que se extiende desde la ría del Eo hasta el Bajo Miño? En este sentido, subvencionar las plantaciones de eucalipto, incluso con fondos de la Comunidad Europea destinados al cultivo de especies autóctonas, responde a una clara preocupación intelectual. La de insistir en la pluralidad galleguista, paralizada en dos ramas. La de Carballo (Calero) y la de (Ramón) Piñeiro[9].

Comprendo también ahora las declaraciones del presidente de la Xunta sobre el tratamiento de residuos, con su cultural defensa de la muy monumental incineradora proyectada en Cerceda para quemar la basura de toda Galicia. «¡Esto no es Beverly Hills!», proclamó. Es decir, nosotros vemos sus películas, imitamos su política e incluso comemos con su ketchup, pero que no nos vengan a colonizar con historias de compost y reciclaje. En asuntos de basura, iremos a

nuestro aire con muchas cenizas y dioxinas a tutiplén sobre el cielo de Galicia. Desarrollaremos con ardoroso ardor una cultura propia.

El bimilenario y la invención de Galicia

Como nuestros historiadores románticos, Vicetto o Murguía, yo siempre creí que Galicia había nacido con la creación del mundo. «Galicia era un vergel nacido de las manos de Dios». Me parecía muy convincente esa imagen de Sumo Hacedor modelando las rías con sus dedos, jugando como un niño en el charco de un barrizal.

Con el dedo índice iba Dios haciendo un surco largo y por allí entraba el agua y así, en un plisplás, surgió el río Miño. Con la palma de la mano alisó una parte y tarareó como un feliz albañil que receba con el esparavel: «¡Cha, Cha, Cha, Terra Cha!». Y luego, como le había tomado aprecio a aquel rincón del barro, el Gran Consejero de Ordenación del Mundo se puso a hacer muchas curvas y altibajos con las yemas de los dedos y los nudos de la mano.

«Los que vivan aquí lo van a pasar como Dios», dijo Dios, que ya cavilaba inventando unos duendes contadores de historias, tocadores de gaita, aguardenteros, y muy buenos vaqueros y pescadores de fanecas.

Dios, como nuestros historiadores románticos, era un soñador. Eso explica, por ejemplo, que crease gratis la luz, sin los embalses y recibos de Unión Fenosa.

Éste, el momento de la fundación de Galicia por Dios, era el imaginario que nos acariciaba y que nos daba tranquilidad en el infortunio histórico. No éramos exactamente el pueblo escogido pero casi, casi. Éramos un pueblo *escogidito*, apañadito. Por muchas vueltas que la historia diese, ahí estábamos, calentitos en el lar de nuestro escondite de barro. Cierto que perdimos en aquellos momentos que pudieron ser la segunda refundación de Galicia, la de los hombres libres. Por ejemplo, cuando los Irmandiños[10] (su lema «Dios y los Hermanos Gallegos»), en el mismo tiempo en que los vaqueros suizos levantaron la Confederación Helvética y le dieron una patada en el culo a los caciques feudales. Perdimos, pero aquí estamos, liando en las hebras de la melancolía y de la libertad.

Pues ahora resulta que no. Resulta que Galicia va a cumplir dos mil años y que se preparan cohetes y alboradas para el tal Bimilenario. Como la fiesta es subvencionada, no va a haber muchas faltas. Además, así cogemos carrera para el Año Santo y el 2000 y lo que se ponga por delante.

La tesis que justifica el Bimilenario es la de que Galicia surge con la Gallaecia romana. Eso es como sostener que Walt Disney inventó la

lámpara de Aladino.

—Hombre, no me negarás que la huella de la romanización fue decisiva —me dice el amigo historiador—. Pareces el poeta loco de la aldea de Astérix y Obélix. Además, dos mil años son dos mil años. Mucho pedigrí. Fíjate los de Padania. Andan diseñando la identidad como quien corta un traje de Armani. A ver, ¿cuándo se fundó Galicia?

Entonces le cuento mi visión del gran día de la fundación de Galicia. Sucede que Breogán, el pariente de Noé emigrado a Finisterre, untó con queso de montaña una manzana tres-en-rama. Mordió, saboreó y exclamó: «¡Galicia!». Lo cierto es que dijo eso y no, por ejemplo, «¡Tache boa!» (Está buena). Si no, nos llamaríamos Tache Boa. Podría haber dicho otra cosa. Pero no. Mordió la manzana untada en queso y dijo *Galicia*.

—¿Eso cuándo sucedió? —pregunta vacilón el amigo.

—No lo sé. Pero mucho antes de que Rómulo y Remo mamaran de las tetas de una loba.

La revolución óptica gallega

Galicia está llenándose de ópticas. Hasta hace poco se cerraban las viejas cafeterías para abrir sucursales bancarias o tiendas de *todo a cien*. Ahora se inauguran ópticas, grandes locales de diseño frío y galáctico, de luz clínica y abisal, como erguidos con ladrillos de cuarzo, y donde atienden vendedores con aspecto de técnicos de la NASA. ¿Qué hay detrás de esa eclosión óptica? ¿A qué viene esta demanda convulsiva de contradioptrías? ¿Estaba Galicia tan tuerta? ¿Estamos ante una revolución de la mirada?

El gallego, tradicionalmente, cuando salía de compras tenía unas claras prioridades. Paraba en los ultramarinos, en los comercios de ropa, en las zapaterías, en las ferreterías, en el estanco y luego tomaba una tapita y un chatito para andar bien la vuelta. Eso se acabó. Ahora, lo primero que hace un gallego cuando sale de casa es meterse en una óptica.

En el XV aniversario de la constitución del Parlamento se habló mucho de las transformaciones sociales, políticas y económicas operadas en Galicia desde que hay autonomía. Pero nadie habló de ópticas, de esta súbita afición nacional. El gallego entra en la óptica como un ludópata en el bingo. Se tira a los lentes. Prueba compulsivamente las gafas como antes en la feria los rabos del pulpo.

Es cierto que en las ferias también había gafas. Pero eran un divertimiento. El gallego se probaba las gafas y reía como si se pusiera un casco de realidad virtual y viera a la gente con el culo al aire. Iba a

probarse unas gafas como iba a ver la vaca de dos cabezas y cinco patas o a la mujer araña. Yo tenía un abuelo perito, labrador de buena letra, que se quitaba las gafas cuando quería ver de verdad. Y se las ponía para no ver.

Pero eran otros tiempos. El gallego contemporáneo entra en las ópticas como los detectives de *Expediente X* en los misterios, con hambre de ver, de descubrir la verdad.

Es conmovedor. En el tiempo de los *telexornais* (informativos de TVG) de espejos deformantes y de las intoxicaciones preelectorales el gallego corre hacia las ópticas como quien busca la escalera de incendios. Comprendo la preocupación de la Xunta y de la Delegación de Gobierno. Algo tremendo está pasando. Los gallegos queremos ver.

CAPÍTULO VI

Toca madera

«No me beatifiquéis».

Manuel Fraga

«No se haga tanto el humilde, que no es usted tan grande».

Golda Meir, sobre Moshe Dayan.

Serie publicada en *La Voz de Galicia* durante 1999.

El misterio de los apagones

Reservamos para la noche del pasado domingo la lectura de la que parecía una muy interesante entrevista en el diario con el presidente de la Xunta Manuel Fraga. Lamentablemente no fue posible hacerlo con claridad porque aquella noche se produjo en tierra finisterraica uno de los muy frecuentes apagones eléctricos. Así que leemos las declaraciones a la luz de una vela, como si se tratara de un cuento de Anxel Fole. Galicia, decía nuestro presidente, es un modelo de progreso para España e incluso para Massachusetts. Por la chimenea, celebrando las palabras, subían chispas como pirotecnia jacobea. ¡Qué maravilla! ¿Qué países europeos pueden gozar como nosotros de entrañables apagones eléctricos en tiempos de Navidad?

En la Costa de la Muerte se va la luz 1,3 billones de veces al año, tantas como las pesetas que el gobierno ha regalado a las compañías eléctricas. La provincia de Lugo bate el récord de España en apagones. Pero no sólo se benefician de este privilegio las gentes de alta montaña o del tenebroso mar. Los apagones son también muy celebrados en la zona industrial de Vigo. Toda Galicia goza de este

vaivén, de este juego de luces, de este ritmo vacilón entre el *folk* del candil y el *hip-hop* del neón.

Desde que se levanta hasta que se acuesta, el gallego vive en la divertida incertidumbre de no saber qué va a pasar cuando le dé a la llave de la luz. En otros países, aburridos y rutineros, las cosas imprescindibles funcionan cuando tienen que funcionar, lo que les causa grandes trastornos cuando se presenta una avería. Se ponen como locos, se les funden los plomos, van a abogados, reclaman daños y perjuicios. El gallego cuando le da a la luz y viene la luz, pues también le da gracias a Dios por este milagro bíblico.

Una cosa son los avances y otra muy distinta son los vicios. Hay gente que enchufa el exprimidor y se le cruzan los cables si no sale su zumito de naranja. ¡Que le tiren del aire! Los hay también que son descreídos de piel amarga y que echan chispas por el apagón. Éstos, por muchos kilovatios que les metas, no verán la luz de nuestro indiscutible progreso en los últimos dos milenios que gobierna don Manuel.

Puede parecer una contradicción que haya tanto problema con el suministro eléctrico teniendo como tenemos sobreabundancia de producción, que incluso sirve para exportar. En cada río una presa. En cada monte, un parque eólico. ¿Por qué diantres falta la luz?, se preguntan los quejicas. Pues ahí está el problema. En el exceso de peso. Si cada kilovatio, como su nombre indica, pesa un kilo, ¿cómo no se van a resentir los tendidos? Por eso los cables tienen esa hechura curva, deslomada. Por el peso de los kilovatios gallegos. A ver, con esa panza eléctrica, ¿quién es el chulo que sube a los Ancares o a un noveno piso en el Agra del Orzán?

Hay que verle el lado positivo a las cosas. ¿Por qué no asumir los apagones como una señal de identidad? Cuando tengamos un forastero en casa y se vaya la luz, en vez de protestar tenemos que aprovechar la ocasión como si fuera un efecto especial de la factoría Spielberg. «¿Oyó hablar alguna vez de *meigas*, mister Smith? ¿Y del hombre lobo? Je, je».

Otra ventaja de los apagones es la de recuperar la comunicación perdida en el medio familiar. La pareja lleva meses sin hablarse y, de pronto, en la forzosa oscuridad, puede resurgir la luminosidad del cariño. «¿Sabes dónde puse la linterna, mi amor?». En el fondo tengo entendido que todo esto responde a un plan para el fomento de la natalidad. Porque, ¿para qué queremos las farolas si no hay niños que las rompan?

El Observatorio Astronómico de Galicia

He ahí un anuncio histórico que pasó increíblemente desapercibido. Nos referimos al que hizo Xosé Cuiña en el Parlamento, en fecha memorable, informando de la creación del Observatorio Astronómico de Galicia y de su ubicación en Monte Faro. ¿Por qué no se habló más del asunto? ¿Por qué no vibró el mundo universitario, la comunidad científica y el I+D? ¿Dónde los astrólogos y ufólogos? ¿Por qué no pensaron en la gran noticia los analistas políticos y no fue alabado por los ventrílocuos de la Xunta? Ahora comprendo la profunda desazón de los grandes hombres como Pepe Cuiña. Anuncias una nueva frontera para Galicia, a la manera de John F. Kennedy, y te lo toman como una traca de la Feria de Lalín.

El Monte Faro no es un monte cualquiera. Es el punto geodésico del Partido Popular. El Sinaí con pulpo y empanada de los que gobiernan. El zigurat de nuestro Hammurabi babilónico. El Templo del Sol de Tihuanaco con homilía del cura-contratista don Felisindo. El magnífico crómlech de Stonehenge coronado por la espléndida pamela de Karina Falagan. La cota donde Cuiña abre su corazón galleguista y canta con la fuerza de un Astérix su cantar *miudiño* al impávido césar Aznar. Y por encima de todo, con sus millones de brillantes copos nevados, de extraterrestres hambrientos de cocido, nos observan las constelaciones todas del universo.

Pepe Cuiña es un político pragmático. Al contrario de tantos compañeros burócratas y papamoscas, frente a los opositores que andan en las ramas de la utopía, él es un *conselleiro* motocrós, un chimpín de la Administración, una excavadora del sistema, una apisonadora del poder, el mensajero del asfalto, el rey del alquitrán. ¡Pasa una moto! Escuchad. ¡Allá va Cuiña con un alcalde en el sidecar! Como canta el *rap* irónico de Pinto D'Herbón, el poder recorre Galicia con la sintonía de «¡Pavimeeeeeentame, Pepe Cuiña, pavimeeeeentame!».

Pero el sucesor, a la altura del Monte Faro, siente una futurista llamada galáctica. Un pangalleguismo intersideral. Es la máxima de Wilhem Raabe, llevada a la política: «Atender al terreno y contemplar las estrellas». Y entonces nuestro hombre se imagina elevado en un telescopio macanudo, del tamaño de la chimenea de Endesa en As Pontes, el carajo industrial más alto de Europa, contemplando nostálgico los caminos por asfaltar de Marte, el anillo sin su paseo marítimo de Saturno, y los millones de solares sin parcelar de la Vía Láctea.

Ésa es una de las imágenes más tiernas y emotivas que entreveo en el siglo XXI. Desde el Observatorio Astronómico de Galicia, Pepe Cuiña explora el universo. Apunta, por ejemplo, a la estrella Alpha Centauri y después de un cálculo trigonométrico a ojo, exclama con melancolía: «Ahí le calzaba yo una autopista de 180°, estilo Carballo, que iba a

alucinar por colores la chavalada del Turbodiesel».

En el mundo hay muchos observatorios astronómicos pero cada uno tiene, por decirlo así, su *punto de mira*. No se ve lo mismo desde Maspalomas, o Mount Hamilton o Cabo Cañaveral. Además, los norteamericanos andan como locos por llegar ahí afuera pero no saben muy bien para qué. Lo de los rusos es más explicable, aunque sólo sea por zafarse del frío y de *bodegas* Yeltsin.

Desde el Monte Faro todo estará más claro. En la Vía Láctea, montamos unos albergues para el Xacobeo. En Orión, un hiper, una gasolinera y un tanatorio. En Mercurio unos adosados. En Venus, unos fines de semana y una macrodiscoteca. Y en el resto, solares. Ése es el concepto. El solar. El emigrante gallego miraba la Pampa y decía: «¡Lástima de fincas sin labrar!». Ahora en la Era de Fraga, lo que no es mar es solar. El astrónomo cuiñista explora la Luna y se lamenta: «¡Pena de solares! Ahí montaba yo una urbanización y una pista asfaltada en el cuarto creciente, con aceras de losetas rosadas, que iba a molar un huevo de avión y la mitad del otro».

Deberían de dejar todos la carrera espacial en manos de Pepe Cuiña. El factor humano, el de los astronautas, está garantizado. Porque, ¿no me dirán los señoritos de la NASA que es más complicado llegar a Marte que ir a pescar en el Gran Sol?

La derrota de María Pita

La primera lección de historia que nos enseñaban en casa a los niños coruñeses era la de que Superman era, en nuestro caso, una Superwoman del país. María Pita. Ella, con pedruscos en la mano, se alzó al frente de los mareantes coruñeses de la Pescadería y corrieron por mar, más allá del islote de A Marola a la poderosa armada del pirata y almirante Drake.

Ésa era una imagen heroica. Vencidos los militares, una brava mujer del pueblo, a pedrada limpia, lidera la lucha contra el invasor. Como en David contra Goliat, la humilde piedra que tumba al abusón tenía un fuerte carácter simbólico. Pero ahora, delante de la nueva estatua plantada en la plaza que también lleva el nombre de la heroína, todo el imaginario infantil se viene abajo. María Pita tiene la hechura de una porcelana de Lladró haciendo figuritas con una lanza Olimpo Style.

Si uno se para al pie de la estatua, se da cuenta de que hay mucha polémica desatada, sobre todo cuando aparece con lengua de mechero el coruñés fetén, irónico y librepensador.

—Pues para mí que esta mademoiselle es la Claudia Schiffer con un traje de Agatha Ruiz de la Prada.

—De eso nada. Te digo yo que es la que se lía con Kirk Douglas en *Espartaco*.

—¡Salió clavada a Finita Gay, la copletista de Tabeaio, cuando moza!

—¡Que un rayo me parta si no es Anita Obregón!

—¡Venga ya! Si Paco Vázquez dice que es María Pita, pues es María Pita.

—Ser, será María Pita, pero entonces está de culo. ¿No ves que la lanza apunta al palacio municipal y no al mar de los piratas?

A Coruña, siglos depués, pierde su batalla contra los corsarios. Como escribió Otero Pedrayo, esta ciudad nace a partir de «un bravo nido de pescadores». Fueron ellos, el gremio de los mareantes, el pueblo marinero, el milenario y valeroso sostén coruñés, y por eso el corazón de la urbe lleva el nombre de Pescadería. Una terrible coalición señoritil, la que une ideología especulativa y mal gusto provinciano, quiere conseguir lo que no logró Drake: cerrar cada día más el puerto a los vecinos y echar fuera de la vieja Dársena a los héroes del mar.

El primer paso fue ya el de cubrir con toneladas de hormigón y asfalto las antiguas gradas del estuario artesanal del Parrote, la más característica estampa de A Coruña portuaria. Es como si los de París o Lisboa rellenaran los muelles enlosados del Sena o del Tajo. En la bahía de la Concha donostiarra, no hay quien les toque a los pesqueros de bajura. Los tratan como obra artística. Y la lonja del día es visitada como un centro de las más bellas artes. Barcelona abre la ciudad al mar en una brillante revolución urbanística y estética de fama mundial. Me cuentan que en A Coruña, para entrar en el puerto, va a haber que llevar una especie de salvoconducto. Y que, en la orilla de la vieja dársena, la autoridad portuaria sueña con una especie de Puerto Banús, que no huela a jurel y sardina sino a Chanel n° 5.

Cuando la procesión de pescadores, con sus nasas y dornas y chalanas de colores vivos, abandone el antiquísimo rincón de la Dársena y ponga proa hacia un remoto destierro, nos daremos cuenta de que la historia estaba equivocada. Y que la piratería venció a María Pita.

El cocido mágico

Se acaban de publicar dos libros impagables, maravillosos, profundos y placenteros. Uno es la *Galiza máxica*, de Víctor Vaqueiro, y otro *A lume manso* (A fuego lento), sobre la historia social de la alimentación en Galicia, de Xavier Castro. La política gallega ofrece a veces magníficos episodios de lo que podríamos denominar, hilando los dos

libros, la Alimentación Mágica. Ahí tenemos, por ejemplo, el caso del mago Baltar, presidente de la Diputación de Ourense, y sus fulminantes fichajes para las elecciones municipales. Después de un cocido, entraron por el gaznate del Partido Popular nada más y nada menos que un demonio del Bloque y un diablo del Partido Socialista.

En un toque de modestia, el mago Baltar dice que se inspiró en la conversión del ministro Piqué, que también cambió de coche y dirección por la carretera política. Pero, hombre, ¡nada que ver! El viaje de Piqué, del eurocomunismo de juventud al centrismo maduro, va para veinte años. La suya es una novela del realismo burgués catalán. En cambio, los fichajes de Baltar son pura magia. ¿Qué afrodisíaco le echará al cocido? ¿Qué milagroso condumio hará que, en horas, los comensales no sólo cambien de chaqueta sino también de calzones y de alma? En su favor ya ha intervenido Cacharro, el presidente de la Diputación de Lugo. Es un aviso. Cuando el Pote Gallego de Cacharro se ponga a funcionar va a saber la oposición lo que aún da de sí la Alimentación Mágica.

El libro de Xavier Castro nos ilustra con la relación siempre existente entre gastronomía y política. Un caso glorioso fue el de Manuel María Puga, el popular Picadillo, alcalde coruñés y autor de *La cocina práctica* quien explicaba que se había hecho conservador porque prefería compartir un *beefsteak* con el conde de Romanones a picar una tortilla de patatas con Lerroux. En nuestra época, el cocido gallego resolvió ese dilema. Un buen cocido de carnaval se comparte con el conde de Romanones, con Lerroux o con Sadam Hussein.

Hay pueblos que se cohesionan por lo que los constitucionalistas fundadores de Estados Unidos llamaron la «confianza básica». Aquí empieza a haber confianza básica cuando se pone por delante un cocido. Por eso, lo peor que le puede pasar a un gallego de derechas es que no le quieran el cocido.

—¿Qué pasa, hombre? Te veo muy deprimido —le dice entonces el amigo.

—Deprimido no, hundido. Es por el hijo. Va a acabar conmigo.

—¿Entonces? ¿Se hizo del Bloque?

—¡No, no hombre! ¡Si fuera eso!

—¿No quiere casar por la Iglesia?

—Eso me daría igual. ¡Como si se *arrejunta* de hecho!

—Se metió a punki, ¿o qué? ¿No me digas que quiere poner un aro en la oreja?

—¡Qué va! Por mí podía ponérselo en la nariz.

—Pero, ¿entonces qué tiene?

—¡Se hizo vegetariano! Dice que no me quiere el cocido.

El amigo entonces se abraza a él como quien le da el pésame: «Eso sí que es una desgracia. ¿Adónde vamos a parar?»

Mientras tengamos gente como Baltar y Cacharro, el mundo estará en su sitio. Por cierto, ¿qué le echarán al cocido?

El león y la brava oposición

Aznar acaba de recibir a Borrell. Entre los dos parece haber un abismo de ideas y carácter. Pero se entrevistaron y conversaron en busca de algunos entendimientos básicos. Y salieron íntegros, con el bigote y las lentes en su sitio. Bien, es lo normal en cualquier país democrático. En más de doce años de mandato, que yo recuerde, Manuel Fraga no mantuvo ningún diálogo de este tipo con la oposición, y menos desde que el Bloque la encabeza. Él dice que la culpa es de los otros, que son salvajes de más. Los metes en el despacho y te comen los hígados. Pero aquí, que se sepa, el único león es Fraga. ¡El León de Vilalba!

Conseguir ser león en Galicia es un logro zoológico nunca visto en los documentales de la *Vida salvaje* de David Attenborough en la BBC. Aquí llegó a ser *Pantera* el boxeador Rodríguez, pero bajaba del ring y parecía San Francisco de Asís. En cambio Fraga, cuando baja del ring político, se calza los zapatones, coge escopeta y caña y pone en fuga a toda la flora y fauna.

Los de la Sociedad Gallega de Historia Natural están trabajando en un curioso fenómeno: la asociación que se produce entre las vacaciones del presidente y las espontáneas migraciones masivas de truchas hacia el mar y de corzos hacia Asturias.

Si viviera La Fontaine, escribiría una nueva fábula titulada *El parlamento de los animales*. Se reunirían en un lugar secreto de los Ancares y hablaría el más viejo.

—Queridos colegas de nacionalidad histórica, hay que tomar una drástica decisión. Reunid a las familias y abríos en éxodo para Somiedo o para el bosque de Muniellos. El alcalde de Taramundi también da asilo. Un terrible peligro se nos echa encima. ¡Abur, que voy con reúma!

—Pero, ¿y entonces qué pasa? ¡A mí no me achanta nadie! —dice el jabalí más bravo.

—¿Qué va a pasar, atontado? ¡Ha tomado vacaciones el presidente!

—¡Pies para qué os quiero! —dice el jabalí a la jabalina. Y nadie espera más explicaciones.

Diga lo que diga, en realidad, la razón de que Fraga no converse con Beiras y Touriño no es por que se le alboroten, sino por lo contrario. No le son fieros de más.

—¿Qué, don Manuel? Después de Aznar y Borrell, a lo mejor es hora de conversar con Beiras.

—¡De eso nada, es un radical! ¡Quién tuviera a Fidel Castro!

—¿Y con Touriño?

—Otro lobo con piel de oveja. ¡Si aprendieran de Gaddafi!

Así es como don Manuel mira con desaliento desde el despacho hacia este país de oposición inclemente, de imposible diálogo.

Y recuerda con melancolía sus viajes a Cuba, Irán y Libia, esos países donde se puede hablar con naturalidad con gente reposada.

El Conjuro Fútbol Club

Los grandes equipos gallegos de fútbol casi nunca fichan a gallegos. Fran, en el Deportivo, y Michel Salgado, en el Celta, son como últimos mohicanos, una estirpe nativa en extinción. El juego parece ser un negocio inmobiliario más. Lo que da parné es el tráfico. Por eso no hay futbolistas de la cantera.

—Fijaos en ese chaval. ¡Qué toque de zurda! Sólo tiene un defecto.

—¿Qué le pasa, es bizco?

—No. Es gallego.

—¡Cago en diez! Pues va de culo. ¡Como no se haga presidente!

En este mundo del revés, la cantera son los directivos. Los niños gallegos ya no quieren ser futbolistas de mayores. Lo que quieren es llegar a presidentes. Cuando se intercambian cromos en el recreo, los chavales llevan la calculadora: «Y ése, ¿cuánto cuesta? En euros, *please*…».

—Ahí lo tienes —observa el padre—, hecho un fenómeno. Cuánto trabajo nos dio de pequeñito. ¿Recuerdas? ¡Quería ser un *crack*!

—¡Pobre chaval!

—Menos mal que fue cogiendo *sentidiño*. Ya quiere ser vocal de la Junta Directiva.

Para la izquierda, política y fútbol fueron siempre esferas contrapuestas. De alguien nuevo se decía que tenía madera de político cuando se le veía leyendo *Le Monde Diplomatique*. Un despiste. En realidad, como bien sabe el conservador nato, no hay nada más semejante que el fútbol y la política: táctica, estrategia y meter goles. Por eso, para preparar las municipales, Pepe Cuiña va derechito a las páginas de deportes y tiene en la mesilla el *Don Balón* como si fuera *El Príncipe* de Maquiavelo.

—¿Qué hacen todos estos con el *Marca*? —pregunta el presidente al comienzo del consejo de la Xunta.

—¡Hay que leer a los clásicos, don Manuel! —responde con retranca el sucesor—. Vamos a hacer como el River Plate en los tiempos de la Máquina Total: ¡un portero y diez delanteros!

—¡A por ellos, Pepe! —dice el presidente con nuevos ímpetus.

Las mejores cátedras de Ciencias Políticas de Galicia están en los

estadios de fútbol. No hay más que ver el notable parecido entre Marco Tulio Cicerón y José María Caneda. Pasan por delante de San Lázaro los peregrinos y escuchan: «¿Ubinam Calamitatun Sumus?»

—¿Quién es? —le pregunta un peregrino a otro—. ¿El arzobispo?

—No. El Presidente de la Sociedad Deportiva Compostela.

—¡Carallo, qué nivel!

Algunos agüeros hablaban de un seísmo electoral en Galicia en las próximas municipales. Una revolución. Pero no contaban con el zafarrancho futbolístico del fraguismo a la hora de confeccionar las listas.

—¡A ver, refuerzos! —reclama el director del gabinete de crisis.

—Tenemos aquí un auténtico fenómeno. Economista, abogado, ingeniero, informático y astrónomo. Doctor en Oxford, *master* en Chicago y con prácticas en la CEE y también en la ONU.

—¡Pobrecito! ¡Las desgracias nunca vienen solas!… Venga, llamadme al presidente del Conjuro FC.

—Pero es que… lo suspendieron por zumbarle al árbitro.

—Nadie es perfecto. ¡Eso nos da votos!

El planeta Galicia

Hay un cosmopolitismo natural del gallego que viene dado por siglos de emigraciones. Como diría el filósofo Caneda, el gallego es universalista *per seu*. Se aclimata bien en cualquier parte y suele seguir al pie de la letra el consejo del refrán. En Roma, como los romanos. Por eso es tan fácil distinguir a un gallego mundo adelante. Si uno encuentra a un romano fetén o a un argentino más porteño que Borges o a un andaluz más flamenco que Manolo Caracol es que es gallego. El gondolero más gondolero de Venecia es uno de Ribeira, que perdió el barco, y ahora canta mientras rema: «¡Gira il mondo, gira il mondo!».

El gallego va mundo adelante y coge el color de la tierra por donde anda como una defensa zoológica, como hace el pulpo o el camaleón. En compensación, como un ginseng del alma, crece en su interior el mito de la tierra madre, la absoluta seguridad de que la tierra prometida es precisamente aquella que dejó. Y eso le pasa al gallego incluso cuando va de turista.

Con las manos en los bolsillos, callado en el medio de un mar de exclamaciones de admiración del resto del grupo, el gallego echa una ojeada relativista a la infinita muralla china.

—¿Qué? ¿A que es impresionante? —le pregunta el guía.

—Hombre, no está mal. Pero para muralla, muralla, ¡la muralla de Lugo!

Vemos ahora al gallego con chilaba delante de la pirámide de

Keops. Hay también a su alrededor un internacional murmullo de admiración por la magnitud de la obra faraónica. *It's great! Oh, la, la! Che stampa!* El gallego calcula a ojo trigonométrico el volumen de piedra dilapidado para el nicho de una momia. Luego, con discreción, se vuelve hacia su mujer.

—Mira, Carmiña, ¡cómo la casa de uno ni hablar!

Al gallego le dicen que El Escorial es una de las siete maravillas del mundo y asiente porque, ya se sabe, no quiere ofender a nadie, ni siquiera a Felipe II. Pero delante de la mole geométrica, piensa para sí: «Cantería, cantería, la del hórreo de Carnota».

—La estructura parece consistente —dice el gallego, ahora en París, mirando hacia la Torre Eiffel—. Está bien atornillada, como si la hicieran los de Bazán. Pero, con la mano en el pecho, ¡ni comparación con la Torre de Hércules!

Y si cae por Copacabana no duda en felicitar al amigo brasileño: «Es bonita la playita esta. ¡Casi tan buena como la viguesa de Samil!».

En cuanto al Gran Cañón del Colorado, el gallego no le queda más remedio que poner el punto sobre la i. «Hombre, está bien para una película. Pero te mueres de sed, neno. En cambio, ¡tenías que ver tú la Ribeira Sacra! Las cepas de Amandi cayendo por la ladera…». Como el americano escucha incrédulo, el gallego explica: «En mi tierra los ríos son de vino. ¡El Mandeo de los Caneiros, el Arnoia, el Ulla, el Miño! El cañón este será muy grande, pero quién me diera a mi ahora un chiquito».

Donde el gallego borda el final es cuando lo llevan a la basílica de San Pedro del Vaticano: «Bonita es, no lo niego, pero ¿dónde tienen el Botafumeiro?».

¿Y si el apóstol Santiago apareciese hoy…?

Esto de la ciudad de la cultura que se proyecta para Santiago parece ser una buena idea. Estamos tan acostumbrados al Impacto Ambiental que cuando surge una noticia de Impacto Cultural nos quedamos un poco incrédulos, como si no leyéramos bien.

—Pero, la ciudad esa, ¿será virtual o real? Mira que Pérez Varela está hecho un *chip* cibernético.

—Hombre, aquí pone que tendrá una extensión de más de cien campos de fútbol. Y que es probable que se llame Ciudad de la Cultura Manuel Fraga.

—¡Ah, pues entonces es cierto como hay Dios!

Algunas de las obras que se incluyen en el proyecto son muy necesarias. Deberían existir hace mucho tiempo. No sólo por cultivar la razón y la sensibilidad. Frente al tópico, la inversión cultural da de

comer, incluso es imprescindible para darle futuro al país. Las mejores *fábricas* de Inglaterra con Shakespeare y The Beatles. No hablemos ya de Hollywood, que en sus inicios era unos galpones de caballos en el apartado Oeste. Y la más próspera aportación de Irlanda es la música, además de la cerveza Guinness, que no deja de ser una poción cultural.

Cuando algunos ejecutivos despistados que se creen modernos sueltan la parida de que «hay que superar la Galicia de la gaita y de la Rosalía llorona», pues no saben lo que dicen. Los aires de un buen gaitero valen hoy mucho más que las once presas con que quieren echar a perder el río Ulla. Y la obra de Rosalía de Castro, extendida mundo adelante, tiene un efecto que jamás podría alcanzar una campaña publicitaria de miles de millones. El histórico Camino de Santiago, que ahora se presenta como «locomotora de progreso», es resultado de una *invención* de cultura.

Santiago de Compostela floreció como una novela escrita en la tierra. Por suerte, fue obra de artistas y canteros. Y de poetas pescadores que venían a trovar. Hay que darle las gracias al Apóstol por hacer este milagro sin *consulting*, sin *mailing* y sin *fundraising*.

Está de moda entre los historiadores lo que llaman la ucronía. Hagan un ejercicio de imaginación retrospectiva y respondan a esta pregunta: ¿Qué habría pasado si…? Con la mentalidad de los Atilas especulativos que acampan en Galicia, si el descubrimiento del Arca Marmórica hubiera tenido lugar en los tiempos de hoy, Paio, el ermitaño que la encontró, tendría serios problemas para darse a valer.

—¡Jefe! Ahí afuera hay un chalado que dice que encontró un yacimiento al pie de los eucaliptos del monte Libredón.

—¿Qué pinta tiene el elemento?

—Poco solvente, estilo asociación cultural. Sin corbata y con una concha de vieira colgada al cuello. ¡Pinta hippie!

—¡Cremallera! ¡Calladitos como muertos! Con tanta arqueología nos van a fastidiar la pavimentación y el plus de hormigón. Dile al pelanas, para entretenerlo, que haga una alegación.

—¡Jefe! El tío ese insiste en que es algo importante, el sepulcro de un tal Iacobus Zebedeo, alias *Santi*, apóstol de occidente que dice que llegó a Galicia en una barca de piedra.

—¡Lo que nos faltaba! ¿Y el Santi Zebedeo ese no será un barbas del Greenpeace?

La Galicia anfibia

El final del milenio es propicio para las revelaciones. Se acaba de producir ahora un gran descubrimiento: en Galicia llueve. Y, a veces,

llueve mucho.

«Chove en Santiago, meu doce amor» (Llueve en Santiago, mi dulce amor), escribió Federico Garcia Lorca. «Gallegos de lluvia y calma», decía en un hermoso poema Miguel Hernández.

La lluvia de Galicia siempre tuvo mucho prestigio por ahí adelante. Y el gallego asentía, satisfecho con su país del agua, rostro verde esmeralda, y una mitología perdida de sirenas y hombres marinos. Acaso añadía, con ironía: «Se o río de Betanzos levara coñá, mais de catro larpeiros iriades alá» (Si el río de Betanzos llevase coñac, más de cuatro gorrones iríais allá).

En la que llegaría a ser la histórica expedición del *Beagle*, Charles Darwin, hechizado por el mar pero con las tripas fuera, anotó en su diario: «Si no fuera por el mareo, todo el mundo sería marinero». ¡Es un dicho gallego! Prueba que el autor que revolucionó el mundo con la teoría de la evolución de las especies hizo escala en Galicia. Aquí alumbró su descubrimiento, aunque, para justificar gastos, los situó en las islas Galápagos.

En los papeles secretos de Darwin aparece una reveladora observación: «Éste es un país donde los seres humanos son anfibios. Seguro que tienen branquias, aunque cuando lo quise averiguar me dijeron que metiera la mano en una parte innombrable. Los indígenas llevan el paraguas como un apéndice, sujeto a las vértebras dorsales, a modo de aleta de pez. *Post data*: ¡Las autoridades nos obsequiaron con una tremenda comilona!». Y digo yo: ¿qué otro lugar podría ser éste, sino Galicia?

Como buen anfibio, lo que más le gusta al gallego es hablar del tiempo. Si es de política se remite a la meteorología:

—Mean por nosotros y decimos que está lloviendo.

—Hombre, ¡nunca llovió que no escampara!

También para hacer una proposición amorosa. Como el Gallego Anfibio es tímido, tiene siempre el recurso poético del tiempo:

—¿Notas el *nordés*, Andrés?

—Sí, hace *maruxía*, María. ¡Quién me calentase los pies!

El Gallego Anfibio está en peligro de *abducción*. La abducción es que se te meta un ser extraño en la cabeza. A los abducidos en *Expediente X* se les metía un extraterrestre. A los gallegos abducidos se les mete una especie de tío cachas de *Los vigilantes de la playa* que se entolda cuando llueve como si cayera aguarrás. Se trata de una mentalidad que considera exóticas las lluvias, los *orballos*, las brumas, la rosa de los vientos y todo el paisaje indómito del cielo. Y se construyen las ciudades y pueblos de manera chapuzas, sin tener en cuenta el eterno retorno de las aguas, como si las borrascas de las Azores fueran un cuento de Maricastaña.

El Gallego Anfibio sabe que Galicia no sería Galicia sin la lluvia.

Respira por las branquias y lleva el paraguas con la elegancia de un brazo ortopédico. El Gallego Abducido anda contrariado cuando llueve, va con cara de turista cabreado en la propia tierra, y lleva el paraguas calado como si fuera una bayoneta de guerra.

—¡La lluvia es arte, hombre! —le dice con ironía el Gallego Anfibio.

—Pues si pillara yo al artista ese —dice el Gallego Abducido—, le hacía yo un retrato de *carallo*.

Y se va dando gritos, entre los sumideros rebosantes de ríos secuestrados, como fantasma que atraviesa un ignorado Misisipí.

Lo Que Diga Don Manuel

Los nostálgicos partidarios de Joaquín Balaguer, años y años y más años presidente de la República Dominicana, quieren que el veterano político conservador, ciego y con fama de brujo, vuelva al poder. Para eso acaban de fundar un movimiento de sello muy explícito. Se llama: *Lo que diga Balaguer*.

La versión gallega, aunque más fresca, de fábrica, plenamente vigente, es la que orienta toda la navegación gobernante: *Lo Que Diga Don Manuel.*

Se trata de una frase talismán. De una fórmula mágica. De un aforismo perfecto. Compendia un programa, una doctrina, un *way of life*, una *Weltanschaung*, alfa y omega, eterno retorno, progresión retardada. La piedra filosofal. La biblia en verso. El *aleph* borgiano. La contraseña. La clave. El abracadabra. La enciclopedia. El Diario Oficial de Galicia. El toque decisivo. La solución a todos los enigmas. El pensamiento único. El catecismo.

Es decir, ¡Lo Que Diga Don Manuel!

Preguntas a un *conselleiro* sobre un asunto delicado. El hombre se te concentra. Está reflexionando. Bebe un traguito de agua. Se revuelve en el asiento. Refriega las manos. Le da otro sorbito. Carraspea. Está realmente pensando en la respuesta redonda. De pronto, suspira con alivio, satisfecho. Va a decir algo importante, novedoso, sin vuelta de hoja. Se escucha el zumbido electromagnético de las interneuronas. Atención.

—Sobre ese asunto, yo le voy a responder con sinceridad lo que pienso, sin eufemismos, sin eludir responsabilidades: ¡Lo Que Diga Don Manuel!

De San Caetano a Cuspedriños. De norte a sur y de este a oeste. De arriba abajo y de abajo arriba. Cuando surge una complicación, cuando hay que mojarse y echarle el ojo al piojo, el aludido se encoge de hombros, saca la estampita del santo patrón y la exhibe como una indulgencia plenaria.

—Yo, *amiguiños*, ¡Lo Que Diga Don Manuel!

—¿San Benitiño de Lérez o de Paredes? ¿Coca-Cola o Pepsi?

—Yo, sobre Cuiña o Romay, ¡Lo Que Diga Don Manuel!

—¿Y de qué color es el caballo blanco de Santiago?

—¡Uiiuii! A mí no me pillas, ¿eh? ¡Lo Que Diga Don Manuel!

Una bicoca. Un chollo lo que encontró la derecha gallega. Un confort. Descansados de todo. De la administración, de la ideología, de las polémicas, del *show*, del menú, se ocupa don Manuel. Si hay que morderle una oreja a Beiras o a Cortizo, allá va, como un Mike Tyson, don Manuel.

—Voy a llevar una ponencia a la convención electoral. Hay que dar el callo entre todos.

—¿Y como se titula?

—¡Lo Que Diga Don Manuel!

En correspondencia, tenemos un partido más *okupante* que gobernante y unas élites infantilizadas, con una mezcla de adulación y miedo al patrón. Una especie de Galicia Karaoke.

—Creo que tendríamos que hacer algo distinto, valiente, innovador. Un gran encuentro de ideas para la Galicia del Tercer Millenium.

—Muy bien. ¡Que lo Clausure Don Manuel!

Cuentan que un día pillaron a Fraga muy cansado, a la vuelta de un viaje. Le preguntaron, para variar, sobre la sucesión, y el hombre dijo resignado: Yo, ¡Lo Que Diga Don Manuel!

Seamos serios. Lo que tenía que hacer Fraga era pasarse a la oposición. Ir de una vez al Parlamento para lanzarle un *impeachment* a la coral perezosa del bis y bis *Lo Que Diga Don Manuel.*

¿Por qué no nacen gallegos?

Hay que cambiar la frase de Castelao, que decía: «Los gallegos no protestan, emigran». Ahora, el gallego ni protesta ni emigra, no nace.

Se ha hablado mucho estos días de la pérdida de población gallega. Como quien dice, somos una raza en extinción. Una de las tasas de natalidad más bajas del mundo. Un país que envejece y no se renueva. Un problema muy grande para el futuro, porque el primer recurso es siempre el humano. La opinión y el gobierno parecen muy preocupados. ¿Quién va a trabajar las tierras? O, dicho en plan más moderno, ¿quién va a aguantar el país y las pensiones?

Lo normal, y deseable, es que Galicia acoja a emigrantes. Y niñas y niños hay muchos en el mundo. Necesitados. Maltratados. Ojalá encontraran aquí una Tierra Prometida, al igual que muchos antepasados y parientes encontraron en otros lares lo que este país asfixiado por caciques, señoritos sanguijuelas y curas comilones, no les

supo dar.

Pero no estoy nada de acuerdo con la explicación dominante sobre esta baja natalidad. Se dice que la causa principal es el cambio de costumbres, la crisis de la familia tradicional, y, sobre todo, la creciente independencia de la mujer. Si comparamos con otras realidades, ese diagnóstico no cuadra. ¿Por qué en el resto de Europa, católica o no, la natalidad es mayor? Hay que decirlo de una vez: porque hay más esperanza. Galicia es un país desesperanzado. Desentendido del porvenir. De ir tirando.

En realidad, creo que no nacen más niños porque los niños gallegos no quieren nacer.

Los niños gallegos que no nacen están escondidos como pajarillos de invierno tras los matorrales. Observan. Fisgan. Ven el panorama y dicen: ¡Que nazca otro! A mí déjame estar aquí calentito, en el vientre de los sueños.

Nosotros ya estamos resabiados. Aceptamos como normal el gobierno de la mediocridad. Pero el niño gallego que aún no nació se toma tiempo para reflexionar. Mira por el ojo de la cerradura, coge miedo, se esconde en un rincón del desván donde se hace invisible.

—¡Anda, nene! Sal de ahí.

—No quiero nacer.

—Pero, ¿por qué?

—No veo porvenir.

—Venga, no seas tontaina, sal, que ya hablaremos con Cacharro, el de la Diputación.

También ya es casualidad. Donde más se resisten a nacer los niños es, curiosamente, en la Galicia interior, en la que se considera más conservadora, donde la derecha de siempre controla todos los resortes como un partido único, y donde se supone que la doctrina tradicionalista de la Iglesia —el matrimonio para procrear— tiene más predicamento. Se ven ahora los frutos. El despoblamiento y dos industrias principales: la Diputación y las Pompas Fúnebres.

Los niños que no nacen están muy informados. Leen el periódico en la taberna de Extramundi. Distinguen bien entre la verdad, la propaganda y las fantasmadas. Tampoco en las ciudades lo tienen muy claro.

—¿Por qué no naces?

—No hay donde jugar.

—Ya te compraré una plaza de garaje. ¡Jugáis al escondite por los *parkings*!

Y eso es lo que pasa. Los niños no nacen porque parte de la hermosa Galicia está convertida en un Museo del Feísmo, poblada por ogros y fantasmas.

El Sindicato de Pelotas

Un buen Gobierno necesita de la crítica. Una mayoría de votos otorga la legitimidad para gobernar, pero no es una carta en blanco para que el gobernante haga de su capa un sayo. Cuanto peor y autoritario es un gobierno, más se irrita con la disidencia, con la información libre y con el oxígeno de la sátira. Ya dijo Jefferson que era preferible un prensa libre sin Gobierno que un Gobierno sin prensa libre. Pero en la Galicia de hoy existe una casta de poderosos a la que le molesta la crítica como un tábano en el ojo o una china en el zapato.

—Aquí hay unos intelectuales que denuncian el clientelismo y el uso caciquil del poder.

—¿Intelectuales? ¿Y en qué parvulario les dieron el carnet?

—Aumenta la pobreza y el desempleo.

—Pero, ¿quién dice eso?

—El *Valedor do Pobo* (Defensor del pueblo).

—Pues andará cegato. Yo hace la tira de años que no veo un pobre.

—Y el Tribunal de Cuentas detecta irregularidades, abusos, chapuzas contables…

—¡Santa Rita, Rita, Rita, lo que se da no se quita!

La manera de afrontar las críticas no es asumiendo lo que tengan de cierto sino haciendo un churrasco con el mensajero o contrarrestándolas con propaganda disfrazada de información. Es ahí donde presta entusiasta servicio el Sindicato de Pelotas. Una de las honras del periodismo está en ejercer el contrapoder. El Sindicato de Pelotas lo entiende justamente al contrario. Cuanto más poder tenga un partido o un *personaje*, ¡más botafumeiro!

—Señor presidente, ¡aquí lo comparan con Alejandro Magno, con Superman y con el Gran Timonel!

—Me incomodan los elogios. ¡Siempre se quedan cortos!

El Sindicato de Pelotas funciona con una lógica muy curiosa. Para ellos, la culpa del mal gobierno la tiene la oposición. La culpa de la pobreza la tienen los pobres. Los problemas de la mujer son cosa de las feministas que salieron respondonas y feas. Los ecologistas son un desastre natural. Los galleguistas son la causa del atraso de Galicia. Los labradores y ganaderos son pintorescos y buena gente cuando no pían y van por su caminito electoral, pero se convierten en una especie de tractorterroristas cuando levantan la voz y no achantan. Si los estudiantes protestan es que hay por el medio una cabra importada de Jarrai. Los que defienden la sanidad y la enseñanza públicas no entienden los tiempos modernos: les pasa igual que a los ingleses, que salieron de la modernidad futurista de Margaret Thatcher para retornar al triste pasado laborista. Los del Sindicato de Pelotas tienen

una inteligencia muy liberal: les da igual hacerle la pelota a don Manuel o a Fraga, a Pérez o a Varela, a Dositeo o a Rodríguez…

—¡Qué campaña la de Dositeo! ¡Va a traer el mar a Santiago! ¡El mago Copperfield!

—Pues a mí se me parece a Mister Bean.

—Así nunca harás carrera, chaval.

Si por ellos fuera, los informativos saldrían todos los días con un único titular que dijera: «¡Todo bien!». Que es lo que dicen los brasileños como chiste, «¡Tudo bem!», cuando el país no anda ni para atrás. Pero en Galicia no hay problemas. Estamos parados a 120 por hora. Conduce el Sindicato de Pelotas.

CAPÍTULO VII

El pleonasmo de don Manuel

«He tenido que pisar algún callo, porque la gente se ha puesto debajo para que se los picara».

Manuel Fraga

«No tiene ni un solo defecto que le redima».

Benjamin Disraeli,
Sobre William Gladstone

Fraga a veces pierde al dominó en Vilalba —1985—

En Galicia apenas quedan castillos en pie. Los echaron abajo los campesinos, que no dejaron piedra feudal sobre piedra feudal, en el tiempo de la revuelta Irmandiña, en la Baja Edad Media. Son cosas que hasta ahora no se contaban en los libros de texto en las escuelas, donde se predicó siempre una historia del gallego sumiso y de cerviz doblada. También destruyeron la torre de los señores de Andrade, en Vilalba. La fortaleza fue reconstruida por los campesinos derrotados. Ahora es un parador nacional de seis habitaciones.

Casi todos los días se inaugura algo en Vilalba. La plaza mayor, presidida por un busto togado de Manuel Fraga, fue reformada tres veces en poco tiempo. Según el diputado socialista vilalbés, Fernando Martínez, debe ser la plaza proporcionalmente más costosa del planeta. Con todo, sigue sin lucir. Sólo la caída de las hojas en otoño le da algo de alma.

Una de las más recientes inauguraciones en Vilalba fue la del polígono industrial. Se cortó la cinta, se celebró el acto con un yantar en el parador, a ocho mil pesetas per cápita, pero aún no se instaló ninguna industria. El polígono es como un circuito fantasma en la amplitud horizontal de Terra Cha. Antes de abrirse el polígono,

cerraron por crisis la fábrica de pantalones San Remo, y la de elaborado de aluminio Anduriña. Únicamente queda la planta láctea Llesnier, de capital francés, preparando el terreno para la incorporación a la CEE.

Industrias florecientes parecen ser las güisquerías. En un año se abrieron tres. Una de ellas está instalada en una granja reconvertida en las afueras. Un emigrante retornado lleva dos negocios. Otra prueba de la liberación de costumbres en esta villa lucense, con fama conservadora, es la cartelera del único cine, el Teatro Vilalbés. Por la tarde, *El barrendero*, de Cantinflas. Por la noche echan una película «X».

Vilalba es, sobre todo, un centro comercial que vive del campesinado de la zona. El ciclo bursátil de Vilalba sufre la curva del precio de la patata. Una vez al mes las calles de la villa se llenan de ancianos con boina y paraguas. Son los viejos campesinos que vienen a cobrar el subsidio, y de paso hacer algunas compras. Ahora bien, la gran cita campesina de Vilalba es el mercado de los capones, vísperas de Navidad. Los capones son pollos engordados a base de menú de párroco: cereales y vino de misa.

En Vilalba aún se cree en el ahorro como virtud. Hay catorce sucursales bancarias. Un dicho retorcido afirma que «Vilalba es una gran villa de cinco mil tabernas y una sola librería». Una de ellas está justo delante del busto del Fraga togado y en el escaparate luce desafiante *La alternativa pedagógica*, de Antonio Gramsci, y otro volumen de la experiencia educativa de Summer Hill. Los que aún no dejaron la melena son los chavales del único grupo de rock de la villa, Perfume de Malicia. Temen que los viejos no entiendan bien lo que hacen en el escenario.

Y es que a pesar del 81,9 por ciento de votos recaudados por AP en las municipales de 1983, también Vilalba es una realidad compleja. Despachando tras el mostrador de un vetusto ultramarinos, lo dice la gran promesa de la filosofía crítica gallega, Antón Baamonde, que prepara un ensayo cantando las cuarenta al discurso decadente de la posmodernidad. Baamonde recuperó para la actualidad un pensamiento de Florentino Cuevillas estremecedoramente lúcido: «Galicia es un país que quiere desaparecer, pero no lo consigue». Contrastes sí que hay. De aquí es el Wojtyla gallego, monseñor Rouco Varela, actual arzobispo de Santiago, pero de aquí es también el nuevo prisciliano, Xosé Chao Rego, autor de un ensayo que hace época, *Eu Renazo Galego*.

Y de Vilalba, claro, es Fraga. Cumplirá años el 23 de noviembre, día de reflexión para las elecciones. De niño se levantaba a las siete de la mañana, le gustaban los elefantes y era el alumno predilecto de doña Amalia. En el recreo le llamaban Manoliño *do cu grande* (del culo

grande) y *sapolotodo*.

Cosas de niños, de la envidia. Lo cuenta su amigo de la escuela, Alfredo Gayoso, que también explica sin falso recato como llegó a conserje del instituto: «Yo andaba por las ferias vendiendo jamones, y un día me llamó el alcalde diciendo que Fraga, que ya estaba de ministro, se interesaba por mí». Alfredo, con aire bonachón, no le da mayor importancia al asunto. Como casi todo el mundo en Vilalba, su mujer, más expresiva, pone a Fraga por las nubes. También allá le emplearon un sobrino. Pero Manolo Fraga no es un completo superdotado. En la cafetería Roca reconocen que jugando al dominó es más bien del montón.

Mass Fraga
—1996—

Fraga ha generado muchas definiciones. Son muchos años de tronada en el epicentro del poder, o dicho en romancero popular, muchos años en la burra. El Cañón Giratorio. El Ogro Filantrópico. O el atinado hallazgo de Ánxel Vence: Mister Fraga y Doctor Iribarne. Incluso algunas laudatorias, como la de Gran Timonel, con el que le obsequió el maoísta de derechas Pepe Cuiña, quedan como ironías atravesadas en la historia.

Para mí, el señor Fraga es, sobre todo, un *Mass Media*. *Mass* Fraga.

Por supuesto que es de carne y hueso, pero si pudiésemos reconstruirlo figuradamente, como quien modela un replicante del *Blade runner* de Ridley Scott, *Mass* Fraga sería una combinación soldada de plomo de linotipia, telefonía, emisor de ondas, cátodos televisivos y un clic que abre una pista forestal en Internet.

No es casual que sea el único ministro del franquismo que sobrevivió en activo hasta el punto de ser presidente electo de este Antiguo Reino y presidente y fundador del partido ahora gobernante en España. Era el único de ellos capaz de imaginar a Cánovas entrevistado por Pepe Navarro en *Esta noche cruzamos el Mississippi*. Es decir, entendió la esencia de la posmodernidad… Señorear el Imperio de lo Efímero. Zafar cada día en la cima de la ola. Mojar el *carallo* mediático para poder coger el rodaballo en las urnas.

Podemos reconstruir visualmente su secuencia triunfal. Mientras otros confiaban el destino a la política, él inauguraba teleclubes. La ley de Prensa. Los calzones atómicos de Palomares. El chapeo bombín de Londres. *Mass* Fraga construyó su personaje con la técnica del *nouveau cinema*, mudando el guión de la película al ritmo del rodaje.

Ahora asume su papel más arriesgado. Siempre el último papel es el más difícil. Tiene que representar al hombre que no envejece. Tiene

que interpretar a Fausto, aquel que pactó con el diablo a cambio de la eterna juventud. Expresado el deseo, ya saltó el coro de aduladores. ¡Don Manuel está como si tuviese veinte años! ¿Quién mejor que Perón para hacer de Evita? El espejo cínico le dice al hombre que es un *Mass Media*: «Cierto, sí que tienes veinte años, ¡oh, Johnny Deep!».

Si lo quisieran de verdad le dirían por lo claro lo que sentenciaba Eugenio Sue: *Tu es laid…, sois terrible, on oubliera ta laideur. Tu es vieux… sois énergique, on oubliera ton âge* (Eres feo… sé terrible, se olvidará tu fealdad. Eres viejo… sé enérgico, se olvidará tu edad).

Con todo, el fragmento más humano del discurso corresponde a un Fraga viejo, realista, aristotélico: «Quiero que se pueda decir: algo queda de todo eso».

Eso es, mi *Mass*. ¿Qué quedará de todo esto?

Una indirecta para don Manuel
—2000—

En tiempos del pleistoceno franquista, había un concejal muy pedestre en A Coruña a quien un hombre lleno de valor y harto de sus exabruptos le espetó: «La bestia que todos llevamos por dentro usted la lleva por fuera». Y el aludido respondió: «Mira, Fulano, ¡no me vengas con indirectas!».

¿Vale la pena, a estas alturas, irle con *indirectas* a Fraga? En Galicia, existe una expresión que yo debería conocer y que actúa como un opiáceo: *Chove sobre mollado* («Llueve sobre mojado»). O como la fatídica sentencia que cierra *Chinatown*: «La historia se repite».

Hace unos años me perdí en un monte de mi tierra. Cayó un edredón de niebla que se hilvanaba a las pestañas. De repente, en aquel lugar remoto, tropecé con algo parecido a un monolito y, antes que los ojos, el braïlle de las manos descifró la leyenda: «Excmo. Sr. Manuel Fraga Iribarne». Cuando se confundan los tiempos, los arqueólogos no darán a basto con este prodigio de la Edad de Bronce. Para bastante gente, Fraga es un personaje providencial. Para mí, es sólo inevitable. Por más que me esfuerce, y lo hago, por ver ese lado simpático de *gag*, de dilema andante, que, como en el cine mudo, tropieza consigo mismo y se levanta a más velocidad, no puedo dejar de pensar en el aforismo de mi otro paisano, el polaco S. J. Lec: «Hay quien nace hombre de estado… de excepción».

Si el personaje, con sus cien mil monolitos, es inevitable, ¿no sería mejor entonces ejercer el derecho humano a mirar hacia otro lado? Entre la complacencia y el hastío, se ha instalado. Lo que en otros dirigentes europeos, como Haider, nos espanta, con Fraga da para unas risas. Al fin y al cabo, ¡somos diferentes! Encantadoramente

incorrectos. Y eso que en lo que va de año, el calendario fraguista ha sido pródigo en *gags* espeluznantes: la elegía franquista en CNN, el epílogo y respaldo a un libro que niega el Holocausto, la alusión hiriente a las parejas de hecho… Anécdotas, en fin, dicen sus hagiógrafos. Cosas del Dilema Andante: su lado facha le pone la zancadilla al verdadero don Manuel. Hasta que llega lo de Chile. Como ocurre con los rostros más feos de una pinacoteca, hay algo hipnótico, inquietante y brutal, en esa metedura de gamba. La sensación de que nuestro plusmarquista ha batido un auténtico récord. La sensación de que nuestros sentidos, incluido el de la decencia, están siendo sometidos a una prueba. La sensación de náusea.

En uno de sus momentos doctrinarios más brillantes, Manuel Fraga hizo suyo también el refrán marinero que sintetiza el credo populista y el carácter resolutivo: «Para coller o rodaballo, hay que mollar o carallo» (Para coger el rodaballo, hay que mojarse el *etcétera)*. Pero no fue a Chile como turista ni como pescador de rodaballos. Quien hablaba lo hacía como presidente de Galicia. La condición de elegido en un sistema democrático no le otorga el derecho a hacer de su capa un sayo. Al contrario. Incluso en los aspectos más retóricos, sus palabras comprometen al país que representa. Es muy ingenuo por mi parte recordarle esto a quien le cupo el Estado en la cabeza; una vez. Se da por supuesta en estos lances exteriores una prudencia que deje siempre a salvo el «buen nombre» de lo representado. En el Chile de hoy, cuando al fin entra en los juzgados el lamento agónico de la *caravana de la muerte*, bastaría hablar de respeto a la justicia.

En su discurso, jaleado por los pinochetistas, Fraga habló para contentar a una facción. A la peor. Confundió una misión institucional con el disco duro de su biografía, mientras pretendía representar el papel, no sabemos si autorizado, de conductor desde el asiento de atrás de la política española hacia Chile. Con ese admirable don que algunas naturalezas tienen para el camuflaje, Fraga hace bien lo peor y viceversa. El proceso judicial abierto contra Pinochet, en el que se dirimen graves crímenes contra la humanidad, resulta ser una «anécdota con connotaciones humorísticas». Lo reduce a un montaje de la «ultraizquierda», que al parecer incluye a gobiernos enteros, jueces democráticos, Amnistía Internacional y todas las asociaciones de defensa de los derechos humanos del mundo. Y pretende implicarnos en su propia suspensión de la conciencia: «Este tema no ha tenido trascendencia alguna en la ciudadanía española». Con ese cuadro descriptivo, Fraga no aprobaría hoy Humanidades en el Instituto de Vilalba. Ni un crisantemo para los muertos. En la tremenda coherencia del discurso, hay un uno por ciento de verdad: «No tenemos que dar lecciones a los chilenos».

Como dijo Churchill, a quien dice admirar, si no cambias de

pensamiento, cambia al menos de discurso.

CAPÍTULO VIII

Oración fúnebre por la orquesta del viento

«Benditos los muertos sobre los que cae la lluvia».

Scott Fitzgerald, *El Gran Gatsby*

Homenaje a los republicanos asesinados en la villa de Tui en 1936. Este texto fue leído el 27 de junio de 1999 en el lugar donde los fusilaron y donde en la actualidad se yergue un monumento de Silverio Rivas.

Éste es un acto de justicia, de reparación histórica y también de valerosa inteligencia.

No podemos recuperar el tiempo.

No podemos volver atrás con la flecha del tiempo y reconstruir lo destruido, la realidad aterradora y maravillosa de las vidas rotas por la más terrible maquinaria del odio que asoló estas tierras.

Pero a la manera de los remos del arca, podemos avanzar proyectándonos hacia atrás.

Podemos imaginar las vidas cuando vivían antes de la tragedia.

El paisaje, incluso la luz de aquellos días, está definido por el horror que vino.

Días sombríos, sórdidos, tenebrosos.

Pero en realidad eran días de verano.

Días luminosos del bajo Miño.

La bajada del río como un cine de color y hermosísimo.

Habría tensiones, conflictos, pero ellos y ellas conformaban una comunidad de esperanza, una república de sueños acumulados en años, siglos, de luchas y sacrificios.

Podemos imaginarlos construyendo el frágil tejido de la vida.

Levantándose, saludándose —¡hola, buenos días!—, trabajando, enamorándose, haciéndose bromas o burlas, contándoles algún cuento a los hijos, acaso reflejando sus rostros felices de domingo en la orilla del río.

En esos momentos en que la mirada humana, de la vida, es más hermosa que el mismísimo cielo.

Esa república de los sueños acumulados con luchas y sacrificios de siglos.

El frágil tejido de la vida.

Esa comunidad de esperanza.

Esa mirada.

Todo fue destruido.

Y hasta se destruyó el silencio que siguió porque en el silencio se escuchan los muertos y lo llenaron de calumnia, mentira, falsedad y miedo.

Hay una historia de una mujer que deja un instrumento de música en el ataúd de su hombre muerto, con un mensaje: Si quieres algo, llama.

Hoy podemos escuchar la orquesta de los muertos, de los

asesinados, de los huidos, de los exiliados, de aquellos a los que les secaron la vida por dentro aunque siguiesen vivos.

Esa tenaz orquesta, como viento que emana del corazón de la tierra, persistió así con la melodía de la libertad.

Si estamos aquí es porque la terrible maquinaria del odio y del miedo no pudo con la orquesta de viento de los muertos.

Y hoy, cuando se rehace laboriosamente la comunidad de la esperanza, debemos hacer un solemne llamamiento desde Tui: que desaparezcan de Galicia, de la nomenclatura de las calles, plazas e incluso colegios públicos los nombres de los verdugos de la historia. Y lo hacemos no por ninguna clase de revancha sino en nombre de la justicia y de la inteligencia.

Porque lo que debe honrar una democracia, una comunidad libre, es, en primer lugar, a aquellos que dieron su vida por la libertad.

Este monumento de Tui tiene el valor de lo que los canteros llaman la piedra maestra.

Porque hay que cimentar la casa del futuro sobre el valor, sobre la decencia, sobre los mejores sueños de la humanidad, sobre la aristocracia del alma que fue lo que ellos representaban.

Hoy, delante de la escultura de Silverio, delante de esa piedra que hace vida, podemos decir que se cumplió la profecía: «Enterraron semilla».

Sean mil veces benditos los muertos, bendita la tierra y bendita la lluvia y benditos vosotros que los hacéis florecer.

Notas

Navegación libre

[1] Premio Fernández Latorre de Periodismo 1991, otorgado por La Voz de Galicia.

En el Mejor País del Mundo

[2] Canción popular gallega: «Por el río abajo va una trucha de pie. ¡Quién la pudiese coger!».

[3] «La raíz del tojo verde es muy mala de arrancar, y los primeros amores son muy difíciles de olvidar».
[4] Expresión muy usada en el habla coloquial gallega para apelar, con énfasis no exento a veces de ironía, a la sensatez. Equivalente al *seny* catalán.

[5] Personaje popular, arquetipo de campesino ingenioso, en el que se inspiró Lamas Carvajal para escribir su sarcástico *Catecismo do labrego* (1889), primer gran *best-seller* de la literatura gallega.

[6] En traducción literal: «Una noche en el molino, una noche no es nada; una semana entera, eso sí que hace molienda». Es una de las piezas más populares del cancionero gallego y se canta siempre con un sentido erótico.

El gaiteiro solitario

[7] Nombres de embarcaciones de pesca de altura.

[8] En *galenglhis* de los pescadores de Gran Sol: «Adiós, tío, hasta mañana».

[9] Se juega con el significado de *carballo* (roble) y *piñeiro* (pino). Carballo Calero y Ramón Piñeiro, ya fallecidos, fueron dos intelectuales de gran influencia en la cultura gallega de la segunda mitad del siglo XX.

[10] Nombre que se dieron los campesinos y burgueses en la rebelión contra los nobles en la Baja Edad Media.

Sobre el autor

Manuel Rivas es narrador, poeta y periodista. Nació en A Coruña, en octubre de 1957. Desde muy joven trabajó en prensa y una parte de su obra periodística está recogida en los libros *El periodismo es un cuento, Galicia, Galicia, Una espía en el reino de Galicia, Mujer en el baño* y el más reciente *A cuerpo abierto (Una mirada 'indie' a la España del Último Día)*. Como narrador, entre otras obras, ha escrito *¿Qué me quieres, amor?*, que fue premio Nacional de Narrativa en 1996, y en el que figura el relato *La lengua de las mariposas*, llevado al cine por José Luís Cuerda. Entre sus novelas, *En salvaje compañía* (premio de la Crítica de Galicia), *El lápiz del carpintero* (premio de la Crítica española, y llevada al cine por Antón Reixa), y *Los libros arden mal* (premio de la Crítica gallega y española, y Libro del Año 2006 de los Libreros de Madrid). Su obra literaria está originalmente escrita en gallego. *El lápiz del carpintero*, su novela más traducida, está publicada en 27 idiomas. Sus últimas obras son: *La desaparición de la nieve* (un volumen de biodiversidad poética en gallego, castellano, catalán y euskera), la novela *Todo es silencio* (llevada al cine por José Luis Cuerda, y estreno en otoño de 2012) y el volumen de cuentos reunidos *Lo más extraño*.

© 2001, Manuel Rivas
© 2014, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-03-01200-4
Diseño de cubierta ebook: María Pérez-Aguilera
Conversión ebook: Kiwitech

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Galicia, Galicia
Citas
Navegación libre, por Xosé Mato
El partido del humor
Capítulo I. ¿Son conservadores los conservadores?
  El conservador país donde casi no existen los conservadores
  Galicia
Capítulo II. El Ser y la Vaca
  El videoclip del mundo en los ojos de la vaca
  Cuento de Navidad del año 2000
  Oficina y denuncia
Capítulo III. En el Mejor País del Mundo
  Don Manuel quiere saber
  Las tribulaciones de don Manuel
  Una encuesta estupenda
  La visita de la meiga
  La gran queimada
  La Brigada de Asuntos Especiales
  Oreja Profunda, en acción
  La Operación Verlasvenir
  Más gallego que tú
  «Nuestras raíces»
  La ideología del trasero
  Una espada de mucho nabo
  Lambada en Soutomaior
  Un congreso de hooligans
  Cirio en el castillo
  La conquista de Portugal
  Cercados por los guardinhas
  El rey del bacalhau
  El retorno a Compostela
  Follow Me
  ¡Viva Francis Drake
  ¡Abajo María Pita!
  La crisis de Francis Vázquez
  BBC y rugby
  Fútbol y patatas
  Los picabueyes
  Follón en el pregón
  Escuela de raposería

Sacrificados por Galicia
En la mitad de la escalera
Orgullo de tránsfuga
La aparición de Couce
Búfalo Bill
El zoo de don Manuel
La Operación Arca de Noé
Gallegos a Senegal
El compay Portomeñe
En la perla del Caribe
Llegó el comandante
El viaje de Fidel
Todos somos gallegos
Un polizón a bordo
El lector clandestino
Fidel en Galicia
La economía de mercado
El monje Fidel
La tractorada
El adiós de Fidel
Galicia Company
El motín del agua
El retorno de Lacse
La contraofensiva
La Operación Patrón
A la caza del jabalí gigante
Cacería en la sierra del Barbanza
Seguiremos informando
La oreja de Valle-Inclán
El maratón de Vilalba
En marcha
La maniobra de Victorino
La entrada triunfal
Póntelo, pónselo
La reserva noroccidental
Con sentidiño
El pansentidiño
Faltan Manoliños
Toxos e flores
Un chollo en la Xunta
El milagro del tojo
El invento de Belisario
El gran sueño
La telenovela galaica

La sucesión de don Manuel
Capítulo IV. Terra Cha, cha, cha, cha
Compañero don Manuel
Las uñas del comandante
¿Se aplatanó don Manuel?
Manatí, Terra Cha, cha, cha, cha
Guajirolabregos
La universalización de la queimada
El golpe del pulpo
¡Gallegos del mundo, uníos!
El centro gallego
Capítulo V. El gaiteiro solitario
Un gaiteiro libertario
En Galicia hay gallegos
La muiñeira de Aznar
La negra sombra
¿Por qué triunfa Luar?
Método para conocer Galicia
John Berger y el sendero de las luciérnagas
Mirada de mujer en la botella de vino
La amnistía gallega del caracol
Un futuro de avestruces
Un gallego delante de las ferreterías
El alba de gloria de André Malraux
La dama que nunca volvió
Luis Pita
La historia de la pequeña Nell
Que vengan los bereberes
El (re)Generalísimo (re)Franco
Sólo un tiro en Maputo
Un psicópata llamado Pessoa
Jut bai, machiño, ata tomorrow
Un badajo de hielo en el silencio
El valor de un niño campesino
Un devastado país
La cultura de Beverly Hills
El bimilenario y la invención de Galicia
La revolución óptica gallega
Capítulo VI. Toca madera
El misterio de los apagones
El Observatorio Astronómico de Galicia
La derrota de María Pita
El cocido mágico
El león y la brava oposición

El Conjuro Fútbol Club
El planeta Galicia
¿Y si el apóstol Santiago apareciese hoy…?
La Galicia anfibia
Lo Que Diga Don Manuel
¿Por qué no nacen gallegos?
El Sindicato de Pelotas
Capítulo VII. El pleonasmo de don Manuel
Fraga a veces pierde al dominó en Vilalba
Mass Fraga
Una indirecta para don Manuel
Capítulo VIII. Oración fúnebre por la orquesta del viento
Notas
Sobre el autor
Créditos